# Realidad

Año I, n. 1 - septiembre-octubre 1963

*En este número*

Luigi Longo - Saludo a "Realidad"

F. Claudin - La revolución pictórica de nuestro tiempo

J. Valdés - Un debate sobre la dialéctica

Vida y obra del escultor Alberto

Comentarios - Critica

# Realidad

Revista bimestral de cultura y política

Año I - n. 1
septiembre - octubre 1963

p. 3 Luigi Longo, *Saludo a "Realidad"*

5 Federico Sánchez, *Observaciones a una discusión*

21 Fernando Claudin, *La revolución pictórica de nuestro tiempo*

50 Juan Valdés. *Un debate sobre la dialéctica*

## Comentarios

74 Hernandez Docampo, *Acerca del Tratado de Moscú 1963*

88 Jesús Izcaray, *Represión 1963*

88 Luis Costa, *Una Encíclica para los hombres de buena voluntad*

95 Luis Lacasa, *Vida y obra ejemplares del escultor Alberto*

102 Alberto, *Palabras de un escultor*

106 Francisco Mateos, *El escultor Alberto*

110 Pablo Neruda, *El escultor Alberto*

## Crítica

114 Juan Benito. *"Revista de Occidente"*.

*Direttore Responsabile*: Vincenzo Bianco

*Direzione e Amministrazione*: *Via delle Zoccolette*, 30 - *Roma*

*Registrato presso il Tribunale di Roma col n.* 9411 *del* 26-9-1963

1 fascicolo L. 400 - pesetas 40 - Fr. 5 dollari 1,25
Abbonamento annuo L. 2000 - pesetas 200 - Fr. 16 dollari 6,5.

# Saludo a "Realidad"

*Pienso interpretar el sentimiento de los demócratas italianos de todas las tendencias, al expresar a* Realidad, *esta revista que nace en el territorio italiano por iniciativa de representantes obreros, de demócratas y patriotas españoles, un saludo cordial y fraterno y el deseo más caluroso de fecunda actividad.*

*Para todos nosotros es motivo de gran satisfacción que esta iniciativa haya encontrado en nuestro país posibilidades de realización. También nosotros, durante los veinte años de dictadura fascista, hemos tenido que buscar en la hospitalidad y solidaridad de otros pueblos la posibilidad, negada en la patria, de un encuentro y contraste de ideas, para hacer llegar a nuestro pueblo la libre palabra de sus mejores hijos, una orientación de lucha y de esperanza.*

*Comprendemos y compartimos la amargura de nuestros amigos españoles, al no poder complir abiertamente esta misión cerca de su pueblo en el país mismo que les ha visto nacer. Pero nos complace que, en las difíciles condiciones a que se ven sometidos, podamos ser, nosotros italianos, quienes les ofrezcamos la solidaridad y la hospitalidad de las que nos hemos tan ampliamente beneficiado en el pasado.*

*Al hacer así, tenemos conciencia de responder, no sólo a un sentimiento de fraternidad, sino también a un deber de reconocimiento hacia nuestros amigos españoles, a los cuales tanto debe nuestra lucha contra el fascismo italiano, con los cuales hemos estrechado tantos vínculos de amistad y de colaboración en los años de la lucha heroica y de la espera dolorosa, y con los cuales, hoy, compartimos la esperanza de libertad y de paz. La lucha de los trabajadores españoles y las tan numerosas y tan claras manifestaciones de oposición a la dictadura franquista que surgen de todas las capas de la sociedad y de los principales círculos del arte*

*y de la cultura, son la más segura garantía de éxito en dicho camino.*

*Por otro lado, la batalla que ahora emprende* Realidad *forma parte de la batalla de todos los pueblos contra el fascismo y los aliados del fascismo, contra las fuerzas belicistas y sus complices.* Realidad *emprende esta batalla en uno de los puntos mas difíciles, pero más importantes también: frente a la dictadura fascista de Franco y contra el apoyo que, como siempre — por inconfesable intereses de clase y de predominio mundial — le prestan los grupos más reaccionarios y más aventureros de Europa y de América. Por eso, la batalla que emprende* Realidad *es nuestra batalla, es la batalla de los trabajadores, de todos los demócratas y de todos los partidarios de la paz, porqué la causa de la libertad y de la paz es una misma causa en todo el mundo.*

*Con estos sentimientos, saludamos el nacimiento de* Realidad, *revista de los demócratas y de los amigos españoles, instrumento de debate cultural abierto a los problemas más vivos de nuestro tiempo, punto de encuentro y de elaboración del pensamiento marxista español, arma de combate en la lucha contra el régimen opresor y oscurantista de Franco y por el renacer de España en la paz y la libertad. No es el nuestro un saludo tan sólo de afecto y fraternidad a una nueva revista que nace, sino el saludo a un combatiente que entra en el campo de nuestra propia batalla, y es asimismo el compromiso de la más completa solidaridad en la lucha común por la libertd y la paz.*

Luigi Longo

4 octubre de 1963

# Observaciones a una discusión

Una discusión está en curso en el movimiento comunista y las cuestiones que en ella se debaten son fundamentales. Esta adjetivación hay que tomarla en su sentido estricto: lo que está en discusión no es sólo este o aquel aspecto parcial de la teoría marxista, este o aquel problema concreto de la aplicación práctica — o sea, revolucionaria, transformadora — de la teoría marxista a la realidad social de nuestros días. Están en discusión los *fundamentos* mismos de la teoría, los problemas *estratégicos*, globales, de la práctica marxista.

Es evidente que la diversidad, la amplitud, el alcance mismo de los temas en discusión, hacen imposible su análisis, si éste quiere ser serio y riguroso, en los límites de un solo artículo. Centenares de páginas se han escrito ya — y otras tantas se escribirán — sobre los problemas debatidos, a lo largo de los últimos años, y sería terriblemente presuntuoso por mi parte intentar siquiera resumirlas, presentar un balance y un juicio exhaustivos, en unas cuantas cuartillas. Además, el propósito de este trabajo es diferente. Sobre los temas en discusión, sobre cada uno de ellos, examinado en su interconexión con los demás y en relación, no sólo con los principios básicos del marxismo, sino con la experiencia histórica concreta de este período, se publicarán en « Realidad », mientras haga falta — y hará sin duda falta durante largo tiempo — toda una serie de ensayos sistemáticos. Así, se examinarán los problemas de la paz y de la guerra, las cuestiones de la coexistencia pacífica en su ligazón con la revolución socialista en escala mundial, los problemas del movimiento de liberación nacional, etc., todas las cuestiones, en suma, que constituyen el fondo de la discusión en curso.

Ahora se trata de algo diferente. Se trata de examinar algunos aspectos, que podríamos llamar *metodológicos*, del debate iniciado

en el movimiento comunista por el PC de China, al presentar éste, primero de forma indirecta, en trabajos de carácter teórico general (por ejemplo, en la primavera de 1960, con el folleto « Viva el leninismo »), y luego en polémica directa — y casi siempre brutal —, con determinados partidos marxistas revolucionarios de Europa y de América, una nueva línea para el movimiento comunista. (El documento en que los puntos fundamentales de esta « nueva línea » se reflejan mejor, es la carta del PC de China al PCUS, con fecha 14 de junio de 1963, cuyo título es significativo: *Propuestas concernientes a la línea general del movimiento comunista internacional*).

¿ Cuáles son los orígenes y el significado de la discusión en curso ? ¿ Cuál es el núcleo teórico esencial de las cuestiones debatidas ? ¿ Cuál es el método correcto a seguir en esta discusión, impuesta al movimiento comunista por el PC de China ? Estas son, en suma, las preguntas fundamentales que conviene examinar, a manera de introducción a un análisis ulterior, más detallado y profundo, de los problemas debatidos.

## I

1. Una cosa puede afirmarse, desde el primer momento: la discusión actual se sitúa, de lleno, en el marco del proceso abierto en el movimiento comunista internacional por el XX Congreso del PCUS.

El « gran viraje » [1] que dicho Congreso constituyó en la historia del movimiento obrero revolucionario, puede caracterizarse, para los fines del presente ensayo, en función de dos rasgos principales.

En primer lugar, desde el punto de vista político, el XX Congreso constituye el inicio de la liquidación del sistema institucional que ha venido llamándose (de forma un tanto impropria, más metafórica que científica), *sistema del culto a la personalidad*. Bajo esta denominación, hay que entender un sistema de dirección unipersonal, autoritario y burocrático, de la vida del partido y del estado, en una sociedad socialista. Las características más negativas de dicho sistema se reflejaban en la limitación desorbitada del fun-

---

[1] « La grande svolta », de Giuseppe Boffa (Editori Riuniti, Roma, 1959), aunque sea fundamentalmente un reportaje, representa un esfuerzo serio para analizar con rigor el período del XX Congreso.

cionamiento de la democracia socialista y en la violacón repetida y sistemática de la legalidad institucional.

Desde el punto de vista téorico, en segundo lugar, el XX Congreso constituye el inicio de un proceso de renovación creadora del marxismo. La estrechez dogmática, la rigidez de fórmulas petrificadas, anticuadas, la solución administrativa de los problemas culturales, comenzaron a ser sustituidas por una discusión real, viva, concreta, de los problemas de todo tipo que exigían ser abordados resueltamente, audazmente, por el marxismo revolucionario.

En este contexto, en el XX Congreso comenzaron a plantearse algunas tésis nuevas sobre las cuestiones cruciales del mundo contemporáneo, y particularmente, aquellas que se refieren a la posibilidad de evitar una nueva guerra mundial y las diversas vías de acceso al socialismo.

El fermento ideológico y político que el XX Congreso puso en juego, ha removido profundamente todo el movimiento obrero revolucionario. Se han liberado energías latentes, se ha desarrollado el espíritu de iniciativa, se ha revitalizado la discusión crítica, que es condición *sine qua non* de un desarrollo creador de la teoría marxista. En fin de cuentas, el XX Congreso del PCUS establece, en la historia del pensamiento y de la práctica del marxismo, un punto de viraje tan importante como pudo ser, en su tiempo, la aparición del leninismo frente al « marxismo ortodoxo » de los grandes partidos reformistas de comienzos de siglo.

Esta caracterización del contenido del XX Congreso del PCUS es, indubablemente, parcial, unilateral. Pero no pretendo agotar — no es el tema — todos los aspectos del riquísimo conjunto de enseñanzas, de estímulos teóricos, que dicho acontecimiento entrañaba. Se trata tan sólo de esbozar unos puntos de referencia para el análisis del problema que ahora nos ocupa, que es el orígen de la discusión promovida por el PC de China.

2. El XX Congreso, como ya he dicho, es el inicio de un proceso de renovación. Proceso complejo, nada fácil, a veces contradictorio, obstaculizado por toda suerte de resistencias rutinarias, de intereses creados. Pero proceso, en fin de cuentas, irreversible. Que su inicio se haya producido en la URSS, que haya irradiado a partir de las iniciativas del PCUS, es comprensible. La situación específica del PCUS en el movimiento comunista, y de la URSS en el sistema de estados socialistas; la agudeza misma de las contra-

dicciones que habían ido acumulándose en la principal sociedad socialista, bajo la inescrutable máscara del sistema de dirección política y estatal de Stalin, predeterminaban en cierta medida que el impulso renovador partiera de dónde partió. La situación había hecho crisis, y críticamente tenía que resolverse, o sea, con urgencia, con audacia, cortando, diríamos vulgarmente, por lo sano.

Ahora bien, desde el primer momento, el impulso renovador del XX Congreso tuvo alcance y significación internacionales. Y ello porqué los males del *sistema del culto a la personalidad* (seguiremos utilizando esta expresión ya habitual, suficientemente expresiva para el grado de comprensión que ahora se necesita), se habían propagado, de una u otra forma, con mayor o menor profundidad, en todos los sectores del movimiento comunista internacional. Cierto que las consecuencias no fueron idénticas en todas partes. Según que los partidos comunistas se encontraran en el poder, o fueran partidos legales de oposición democrática, o se vieran reducidos a la clandestinidad; según las tradiciones políticas del movimiento obrero en tal o cual país; según las actitudes de los grupos dirigentes de los diversos partidos, las consecuencias de la propagación del *culto a la personalidad* pudieron variar grandemente. Pero la esencia del fenómeno fue una, en su diversa manifestación. Y precisamente ese núcleo esencial del fenómeno fue desvelado, puesto en evidencia, sometido al análisis crítico, no ya de un reducido grupo de dirigentes, sino del conjunto de los comunistas, y más aún, de las masas obreras influidas por el socialismo, en general, a partir de los planteamientos del XX Congreso.

Un estudio histórico global de los progresos cualitativos que se han producido en el movimiento marxista revolucionario, a partir y bajo el estímulo del «gran viraje» del XX Congreso, sería apasionante. Quien haya vivido de cerca, y en funciones de actividad responsable, ya sea en el campo idéologico o en el político, las postrimerías del período anterior y el inicio de éste, podrá certificarlo. Per ahora, quiero limitarme a algunas indicaciones sobre la ayuda, teórica y política, que el movimiento renovador iniciado en el XX Congreso, ha significado para el PC de España.

Desde la cristalización de la «guerra fría», hacia 1948, toda la conceptión táctica del PCE tuvo que reorientarse hacia la perspectiva de la lucha de masas bajo la dominación prolongada del fascismo. La «guerra fría», en efecto, con el surgimiento de los bloques militares y la iniciación de una nueva carrera de armamentos nucleares; con la reducción drástica, y acaso la interrupción, de los

intercambios comerciales y culturales entre los dos sistemas predominantes en el mundo; con el afrontamiento ideológico global, maniqueista (idea contra idea, como bayoneta contra bayoneta), hizo esfumarse la perspectiva de una liquidación del franquismo en el marco de los objetivos y de los compromisos de la coalición antifascista de la Segunda Guerra mundial. La alianza antifranquista española, que era, por un lado, prolongación del conglomerado de fuerzas democráticas de la época del Frente Popular y de la guerra civil, y, por otro, expresión nacional de la coalición de fuerzas de clase heterogéneas que se produjo con motivo de la guerra contra el fascismo y contra los países imperialistas más agresivos, dicha alianza fue unilateralmente destruida por los grupos de la oposición burguesa y socialdemócrata antifranquista. Los postulados imperialistas, internacionales, de la « guerra fría » interfirieron con brutalidad en las cuestiones de la política española.

La posibilidad, además, de un levantamiento popular, culminando en una insurrección armada, que desde los años mismos de la guerra mundial tendía a preparar la implantación y desarrollo de las Agrupaciones Guerrilleras [2], todo ello basado en el acuerdo explícito de las Grandes Potencias — recuérdese Potsdam — de apoyar la liquidación de las secuelas del fascismo en Europa, dicha posibilidad se tornó irreal, en tanto que vía concreta de desarrollo. Las potencias imperialistas, y particularmente los EEUU, revisaron su política, en función de la « guerra fría », con miras a la preparación del cerco nuclear en torno a la URSS. El régimen de Franco dejó de ser « secuela del fascismo »; pasó a la categoría de posible aliado en la « cruzada antisoviética ».

Toda esta situación — esquemáticamente resumida — condujo al PCE a una revisión radical de su enfoque táctico. Ante la perspectiva de una dominación prolongada del fascismo en España, favorecida por la política de « guerra fría » del imperialismo, tuvo que ser abordado el problema fundamental de la organización y la conquista de las masas en las nuevas condiciones. De ahí, la liquidación de la lucha guerrillera; de ahí, la orientación hacia el trabajo de masas en las circunstancias concretas impuestas por el fascismo, o sea, en el seno mismo de los sindicatos verticales, utilizando de forma revolucionaria todas las posibilidades legales. De ahí, también,

---

[2] Esta época de la lucha del PCE, poco conocida, está exigiendo ya su análisis histórico y crítico.

el esfuerzo teórico por analizar la situación real del país, no en función de la correlación rebasada de las fuerzas de clase de la época de la guerra civil, sino en función de nuevas divisorias y de nuevas contradicciones surgidas a un primer plano.

No fue pequeño esfuerzo, ni fue fácil. Porque se realizó bajo el fuego de la represión concentrada del enemigo de clase, en un momento de reflujo del movimiento democrático, como consecuencia de la nueva situación internacional desfavorable y de la consolidación interior del régimen franquista. Pero fue, sin duda, un período decisivo en la formación del partido marxista-leninista de la clase obrera española. El período de la liquidación real, práctica, del infantilismo izquierdista, de las formulaciones generales y esquemáticas; el período de la conquista real — lenta, laboriosa, oscura — de la hegemonía política entre las nuevas generaciones proletarias y estudiantiles formadas en la época del fascismo; el período de la reflexión teórica autónoma, mediante el análisis concreto, sobre el desarrollo del capitalismo monopolista en las condiciones específicas de España, con la consiguiente adecuación de la táctica a la nueva constelación y reagrupación objetiva de las diversas clases y capas de la sociedad española.

Como es lógico, este proceso no pudo llevarse a cabo sin una profunda discusión, una lucha de opiniones, a veces aguda, en los organismos superiores del PCE. Porque, además de todos los problemas políticos y tácticos, este proceso de reorientación implicaba el examen crítico de los métodos de dirección, examen que vino desarrollándose desde los años 1951-52, a través de diversas fases, y que culminó, casualmente, en el momento de celebrarse el XX Congreso del PCUS [3]. Para la solución positiva, sin peligrosas desgarraduras, de los problemas planteados entonces en la dirección del PCE, el contenido esencial de las tésis fundamentales del XX Congreso constituyó una ayuda inapreciable.

En realidad, el esfuerzo autónomo del PCE por elaborar las cuestiones políticas y tácticas de su actividad revolucionaria, en las condiciones específicas de la descomposición prolongada del régimen fascista, encontró una confirmación teórica y un respaldo práctico en las formulaciones esenciales del XX Congreso. Desde el nivel alcanzado por éste — nivel de generalización teórica superior, o

[3] Sobre este período, el documento más completo es el Informe de Santiago Carrillo al Pleno de agosto de 1956 del PC de España.

sea, de mayor concreción científica, y, por tanto, de mayor virtud esclarecedora — en el análisis de los rasgos fundamentales de la época contemporánea, se hizo más fácil, en una segunda fase, la elaboración de la vías revolucionarias en nuestro país, el planteamiento programático y práctico de la vía española hacia el socialismo, a través de la liquidación del fascismo y de la revolución democrática antimonopolista.

3. He insistido en este aspecto de la importancia del proceso de renovación iniciado en el XX Congreso para la orientación marxista-leninista de la lucha de las masas populares en España, por una razón fundamental.

Ocurre, en efecto, a veces por falta de información, otras por falta de reflexión crítica, o también por una actitud de « neutralidad ideológica » (sobre la cual volveré), que se reproche a la dirección del PCE — y aquví me refiero unicamente a los reproches de buena fe, formulados sinceramente por comunistas, o simpatizantes, o personas abiertas a una discusión seria, sin apriorismos ideológicos — un cierto « seguidismo » hacia el PCUS, en la discusión internacional que está en curso. Pero la realidad es muy otra. Si el PCE ha defendido, en sus publicaciones y en las conferencias del movimiento comunista mundial, las tésis fundamentales sobre el carácter de nuestra época, sobre el contenido de la coexistencia pacífica, y sobre otras cuestiones, cuya elaboración se inició en el XX Congreso del PCUS, no es porqué fueran tésis del PCUS. Independientemente de la atención que merecen las formulaciones de un partido con la rica y variada experiencia del PCUS, lo fundamental no fue esto; lo fundamental fue que dichas tésis confirmaban, en un primer momento, los resultados de la experiencia concreta del PCE, en su lucha compleja contra el fascismo, y que, en un segundo momento, ayudaban a esclarecer aún más, y a perfilar con mayor adecuación a la realidad, los planteamientos tácticos del PCE. Lo fundamental fue, y sigue siendo, que las vías del ascenso del movimiento revolucionario en nuestro país radican en la aplicación dialéctica — o sea, específica, creadora — en nuestro pais de la línea general aprobada por el movimiento comunista.

Y es que el problema se plantea así, con toda claridad, con todo rigor: *Las tésis fundamentales sobre el carácter de la época actual, sobre la coexistencia pacífica, sobre las diversas vías de acceso*

*al socialismo, y en particular, sobre la posibilidad real de la vía pacífica, todo el conjunto teórico que el XX Congreso comenzó a plantear, se ha transformado en la plataforma programática común del movimiento comunista.*

Este hecho ya quedó patentizado en la Conferencia de 1957. Pero es más significativa aún la toma de posición de la Conferencia de 1960 de los 81 partidos comunistas y obreros, dada su amplitud, dado que en ella participó el conjunto del movimiento comunista, y dado, por último, que dicha Conferencia se celebró cuando ya el PC de China había comenzado a revisar su posición sobre las cuestiones debatidas y a presentar una « nueva línea » — aunque todavía de forma indirecta, por lo menos en las reuniones públicas.

La Declaración de la Conferencia de 1960, firmada por el PC de China, declara taxativamente: « Los históricos acuerdos del XX Congreso del PCUS no sólo tienen una gran importancia para el PCUS y para la edificación comunista en la URSS, sino que dieron comienzo a una nueva etapa en el movimiento comunista internacional y han contribuido a impulsar su desarrollo sobre la base del marxismo-leninismo ». O sea, cuando el PCE defiende la esencia de los « históricos acuerdos » del XX Congreso del PCUS, está defendiendo una apreciación a que ha llegado el conjunto del movimiento comunista, incluído, en aquel momento, el PC de China.

4. Llegamos, pues, a la cuestión crucial de la actitud del PC de China ante los planteamientos esenciales del XX Congreso del PCUS, ulteriormente incorporados a la plataforma común del movimiento comunista. Observemos los cambios que se han producido en dicha actitud a través del análisis de un tema concreto: el tema del culto a la personalidad.

En el documento del PC de China de abril de 1956, « La experiencia histórica de la dictadura del proletariado », en que se examinan algunas cuestiones relativas al XX Congreso, la cuestión se formula así:

« La cuestión de la lucha contra el culto a la personalidad ha ocupado un lugar importante a lo largo de este Congreso. Este ha denunciado con suma agudeza el culto a la personalidad que se había extendido durante un largo período de la vida soviética y que había llevado a cometer numerosos errores en el trabajo y traído consigo funestas consecuencias. Esta valerosa autocrítica de sus errores pasados hecha por el PCUS atestigua un elevado espíritu de principios en la vida interior del partido y pone de relieve la gran vitalidad del marxismo-leninismo ».

Ulteriormente, en diciembre de 1956, en un trabajo titulado «Nuevas consideraciones sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado», la cuestión se plantea así:

«El PCUS ha emprendido ya la corrección de los errores de Stalin y la eliminación de las consecuencias de dichos errores, y consigue éxitos en ese terreno. El XX Congreso del PCUS ha demostrado una energía y una audacia inmensas en la eliminación del culto a Stalin, la revelación de la gravedad de los errores de Stalin y la liquidación de las consecuencias de dichos errores».

Entre uno y otro documento, en el VIII Congreso nacional del PC de China, las cuestiones se habían formulado así:

«El XX Congreso del PCUS que se ha celebrado en febrero de este año, constituye un gran acontecimiento político de alcance mundial. No sólo ha establecido al sexto plan quinquenal, de colosal envergadura; tomado decisiones de considerable importancia para acelerar el desarrollo de la sociedad socialista; denunciado el culto a la personalidad y sus graves consecuencias en el seno del Partido, sino que ha preconizado igualmente medidas para desarrollar la coexistencia pacífica y la cooperación internacional, aportando así una contribución notable a la distensión internacional».

(Del informe político del CC, presentado por Liu Chao-Chi).

Quizás basten estas citas. La posición del PC de China, en 1956, queda suficientemente expresada, en esta cuestión concreta del culto a la personalidad (y lo mismo podríamos hacer con *todas* las demás cuestiones debatidas).

Ahora bien, en 1963, resulta que las cosas son muy diferentes de lo que parecían ser.

En el editorial de «Renmin Ribao» (27 de febrero de 1963), titulado: «¿De dónde provienen las divergencias?», se dice lo siguiente:

«En cuanto al XX Congreso del PCUS, tuvo aspectos positivos y también los tuvo negativos Hemos expresado nuestro apoyo a dichos aspectos positivos. En cuanto a los aspectos negatives, es decir, les puntos de vista erróneos sobre algunas importantes cuestiones de principio del movimento comunista internacional, tenemos nuestra opinión».

Y en la carta del PC de China al PCUS, con fecha 14 de junio de 1963, se dice, en su punto 20:

«En el curso de estos últimos años, y en contra de la doctrina íntegra de Lenin sobre las relaciones entre los jefes, el Partido, las clases y las masas, algunos han suscitado la cuestión llamada de «la lucha contra el culto a la personalidad»; esto es erróneo y nocivo».

Más abajo:

« Plantear la cuestión de la "lucha contra el culto a la personalidad" equivale, de hecho, a oponer los jefes a las masas, a destruir la dirección unificada basada en el centralismo democrático en el seno del partido, a desmenuzar la fuerza de combate del partido y a disgregar sus filas ».

Como se ve, no puede haber diferencias más radicales entre una y otra posición del PC de China.

En 1956, el XX Congreso era calificado de « gran acontecimiento político de alcance mundial » (Liu Chao-Chi, *Informe al VIII Congreso del PC de China*). En 1960, junto con todos los demás partidos del movimiento comunista, el PC de China afirmaba que los « históricos acuerdos » del XX Congreso del PCUS « dieron comienzo a una nueva etapa en el movimiento comunista internacional y han contribuido a impulsar su desarrollo sobre la base del marxismo-leninismo » (Declaración de 1960). Pero ahora, en 1963, se dice que el XX Congreso « tuvo aspectos positivos y también los tuvo negativos ». Por añadidura, estos últimos, los negativos, no se refieren a cuestiones de detalle, sino que son « puntos de vista erróneos sobre algunas importantes cuestiones de principio ».

En 1956, se decía que la « valerosa autocrítica » del PCUS, en la cuestión del culto a la personalidad, « atestigua un elevado espíritu de principios en la vida interior del partido y pone de relieve la gran vitalidad del marxismo-leninismo » (*La experiencia histórica de la dictatura del proletariado*). Se decía asimismo que « el PCUS ha demostrado una energía y una audacia inmensa en la eliminación del culto a Stalin ». Ahora, en 1963, resulta que plantear las cuestiones del culto a la personalidad es « erróneo y nocivo » y que equivale a « desmenuzar la fuerza de combate del partido y a disgregar sus filas ».

Aunque la ocasión sea propicia, no creo oportuno seguir en esta caso el ejemplo de los comunistas chinos y caer, camo ellos suelen hacerlo, en la polémica grosera, en la ironía malévola y arrogante. Voy a limitarne a sacar una conclusión, de todo lo que precede.

Y es la siguiente: Como no se puede hacer al PC de China la ofensa de pensar que en 1956 (y nada menos que en ocasión tan solemne como el Congreso nacional) haya ocultado su verdadero pensamiento, forzoso es concluir que entre aquella fecha y hoy, el PC de China ha cambiado de opinión, y radicalmente, en lo que se refiere a « algunas importantes cuestiones de principio del movimiento comunista internacional ».

O sea: la discusión que se desarrolla actualmente no tiene sus orígenes en algún malentendido superficial, no se refiere tan sólo a tal o cual aspecto parcial de una concepción estratégica común. La discusión concierne al núcleo téorico esencial de la línea que el movimiento comunista ha ido elaborando desde el XX Congreso del PCUS. *Las causas directas de esta discusión, con todos los perjuicios que acarrea al movimiento obrero revolucionario, se encuentran en el radical cambio de actitud que se ha producio en el PC de China, entre* 1957 *y* 1960, *en lo referente a dicho núcleo teórico esencial.*

Para la claridad de la discusión, conviene, pues, que «cada palo aguante su vela», diríamos vulgarmente, ya que a los camaradas del PC de China tanto les gustan los refranes populares.

5. Se nos dirá que un partido comunista, como organismo autónomo y soberano, igual en todos los aspectos a los demás partidos comunistas, tiene derecho a cambiar de opinión y a revisar actitudes anteriormente aprobadas. En efecto. Pero junto a ese derecho, tiene la obligación de declarar abiertamente que ha cambiado radicalmente de criterio en cuestiones fundamentales y de explicar a las masas, a los comunistas, las razones reales de dichos cambios. Como se sabe, el PC de China no ha obrado de esa manera. El PC de China pretende que han cambiado los demás. Pretende ser el único depositario de la verdad marxista; el único intérprete fiel de los acuerdos del movimiento comunista.

Semejante pretensión choca con la realidad, como es lógico, y como ya se ha visto en lo que atañe al juicio sobre el XX Congreso y a la cuestión del culto a la personalidad. Semejante pretensión sólo puede mantenerse mediante una tergiversación de la realidad, mediante una interpretación torcida de los hechos. El esquema de esa tergiversación es aparente. Consiste en el viejo método escolástico de inventarse un maniqueo, un diablo *ex machina* al que se atribuyen las más nefandas intenciones, los más negros propósitos, para luego fulminarlo desde la posición de infalibilidad de los dogmas revelados. Ese diablo ha sido y sigue siendo el «revisionismo moderno», primero personificado por los camaradas de la Liga de Comunistas de Yugoeslavia, pero del que participan ahora todos los que pretendan poner en duda, someter a una crítica objetiva y serena, las tajantes afirmaciones del PC de China. De la misma manera — examínense los textos de la época — los viejos

bonzos de la social-democracia fulminaban las innovaciones del leninismo, que osaba poner en duda algunos de los dogmas de la « ortodoxia marxista », el dogma, por ejemplo, de que la revolución socialista tenía que comenzar en los países capitalistas adelantados de Occidente; el dogma de que la Rusia zarista no había « madurado » para la revolución socialista. La experiencia histórica ha dado ya su respuesta, en esta cuestión. Y la dará asimismo en el debate actual. Porque, no lo olvidemos, los problems teóricos y prácticos de la revolución no se resuelven a golpes de citas, se resuelven en la experiencia viva, concreta, de la lucha de las masas por su liberación nacional y social.

## II

1. Ahora bien, cualquiera que sea su orígen, la discusión está ahí y hay que abordarla resueltamente. Se trata, además, de una discusión *fundamental*, lo cual exige abordarla como tal, o sea, con seriedad, con rigor. Todo esto implica que se tengan en cuenta una serie de *normas metodológicas*, para que haya realmente discusión y que ésta sea rigurosa. Normas que, todas ellas, tienen que aplicarse teniendo en cuenta dos cuestiones esenciales: que se trata de una discusión en el movimiento comunista y que en ella se debaten los problemas de la línea estratégica del movimiento obrero revolucionario.

La primera norma concierne al nivel de claridad exigible en toda discusión teórica.

Para que haya claridad, lo primero que se necesita, que necesitan los millones de comunistas directamente concernidos por esta discusión, es una información suficiente, objetiva, irreprochable, multilateral, sobre las cuestiones debatidas. En la medida de lo posible (y es evidente que, dadas las condiciones en que se desenvuelve la actividad del PC de España, ello presenta para nosotros dificultades técnicas innegables) hay que dar a conocer los documentos íntegros, o al menos la esencia de ellos, que se vierten al debate, procedan de dónde procedan.

La segunda norma concierne al rigor imprescindible en la crítica de las posiciones que se consideran erróneas.

Rigor en la crítica quiere decir, ante todo, que se discuten las posiciones *reales* de este o de aquel partido, y no posiciones deformadas, caricaturales, fáciles de rebatir en una esgrima verbal, escolástica.

A este respecto, no se puede decir que el PC de China haya dado pruebas, hasta la fecha, de un suficiente rigor. Veámoslo con algunos ejemplos.

Como se sabe, estos últimos meses, el PC de China ha publicado multitud de documentos criticando la actividad y las tésis programáticas de diferentes partidos de Europa y América. Uno de los blancos preferidos de esas críticas ha sido el partido comunista italiano. No me propongo aquí, como es lógico, entrar en el fondo de la cuestión, porque no le faltan fuerzas al partido comunista italiano para rebatir, con la serenidad de que ya ha hecho prueba, los extraños argumentos críticos del PC de China. Si me refiero a ellos, sólo es para ejemplificar el método inadmisible, desprovisto de rigor (es lo menos que se puede decir), que en esta polémica han utilizado hasta ahora los responsables del PC de China.

Tomemos su último y extensísimo documento, publicado en los números 3 y 4 de 1963 de la revista « Hongqi », bajo el título: « De nuevo sobre las divergencias entre el camarada Togliatti y nosotros ».

De entrada ya se afirma en dicho documento, previamente a toda argumentación, que « las tésis de este Congreso (el X del PCI) así como el informe y las conclusiones que ha presentado el camarada Togliatti, están, de punta a punta, impregnados de ideas incompatibles con el marxismo-leninismo ». Y a continuación, para intentar justificar esta peregrina afirmación, se utiliza el conocido método de las citas truncadas, aisladas de su contexto, manejadas metafísicamente.

Algunos ejemplos.

En el tercer capítulo del documento chino, « Las contradicciones del mundo actual », se citan las primeras frases del segundo punto de las Tésis del X Congreso del PCI, que dicen así:

« Los países socialistas, y en primer lugar la Unión Soviética, lanzan a las clases dirigentes burguesas un desafío para la competencia pacífica en la instauración de un orden económico-social capaz de satisfacer todas las aspiraciones de los hombres y de los pueblos a la libertad, al bienestar, a la independencia, al desarrollo completo y al respeto total de la persona humana, a la cooperación pacífica de todos los Estados ».

Aquí se interrumpe en el documento chino la cita de las tésis del PCI, y se hace el siguiente comentario:

« Entienden con esto el camarada Togliatti y otros camaradas que basta con practicar la competencia pacífica entre países socialistas y países capitalistas,

sin pasar por la revolución popular, para que se instaure en los países capitalistas un orden económico y social semejante al que existe en los países socialistas? ».

Claro que ni el camarada Togliatti, ni otros camarades, ni el PCI entienden nada parecido. Bastaría con haber seguido leyendo las Tésis del X Congreso del PCI para convencerse de ello. En efecto, inmediatamente después de las frases citadas en el documento chino, las Tésis del PCI añadían lo que sigue:

« Sin embargo, los grupos dirigentes de los países imperialistas no quieren renunciar al dominio sobre el mundo entero y conciben sus relaciones con los países socialistas y con los nuevos Estados independientes en términos de lucha por el predominio y por nuevas formas de sometimiento económico y político de pueblos y naciones ».

Y más abajo, después de un largo desarrollo sobre la actual situación internacional, se añade lo siguiente en las Tésis del PCI:

« Es errónea y debe combatirse la opinión según la cual los grandes progresos de la construcción de una sociedad socialista y comunista en una parte tan extensa del mundo puedan ser suficientes, de por sí, para provocar el desmoronamiento y el fin del régimen capitalista en los países dónde todavía subsiste y continúa desarrollándose. El capitalismo no podrá caer y el avance hacia el socialismo no podrá extenderse a nuevos países si en este proceso no se inserta el movimiento consciente de la clase obrera y de las masas trabajadoras, orientado a liquidar el poder de las clases burguesas para convertirse en las nuevas clases dirigentes de la sociedad ».

O sea, si los redactores de la revista « Hongqi » hubiesen tenido un poco más de paciencia, si hubieran seguido leyendo atentamente las tésis del PCI, podrían estar tranquilos. No, ni el camarada Togliatti, ni otros camaradas, ni el PCI, piensan que se puede establecer un orden económico y social justo « sin pasar por la revolución popular ».

Pero es evidente que los redactores de « Hongqi » han leído atentamente, y en su totalidad, las tésis del PCI. Lo que les ha ocurrido es que han optado por manejar citas truncadas, por tergiversar deliberadamente la posición del PCI. Lo que les ocurre es que se han olvidado de las normas elementales de rigor que deben presidir toda discusión teórica, y más aún, toda discussión entre comunistas.

Ejemplos como estos podrían multiplicarse, porque todo el documento de la revista « Hongqi » ha sido redactado según el método inadmisible a que he aludido. Pero volvamos al tema que nos ocupa.

2. Decía que las normas metodológicas de una discusión real y rigurosa tienen que aplicarse teniendo en cuenta que se trata de un debate en el movimiento comunista. Y esto implica algunas consecuencias inmediatas.

Implica, en primer lugar, tener en cuenta lo que el movimiento comunista es hoy, realmente. O sea, un movimiento en desarrollo, complejo, diversificado, constituido por partidos gobernantes (de lo cual se derivan problemas estatales en sus mutuas relaciones), por partidos de oposición situados en las más diversas condiciones, por corrientes y tendencias marxistas-leninistas en los más diversos movimientos de masas. No es la imagen del *monolitismo* — y no puede serlo — la que nos presenta, pues, el movimiento comunista.

Toda tentativa, por tanto, que pretendiera imponer una dirección única, centralizada, impuesta desde arriba al movimiento comunista, chocaría con la realidad de los hechos, con la necesidad objetiva de una diversificación autónoma de la reflexión teórica y de la aplicación táctica de los principios básicos del marxismo. Todo el movimiento de renovación iniciado en la época del XX Congreso del PCUS, conduce a la elaboración de formas nuevas de relación y de discusión entre los partidos comunistas del mundo entero; conduce a la liquidación del concepto de « partido-guía » y de « estado-guía ». Y esto es precisamente lo que viene a negar en la práctica — a pesar de algunas declaraciones formales — la actitud del PC de China, que pretende constituirse, con los 25 puntos de su « nueva línea » general para el movimiento comunista, en centro único de orientación teórica y estratégica, asumiendo, con una intolerancia propiamente teológica, el papel de « partido-guía », depositario de la verdad marxista.

Es evidente que esta actitud no facilita la discusión. La solución de los problemas que hoy se plantean ante el movimiento comunista no puede, en ningún caso, buscarse en una vuelta atrás, hacia los métodos de dirección y de discusión que caracterizaron la época de Stalin, sino, por el contrario, sólo se hallará en la profundización y desarrollo de las tésis fundamentales que comenzaron a exponerse con motivo del XX Congreso del PCUS. En este camino se han conseguido ya éxitos importantes, que han acrecentado el papel y el peso específico de los partidos comunistas en el mundo actual. Por este camino hay que proseguir trabajando.

3. De todo lo antedicho se desprende una ultima conclusión, en la que quisiera detenerme.

Precisamente porque se trata de una discusión *fundamental,* que concierne al núcleo teórico esencial del marxismo en la época actual y a la concepción estratégica global del movimiento revolucionario, no puede haber *neutralidad ideológica* por parte de ningún marxista en esta discusión. La neutralidad — con el pretexto superficial de que se trata de una discusión entre el PCUS y el PC de China — equivaldría a poner nuestros principios teóricos y políticos entre paréntesis, a suspender nuestra elaboración de las cuestiones cruciales del momento actual, a abandonarnos en suma al más grosero pragmatismo.

La lucha por la perspectiva revolucionaria exige, y con urgencia, una lucha por el rigor y la claridad de la teoría revolucionaria. A esta lucha intentaremos dar, en esta revista, la contribución que nuestras fuerzas y nuestra capacidad nos permitan. Una contribución que en todo caso se esforzará por mantenerse al nivel de seriedad y de rigor científicos que preconizamos. Está abierta la discusión: vayamos pues a ella.

*Federico Sanchez*

# La revolución pictorica de nuestro tiempo

En las discusiones ideológicas que tienen lugar actualmente en el movimiento comunista, los problemas del arte ocupan un lugar de cierta importancia. Las reflexiones que siguen, centradas en la pintura, quieren ser una contribución a ese debate y tienen un caracter estrictamente personal.

## I

El interés por la pintura en amplias capas sociales ha aumentado considerablemente en los últimos decenios. Se refleja en la mayor frecuentación de museos y exposiciones, en la atención que concede a la pintura la prensa diaria, la radio, la televisión y el cine, en la multiplicación de galerías de arte y de revistas especializadas con intenciones vulgarizadoras, así como en el incremento del número de pintores profesionales y aficionados. Según estadísticas de 1956 [1], ese año había en Francia 45.000 de los primeros y 800.000 personas que tenían la pintura como « violín de Ingres ».

Evidentemente, Francia no es un ejemplo típico. Pero el fenómeno se presenta también, con mayores o menores proporciones, en la generalidad de los paises capitalistas desarrollados. El mercado de la pintura es uno de los más florecientes. España va con retraso en éste, como en tantos otros aspectos de la vida moderna. No podía ser de otra manera, dadas las condiciones materiales y culturales de la sociedad española bajo la dictadura franquista. Pero pese a ello también es sensible, en nuestro país, la mayor curiosidad

---

[1] Michel Ragon. « L'aventure de l'art abstrait », 1956, Pag. 140.

por la pintura en los intelectuales y en las capas más cultivadas del pueblo.

Ni que decir tiene, que en los países socialistas el interés por el arte, por la pintura en particular, no tiene punto de comparación con lo que era en el viejo régimen. La participación directa de los dirigentes del Partido y del Estado en las recientes discusiones sobre arte en la Unión Soviética y en otros países socialistas, es un índice elocuente del creciente papel que el arte desempeña en la vida socialista.

Parece evidente que la raíz del fenómeno que venimos señalando está en la gran transformación revolucionaria experimentada por el mundo en lo que va de siglo, a la que no escapa ninguna de las esferas de la vida social: económica, política, científica, técnica, artística.

En los países socialistas el arte ha dejado de ser un problema que interese solo a minorías (otra cosa es el nivel estético general). La liberación del yugo colonial de continentes enteros, despierta la preocupación de grandes masas por su cultura nacional y su arte. Este, que antes no era conocido más que por unos cuantos especialistas, adquiere difusión y valorización internacional. En los países capitalistas, la lucha revolucionaria y democrática no sólo ha logrado mejorar la situación económica de las masas, sino que ha abierto ante ellas nuevas posibilidades de acceso a la cultura. La industria moderna exige un nivel cultural y técnico más alto en la clase obrera.

Paralelamente, el progreso técnico ha contribuido notablemente a la difusión de la pintura. Desde las ediciones de lujo, al alcance de la burguesía y de las capas más acomodadas de la intelectualidad, hasta las reproducciones baratas de gran tirada, llegando a las de tipo tarjeta postal, la reproducción de las obras pictóricas se ha ido ampliando vertiginosamente. La fotografía en negro o en color, el cine y la televisión, completan las posibilidades, antes desconocidas, de tener acceso al museo mundial de la pintura. Sin olvidar los viajes, el turismo de masas, que facilitan la contemplación directa.

Esa importante ampliación del sector social interesado en la pintura (y lo mismo podría decirse de otras artes) ha elevado el papel de esta en la lucha ideológica entre las diferentes concepciones sociales, políticas y filosóficas que se enfrentan en el mundo contemporáneo. E inevitablemente, la agudización de esta lucha repercute en la esfera del arte. Las escuelas y movimientos pictóricos

aparecen, con frecuencia erróneamente, como expresión de posiciones políticas e ideológicas.

Pero todo lo dicho no explicaría suficientemente la boga de la pintura en la vida de hoy. Me parece que hay que destacar un elemento esencial: la misma *revolución pictórica* que ha tenido lugar desde el impresionismo a nuestros días. Las « audacias », « locuras », « extravagancias », de la pintura, han contribuido poderosamente a fijar en ella la atención general.

El hecho de la revolución pictórica parece generalmente admitido. La discusión comienza cuando se trata de definirla, analizarla, valorizarla.

A primera vista esa revolución aparece como desdoblada.

Tenemos, por un lado, una pintura, la llamada pintura del « realismo socialista », concentrada en la nueva gran realidad social de nuestra época: el pueblo trabajador dueño de sus destinos, su lucha, su trabajo, la construcción del comunismo. Pero esta nueva realidad aparece en esa pintura expresada en las formas ochocentistas (llegando, todo lo más en los últimos años, a un tímido impresionismo), rechazando las principales conquistas plásticas del siglo XX.

Por otro lado, estamos ante una tremenda, brutal, por momentos desconcertante, revolución formal. Paradójicamente, esta radical innovación formal se ha producido en los marcos de la sociedad burguesa y con la hostilidad del nuevo mundo socialista. En nombre del marxismo ha sido juzgada y condenada como simple expresión en el arte, de la decadencia y descomposición burguesas.

¿ No ha llegado la hora de preguntarnos si las cosas son realmente así, si la revolución pictórica contemporánea es un simple eco de la agonía histórica del capitalismo, o si las nuevas formas, el nuevo lenguaje plástico, que la pintura moderna explora febrilmente, no son la expresión de nuevas realidades, de nuevos contenidos, que tienen una significatión progresiva, incluso cuando no ponen en tela de juicio, *directamente*, los fundamentos de la vieja sociedad ? ¿ Si esa revolución formal no es una profundización en la expresión artístico-plástica de determinados aspectos de la realidad contemporánea ?

A primera vista, la revolución social y la revolución pictórica marchan por caminos divergentes. Debemos examinar si esta situación refleja una contradicción objetiva, real, o si es el resultado de conceptiones subjetivas que, en definitiva, tienen poco de común

con el marxismo y con los intereses profundos de la clase obrera y del progreso social.

## II

Si la revolución pictórica tiene, como veremos, sus raíces en el mundo de hoy, sus primeros atisbos aparecen en el alborear del XIX y tienen nombre español: Goya.

Así como Francia dió su forma clásica, político-social, a la revolución burguesa, y de Alemania salió la formulación filosófica más acabada de esa revolución, con el sistema hegeliano, España expresó mejor que nadie en el terreno del arte, con el genio de Goya, la esencia contradictoria del gran cambio histórico.

Goya expresa el dramatismo de un período en el que se hunde un mundo y nace otro que tampoco es satisfactorio, que también es un mundo desgarrado. Traduce artísticamente el espíritu de la revolución, sus ideales progresivos, y al mismo tiempo su zona sombría. No es casualidad. Goya vive el drama de España en los comienzos de siglo, cuando la revolución burguesa española lucha a muerte contra el país que ha llevado esa revolución a su forma más acabada. Y ese drama, Goya no lo puede expresar plásticamente en las formas de un neoclasicismo académico. Le es preciso romper con ellas, liberarse. Situadas en su tiempo, las mejores creaciones goyescas, sus « caprichos » — esa especie de « *insurrección del alma atormentada* », según la acertada expresión de L. Venturi — « los desastres de la guerra », su « pintura negra », podrían considerarse extravagancias formales, « chafarrinones », como para mucho de nuestros contemporáneos son las mejores pinturas abstractas de hoy.

Goya rechaza la distinción idealista entre lo bello y lo feo. Declara que no quiere copiar la naturaleza. Con él empieza la pintura « no terminada », abocetada, cuyo poder sugeridor no cesa de crecer hasta nuestros días. En Goya está en germen, no sólo el impresionismo, y, sobre todo, el expresionismo posterior, sino el moderno abstraccionismo expresionista. Hay en él una penetración genial para llegar con el color y el trazo, con la materia y las formas, a la significación plástica de la esencia de las cosas, de los sentimientos, del alma humana. Y esa aspiración de profundidad, de ir más allá de las apariencias ópticas, es uno de los rasgos sobresalientes de la pintura moderna. Por eso, nos parece que tiene razón

L. Venturi cuando dice que «*así como la antigua poesía comienza con Homero, la pintura moderna comienza con Goya*» [2].

Pero Goya sólo fué, y no podía ser en las condiciones de la España del XIX, más que un Himalaya solitario. Francia, el país de la sociedad burguesa más avanzada, pasa a ser también el teatro de los principales fenómenos en la evolución pictórica.

El mundo burgués comienza muy pronto a resultar insatisfactorio para el artista. Su prosaísmo, su culto del dinero, su vulgaridad, resultan incompatibles con el arte. Pero el artista, reclutado en los medios burgueses, prisionero de la ideología burguesa, no ve aún en el proletariado más que un exponente de la vulgaridad reinante. No encuentra en su entorno nada digno de ser expresado por el arte, salvo en momentos excepcionales (la revolución de julio — «La libertad guiando al pueblo»). Y busca la inspiración en un pasado idealizado o en el exotismo de paises lejanos, que empiezan a ser conocidos al compás de la colonización capitalista. Como se sabe, la máxima expresión de este movimiento romántico en la pintura es Delacroix, que debe mucho a las conquistas plásticas de Goya.

Poco a poco, se abre paso en algunos artistas la intuición o la conciencia, más o menos vaga, de la personalidad del proletariado, del significado de la lucha social. Adoptan una actitud crítico-realista frente a la sociedad burguesa. Es el caso de un Daumier o de un Coubert. Y también estos artistas, para plasmar plásticamente sus ideas, utilizan los hallazgos goyescos.

En Rusia, la tendencia crítico-social aparece con los «ambulantes», que van al pueblo en busca de temas y fustigan con su arte la arcaica realidad social de la Rusia zarista. Pero sus medios expresivos quedan en retraso. Están más cerca del neoclasicismo que de Goya y Daumier, más del naturalismo que de un realismo a lo Coubert.

En Francia y en otros países occidentales, al lado de la actitud romántica y de la realista-crítica frente al mundo burgués, aparece la tendencia a refugiarse en la *forma* artística, o en lo *específicamente* artístico. Si en la sociedad no hay nada digno del arte, ni en su cara burguesa ni en su cara proletaria o popular, al artista sólo le cabe retirarse al mundo de su espíritu, de su «yo» y buscar las formas más refinadas de plasmarlo artísticamente.

---

[2] L. Venturi. «Artístas de la época moderna», traducción rusa, 1956, pag. 9.

El fondo idealista de esta actitud es evidente, pero su filo hostil a la realidad burguesa no lo es menos. En la práctica, estos adalides del « arte por el arte » o del « arte puro » no hacían mas que confirmar, a su manera, la tesis de Marx: *« la producción capitalista es hostil a determinadas ramas de la producción intelectual como el arte y la poesía »* [3]. Plejanov lo percibió también, pero a la hora de caracterizar y clasificar esta tendencia no tuvo en cuenta más que el primer aspecto, poniendole el rótulo definitivo de « arte decadente ».

El arte « realista » burgués, el que se enseñaba en las academias y gozaba del apoyo oficial, también era la expresión de la decadencia y descomposición de la sociedad burguesa, pero con el agravante de que en él no había ninguna reacción contra ésta, ni de fondo ni de forma, y complacidamente exaltaba los fastos, las personalidades, las hazañas bélicas, el patrioterismo y el fariseísmo burgués, idealizando la vida del pueblo. En la corriente « formalista » había, por lo menos, aquella hostilidad al medio burgués. No era un ataque a sus fundamentos, ni una toma de posición al lado de las nuevas fuerzas sociales progresivas, sino una reacción de tipo ético y estetizante contra la moral farisea y el gusto vulgar de una sociedad opuesta, por esencia, a toda manifestación elevada del espíritu, a la fantasía y la imaginación, en una palabra, a todo lo que es consustancial con el arte.

Lunacharski tenía razón cuando escribía refiriendose a la primera manifestación importante de la moderna revolución formal de la pintura, al impresionismo: *« No, no era un artista burgués (habla de Renoir F. C.). Era un hombre ávido de felicidad, que supo encontrarla y derramarla generosamente »* [4]. *« En general, los mejores artistas impresionistas no fueron representantes de la burguesía dominante. La mayoría no la soportaban, la odiaban, despreciaban sus gustos y a los artistas que los servían »* [5].

La burguesía y su estado eran conscientes de la hostilidad de la nueva pintura y para luchar contra ella explotaban el desconcierto que producía en el « gusto popular ». El impresionismo provoca el escándalo, se le cierran las puertas de las exposiciones y museos. A sus artistas se les trata como apestados. Jean Cassou recuerda, en

---

[3] Marx Engels. « Sobre la literatura y el arte », traducción francesa, 1954, pag. 186.

[4] Lunacharski. « Artículos sobre arte », edición rusa, 1941, pag. 407.

[5] Lunacharski. Idem, pag. 405-407.

su « Panorama des Arts plastiques contemporains », que todavía en 1900, cuando el presidente de la República francesa visita la exposición de pintura y llega a la sala de los impresionistas, el académico Gerome le corta el paso declamando enfáticamente: « Arretez, monsieur le Président, c'est ici le déshonneur de la France! ».

Otra cosa es que posteriormente el Estado y la sociedad burguesa digiriesen el impresionismo, academizándolo, como asimilaron el realismo de Courbet, procurando despojarle de su filo social.

Algo parecido ocurre con la actitud de la burguesía frente al arte abstracto, que nace en Rusia por los mismos años en que el cubismo nace en Francia. Cuando triunfa la Revolución Socialista en 1917 los creadores del abstraccionismo se ponen al lado del pueblo. Kandinsky, que lleva años trabajando en el extranjero, regresa a la Patria y es nombrado profesor de la Escuela de Bellas Artes de Moscú, lo mismo que Maliévich, Tatlin, Pevsner y otros. Participan activamente en la organización de la vida artística de la joven República Socialista. En 1920 aparece, en Moscú, el manifiesto del constructivismo de Pevsner y Gabo, del que son estas fórmulas: « 1) *Para responder a la vida real, el arte debe basarse en dos elementos fundamentales: el espacio y el tiempo.* 2) *El volumen no es la única expresión espacial.* 3) *Los elementos cinéticos y dinámicos pueden permitir la expresión del tiempo real, los ritmos estáticos no bastan.* 4) *El arte debe cesar de ser imitativo para descubrir nuevas formas* »[6]. Entre tanto, la Francia burguesa adopta una actitud hostil al arte abstracto, considerándolo un « arte bolchevique »[7].

Una segunda etapa del arte abstracto se desarrolla en Alemania, bajo la Républica de Weimar. Los pintores, escultores y arquitectos agrupados en el Bauhaus investigan la aplicación de la nueva estética a la vida moderna, buscan una integración o colaboración de las artes plásticas, al servicio del progreso técnico. Pero llegan al poder los nazis y el arte abstracto es puesto fuera de la ley, el Bauhaus disuelto, lor artistas tienen que emigrar.

Han de pasar bastantes años desde que Kandinsky pintó la primera acuarela abstracta (1910) para que los sectores más inteligentes de la burguesía comprendan que al fin y al cabo el arte

---

[6] Marcel Brion. « Art Abstrait ». 1956, pag. 164.
[7] Michel Ragon. Obra citada, pag. 28.

abstracto no es tan peligroso, sobre todo desde que los marxistas lo han catalogado como « arte burgués », « arte decadente ».

En un palabra; la revolución pictórica moderna ha sido en su origen, y no ha dejado de serlo en su raíz más honda, pese a la especulación burguesa de que es objeto y a todas las mistificaciones idealistas, una expresión de la rebeldía del arte contra una sociedad que le es esencialmente hostil, un reflejo concreto de aquella incompatibilidad entre arte y burguesía, que señalaba Marx.

Pero ese es sólo un aspecto del problema. Las raíces profundas de la revolución formal en la plástica hay que buscarlas también en los inmensos cambios introducidos en la vida contemporánea por el gigantesco desarrollo de las fuerzas productivas, por la revolución técnico-científica.

El parcial destronamiento de la geometría euclidiana, iniciado por Lobachevsky y llevado hasta sus últimas consecuencias en la teoría de la relatividad de Einstein, pone en crisis las concepciones geométricas y espaciales que habían estado en la base de la pintura salida del Renacimiento. El átomo resulta ser un mundo complejo, en lugar de la forma más simple de la materia y el universo se ensancha infinitamente. Los modernos instrumentos electrónicos y radioelectrónicos de observación, ponen al alcance del artista y del hombre corriente la visión de vastas regiones del micro-mundo y del macro-cosmos. Se impone la concepción dinámica y dialéctica del desarrollo social, biológico, físico. Nuestra época se coloca bajo el signo del movimiento, de la velocidad. Hasta el dinamismo de la historia adquiere para el hombre de hoy una consistencia casi plástica. El gigantesco desarrollo de la técnica, de la industria, amplía en escala sin precedentes el lugar que en la vida del hombre contemporáneo ocupa esa « segunda naturaleza » creada por el trabajo humano a través de milenios. Comienza la conquista del Cosmos.

Entre las multiples consecuencias de esa revolución técnico-científica, hay una que influye muy directamente en la pintura moderna acuciándola a la búsqueda de nuevas formas de expresión.

El desarrollo de la fotografía, más tarde, del cine y de la televisión; la gigantesca difusión de la imagen gráfica por la prensa y las revistas, han producido una verdadera invasión del orbe con imágenes plásticas del mundo visible obtenidas por medios mecánicos en constante y rápido proceso de perfeccionamiento. Lo que durante siglos fué coto reservado a la pintura, la representación plástica de las formas exteriores de la naturaleza, de la vida social,

de la sicología humana, hoy es irresistiblemente invadido por la imagen fotográfica, impresa, filmada, televisada.

Se argumenta frecuentemente que la máquina fotográfica nunca podrá reemplazar al artista. Es una verdad muy relativa. Depende de lo que el artista quiera expresar. Si permanece en la superficie de las cosas, en sus apariencias externas, figurativas, puede ser superado por el objetivo fotográfico, cuya « sensibilidad » no cesa de afinarse, como se afina asombrosamente la « memoria » de las máquinas electrónicas cibernéticas. No hay que olvidar, por otra parte, que mucho depende de quién maneje la máquina fotográfica, como de quién maneje el pincel. Muy particularmente el cine, integrando el tiempo, el espacio y el movimento en la representación plástica de la realidad, es un temible adversario de la pintura.

Esto tiene un doble efecto: por un lado, el papel que históricamente ha jugado la pintura como registro plástico, gráfico, visual, de la realidad física o humana, ha caducado en medida importante; por otro, esa saturación de imágenes gráficas crea un estado sicológico especial en el público, que comienza a pedir de la pintura « algo » que no sea más o menos lo mismo que le proporcionan la fotografía, el cine y la televisión. ¿ Puede la pintura darle ese « algo » esa emoción, ese sentimiento, ese conocimiento, que ninguno de los medios mecánicos de representación plástica puede proporcionarle ? Es la gran interrogante que se levanta ante la pintura moderna, y su aventura actual, sus búsquedas, las apasionadas discusiones que suscita, tienen en gran parte como telón de fondo ese interrogante.

Aún conviene subrrayar otro fenómeno, derivado también de los cambios sociales y técnico-científicos, que ejerce influencia considerable en la actual revolución pictórica: la universalización del conocimiento del arte.

El artista europeo vivió durante siglos casi encerrado en el marco del arte greco-romano y del arte renacentista. La expansión colonial del capitalismo primero, y la liberación de los pueblos coloniales en los últimos decenios; las investigaciones científicas, etnológicas, arqueológicas e históricas; la reproducción fotográfica y la facilidad de viajar; la circulación de exposiciones entre los países, descubieron al artista occidental el arte negro, oceánico, precolombiano, japonés, chino, etc., conmocionando su visión tradicional y contribuyendo poderosamente a crear nuevas concepciones artísticas, una nueva sensibilidad. Estamos lejos del tiempo en que Marx se planteaba el misterio de la atracción que a sus contemporáneos

inspiraba el arte griego. Hoy hay numerosos « misterios » que explicar desde el ángulo marxista acerca de las afinidades, inspiraciones, que el artista y, en general, el hombre de hoy sensible al arte, encuentran en las artes de otros pueblos, de otras épocas. Y en muchos de esos nuevos continentes artísticos descubiertos durante los últimos decenios, la abstracción y el simbolismo desempeñan un papel considerable. La influencia de este hecho en la pintura moderna es evidente. Basta recordar la importancia que las estampas japonesas tuvieron para los impresionistas, el arte negro para Picasso y otros muchos artistas, de nuevo el arte japonés para la llamada Escuela del Pacífico noteamericana, despues de la segunda guerra mundial, y las referencias serían innumerables. Lo « nacional » sigue siendo muy importance para el desarrollo del arte, pero un arte que se encierre en lo « nacional », que no tenga en cuenta suficientemente este fenómeno de universalización del arte, se conuena al empobrecimiento.

En resumen, el mundo ha cambiado en medio siglo más que en todo el desarrollo precedente de la humanidad. Estamos ante una nueva organización social, radicalmente distinta a todas las anteriores; ante una nueva realidad física (creada por el hombre); ante nuevos aspectos de la naturaleza, que eran desconocidos; ante un prodigioso desarrollo tecnico-cientifíco; ante una nueva sicología humana. ¿ Cómo es posible que en este vertiginoso cambio histórico no cambien el contenido y las formas del arte ? ¿ Cómo puede la pintura de hoy expresar los nuevos contenidos, las nuevas realidades, con el lenguaje plástico creado por el Renacimiento ?

Sin embargo, así como la burguesía victoriosa con la gran Revolución Francesa, buscaba al principio sus formas de expresión artística en el mundo greco-romano, hoy parece como si el socialismo triunfante quisiera encerrar la visión plástica del mundo moderno en los cánones salidos del Renacimiento. ¿ Pero puede la pintura de la época del Comunismo, de la energía atómica, de la velocidad, de la conquista del Cosmos, del materialismo dialéctico, encerrarse en esos límites expresivos ? Los marxistas debemos estar contra todo nihilismo cultural, debemos asimilar todo lo valioso que ha creado la humanidad, pero asimilar no es imitar.

## III

Desde el impresionismo a nuestros días, las tendencias, escuelas y « modas » pictóricas se suceden a una cadencia acelerada. Impre-

sionismo, neo-impresionismo, fovismo, expresionismo, cubismo, constructivismo, surrealismo, abstraccionismo, informalismo, neo-figuración, etc., se suceden o desarrollan paralelamente, produciendo a primera vista una impresión de caos, de innovación por innovación, de búsqueda febríl y gratuita de la originalidad. No es facil distinguir lo esencial de lo accesorio, el diamante de la escoria.

Sin embargo, a través de ese movimiento acelerado, y dejando de lado lo simplemente publicitario, exhibicionista, así como las interpretaciones idealistas o místicas, tomando la obra pictórica en sí, en ella parecen transparentarse dos aspiraciones que van en la dirección del progreso humano:

1) Una voluntad de profundizar en la realidad, yendo más allá de las apariencias, de lo exterior; un afán de aprehender y expresar plásticamente la esencia de las nuevas realidades, físicas, sociales, humanas,

2) Una investigación y elaboración más profunda de los recursos expresivos del color, la línea, el grafismo, la materia (las nuevas materias que la técnica pone al alcance del artista), las formas; en una palabra, del léxico y la morfología de la pintura. Investigación no es el paisaje sino la luz. Y para pintar algo tan impalpable ticamente la esencialidad del mundo.

El impresionismo, que abre la marcha de la revolución pictórica contemporánea, aparece, ante todo (aunque no sea solo eso) como una investigación de la luz por el color. Si el paisaje le sirve habitualmente de pretexto, de soporte, lo que quiere representar, ante todo, no gratuita, sino al servicio de aquella voluntad de expresar pláscomo la luz atmosférica hace abstracción, prescindiendo o relegándolos a un lugar secundario, de otros componentes tradicionales de la pintura salida del Renecimiento: el volumen, la construcción de los cuerpos, la perspectiva del espacio tridimensional, el claro oscuro (cuya finalidad esencial no era la luz sino el modelado de los volúmenes), la continuidad de los tonos (introduciendo el divisionismo), etc. Ya Velazquez había logrado refinadas evocaciones de la luz atmosférica, y probablemente hasta el impresionismo, nadie le superó en este terreno. Pero el virtuosismo atmosférico de Velazquez está aún íntimamente asociado a los cuerpos, a la construcción tridimensional del espacio. El impresionismo es el primer intento de *abstraer* plásticamente la luz atmosférica. El intento impone sacrificios, pero tiene sus recompensas en el dominio del color, en el enriquecimiento de la sensibilidad del artista y del espectador, aunque al principio choque con el gusto y los hábitos visuales enraizados.

El neo-impresionismo es un intento de sistematización casi científica del impresionismo y lleva, por un lado, a su academización y, por otro, a su negación, a la construcción, al solidificación, tendiendo así el puente a la reacción más radical contra el impresionismo, el sólido constructivismo de Cezanne.

Si los impresionistas tratan de profundizar en el poder expresivo del color para llevar al lienzo algo tan impalpable como la luz, Cezanne se apodera del color para traducir más vigorosamente que en ninguna pintura anterior la construcción volumétrica, la solidez del mundo físico y humano. De la abstracción de la luz pasamos a la abstracción del volumen, de la estructura volumétrica, no sólo de las cosas en el espacio, sino del espacio mismo. « *Tratar la naturaleza por el cilindro, el cono y la esfera* »[8] es su divisa. El color es el modelador y el modulator. Ahora el papel del paisaje, de la figura humana o de las manzanas, es el simple soporte para representar otra cosa: el volumen, la estructura material, también la pesantez. Cezanne acierta a hacer plásticamente sensible la ley de la gravedad, como más tarde Kandinsky el estado de imponderabilidad.

Sería erróneo pensar que porque el impresionismo y el cezannismo se concentran fundamentalmente en la representación plástica de las realidades físicas, el hombre está ausente de su obra. Sin hablar de cuando está presente en el lienzo (y es interesante subrayar que cuando así ocurre no es el capitalista, ni el aristócrata, ni el militar, el que aparece, sino el ciudadano corriente) lo humano aparece, sobre todo, en la tarea misma que se plantea el artista, en esa voluntad de llegar más allá de lo que la pintura había llegado hasta entonces, en la representación plástica de determinadas realidades naturales; en la aparición, a través de su obra, de un nuevo nivel de la sensibilidad humana.

En Van Gogh hay una obsesión alucinante, que le lleva a la locura y el suicidio, por arrancar del color todas sus capacidades expresivas, no ya para la representación de una realidad física, sino, ante todo, del alma humana. « *He intentado expresar con el rojo y el verde las terribles pasiones humanas* »[9]. Un color exaltado y un ritmo de vértigo inprimen a los mejores cuadros de Van Gogh un movimiento non solo físico sino espiritual, que traduce el alma

---

[8] Carta de Cezanne a Emile Bernard, citada en « Panorama des arts plastiques contemporains » de Jean Cassou, 1960.

[9] Maurice Gieure. « La peinture moderne ». 1958, pag. 52.

atormentada del artista, vibrando con los dolores de su época. Hay que remontarse a Goya para encontrar parecido poder expresivo del color y de la pincelada en la pintura del alma.

De Van Gogh arranca toda una línea expresionista, lírica, de la pintura moderna, que se propone análogos objetivos con los recursos del color y de la línea, del grafismo y la materia. Nuestro gran Solana está en esa corriente que viene de Goya. « Guernica » es una síntesis del cubismo y de ese expresionismo vigoroso.

La reacción constructivista de Cezanne frente al impresionismo tiene un desarrollo lógico en el cubismo. Este es un paso más en el intento de captar aspectos de la realidad que están más allá de sus formas externas. La reflexión racional ocupa en la sensibilidad cubista un lugar primordial. « *El mundo visible no deviene mundo real* (interprétese, en el lienzo. - F. C.) *mas que por obra del pensamiento* » dicen dos de los técnicos del cubismo, Gleizes y Metzinger. « *Un objeto* — proclaman — *no tiene forma absoluta. Tiene varias, tantas como planos en el dominio de la significación* » [10]. El objeto es inagotable para el artista, es lo que en realidad quieren decir. El pintor debe captar no sólo su cara visible, sino su estructura, su cara oculta. El artista debe pintar no sólo lo que ve sino lo que sabe, lo que intuye, trasponiendo el nivel científico de su época a su imaginación y fantasía. Metafóricamente hablando podríamos decir que el cubismo es un intento de representar plásticamente la cara oculta de la Luna antes de que los sputniks soviéticos la fotografiasen. El ojo de Picasso « mira » sus modelos girando mentalmente en torno a ellos, penetrando en su interior y llevando a la superficie plana del lienzo, organizados plásticamente, sin atenerse a la perspectiva única de la pintura anterior, los hallazgos que hace en su viaje exploratorio. Crea así un nuevo espacio específicamente pictórico. Como ha dicho en alguna ocasión, él no quiere ser el espectador de la realidad sino su cirujano. En definitiva, el cubismo es infiel al aspecto corriente de las cosas para ser más fiel a su ser íntimo, esencial. Es un realismo reflexivo, indagador, que destruye para construir. Posiblemente es la tendencia pictórica que más va a la par con el espíritu científico de nuestro tiempo y por eso ha dejado huellas profundas en la pintura actual.

Con frecuncia se establece una divisoria radical entre toda esta

---

[10] Citado por Jean-Louis Ferrier en « Picasso, pintre de la realité total ». « Les Temps Moderns » abril 1957.

primera etapa de la revolución pictórica, en la que todavía el aspecto figurativo externo del mundo objetico se hace presente en el lienzo, aunque sea de forma vaga, ambígua, y la pintura propiamente abstracta que arranca de Kandinsky, Malievich y Mondrian, por los mismos años en que hace su aparición el cubismo. Sin embargo, considerando atentamente este proceso pictórico, la transición no es tan radical. Desde el momento que en el impresionismo de Monet, en el expresionismo de Van Gogh, en el cubismo de Picasso, la figuración no es más que un pretexto, un « soporte » para significar a través del color, de la línea, de las formas, « otra cosa »: la luz, el volumen, la solidez, la estructura, la esencia de las cosas o del alma humana; desde el momento que los elementos mismos del lenguaje pictórico adquieren la primacía para traducir plásticamente la realidad exterior o el mundo íntimo del artista, desde ese momento, es inevitable la tentación de prescindir, para la expresión plástica de determinados contenidos, de todo soporte que no sean los materiales específicamente pictóricos: el color, la línea, el grafismo, las formas, etc. O dicho de otra manera: es inevitable la tentación de expresar realidades genéricas (el movimiento, la luz, el volumen, la sensaciones, las emociones, los estados espirituales en general) mediante formas plásticas también genéricas, lo que hemos venido en llamar *formas abstractas*. ¿ Por qué la pintura no ha de poder alcanzar el nivel de abstracción logrado por la música ? se planteó Kandinsky, y tras él otros artista plásticos.

Tentación indubablemente arriesgada y peligrosa, pero que, como todo en el arte, hay que juzgar en sus realizaciones concretas, en su *praxis* específica. Recientemente se ha expuesto en París la más grande retrospectiva de Kandinsky que haya tenido lugar hasta la fecha, lo que nos ha permitido apreciar el conjunto de su obra, el proceso de su evolución, desde los primeros paisajes impresionistas y fovistas, hasta su última etapa abstracta geometrizante, salida del Bauhaus, pasando por lo que a mi juicio es la fase culminante de su obra, el expresionismo lírico abstracto de los años diez. Es fácil demoler *filosóficamente* a Kandinsky, como hace Prokofiev en su estudio contra el arte abstracto [11] y como se hace en otros trabajos de críticos soviéticos, pero lo difícil es demostrar en el terreno artístico la invalidez de su obra. Porque ésta está ahí,

---

[11] « Las artes plásticas contemporáneas en los países capitalistas », Moscú, 1961.

con toda su sugestiva belleza; porque es una fiesta del espíritu contemplar esas grandes sinfonías de color, de armonías, de contrastes, de movimiento, llenas de evocaciones del mundo de la naturaleza y del espíritu, desde los fondos misteriosos del océano hasta el paisaje, el folklore y el alma de los rusos. Y ese espacio imponderable que hay en los lienzos de Kandinsky, donde las formas parecen flotar, escapar a la ley de la gravedad, nos evoca hoy, mejor que ciertas representaciones «realistas» las imágenes que la televisión nos ha transmitido de los cosmonautas en sus naves cósmicas.

Digamos, de paso, que este poder de anticipación en el que la conciencia científica de nuestro tiempo aparece transmutada en intuición artística, con frecuencia sin que el artista tenga conciencia de ello, es un rasgo de la pintura contemporánea, una demostración *práctica* de que lo mejor del arte abstracto o abstractizante, no está al margen de la realidad, no es fruto de especulaciones metafísicas, sino que es un reflejo ideal, imaginativo, intuitivo (de una intuición que tiene tras sí todo el desarrollo cultural y artístico de la humanidad) de las nuevas realidades contemporáneas, de un mundo en vertiginosa transformación.

Tiene razón el escultor soviético Neisviestni, cuando escribe: «*El sabio y el artista descubren igualmente el mundo, pero con formas diferentes. La imagen y la intuición, el concepto y el símbolo, entran en diferentes niveles y en diferentes proporciones, en la creación del artista y del sabio. Pero en la naturaleza del arte está el presentimiento de la verdad científica. ¿Acaso nosotros los artistas no sabemos que las formas aerodinámicas nacieron en el arte, si bien no en su forma pura pero bastante gráficamente, antes de que fueran una realidad práctica en la teoría y en la mecánica? Las curvas que describen las trayectorias de los vuelos cósmicos también aparecieron antes en el arte... En nuestra vida cotidiana entran formas ligadas por asociaciones a aquella realidad que la ciencia ha explorado no hace mucho. El micromundo y el macrocosmos, el descubrimiento del microscopio electrónico, la telefilmación y la radioastronomía, ampliaron inconmensurablemente nuestras representaciones de la riqueza de formas del mundo, pero no está de más decir que muchas de esas formas fueron intuidas hace tiempo por los artistas y encarnadas en sus obras*». También «*el científico fantasea, el científico presiente. Con mucha más razón*

*es obligatorio para el artista. Según mi opinión sólo lo que es un paso hacia lo 'desconocido' es creación* »[12].

Algo parecido dice el crítico de arte francés Pierre Restany: « *La fotografía electrónica, descubriéndonos otros niveles de organización de la materia en la esfera de lo infinitamente grande o de lo infinitamente pequeño, nos ha demostrado que las visiones 'abstractas' de nuestros pintores contemporáneos tenían en 'otra parte' correspondientes concretos, que esas visiones constituían notables anticipaciones de una realidad más profunda hasta entonces no captada por nuestros procedimientos racionales de investigación* »[13].

Si consideramos ahora una de las direcciones fundamentales de la pintura abstracta, la que para entendernos llamaremos geometrizante o constructivista, su vinculación con la arquitectura moderna, con el urbanismo y la habitación del hombre actual, es evidente. Con razón se ha dicho que las cocinas modernas parecen una réplica de la estética de Mondrian. Esa pintura es un reflejo de nuestro mundo industrial, técnico y a su vez influye en él. Como lo es de uno de los rasgos más importantes de la vida contemporánea: la velocidad. Era imposible que para un pintor del siglo XIX la noción de velocidad o de movimiento pudiera adquirir la consistencia *plástica* que ha llegado a tener en la época de la ruptura del muro del sonido y de los viajes cósmicos. Por el juego del color y del grafismo, con la sugerencia de tensiones y contrastes, con la utilización de diferentes planos y perspectivas, con la simultaneidad de formas a diferente nivel, la pintura abstracta ha logrado traducir plásticamente nociones tan abstractas como la velocidad, el movimiento, el dinamismo de la vida actual, con fuerza expresiva infinitamente mayor que ciertas obras « realistas » en las que los aviones o naves cósmicas están cuidadosamente representados. Esas tensiones de colores, líneas y ritmos, que situadas en otra época — suponiendo que fuera posible su invención — no serían más que un juego plástico, hoy adquieren una significación social, como expresión de un determinado nivel de las fuerzas productivas, de unas determinadas condiciones materiales de existencia, de un determinado nivel del dominio del hombre sobre la naturaleza.

Marx veía en la industria, en su existencia objetiva, « *el libro abierto de las fuerzas del ser humano, la sicología humana expre-*

---

[12] « Iskustvo » (Revista de la Unión de Artistas de la URSS), octubre 1962, pag. 9.

[13] « La galerie des arts », París, Julio-septiembre 1963.

*sada de forma sensible* »[14]. Por eso, aunque la figura humana no esté presente en esas obras abstractas, éstas tienen un contenido humano, reflejan las fuerzas creadoras del hombre actual, su sicología, su modo de vida y apuntan, aunque no se lo proponga el artista, hacia el único régimen social en el que esas fuerzas pueden contenerse y desarrollarse sin trabas: el comunismo.

Algo parecido ocurre con la visión de la naturaleza física, del paisaje. Cuando la gente se acostumbra a viajar a cien por hora y a volar frecuentemente, es lógico que nazca una nueva visión del paisaje, que la sensibilidad del artista capta antes que la masa, pero que poco a poco se hace habitual a ésta. Desde el impresionismo hasta el actual « paisaje abstracto », desde una visión fugaz, luminosa, ya influida por el movimiento, pero en la que aún quedan más o menos vagas las formas exteriores de la naturaleza, a una visión plástica en la que solo queda el color, el ritmo, el movimiento, como fundidos en una « quinta esencia » del paisaje, hay el camino recorrido por la técnica desde los primeros trenes del siglo XIX hasta los automóviles y aviones de nuestros días, desde el paisaje visto a rás de tierra y desde la inmovilidad o semiinmovilidad, hasta el paisaje visto a cien por hora o desde lo alto.

Los primeros paisajes impresionistas desconcertaban a sus contemporáneos. Pero hoy la forma de ver impresionista parece normal al hombre de sensibilidad artística media. Este *ve* ahora el paisaje, cuando va de vacaciones, con « ojos impresionistas », como ve la destrucción atómica a traves del « Guernica », como *ve* su habitación con los ojos de un Mondrian o de un Le Corbusier, como *ve* los dibujos de sus chicos con los ojos de un Klee o de un Miró.

Y a propósito de la moderna valorización de los dibujos infantiles, de toda esa dirección de la pintura moderna que después de Klee intenta reencontrar la frescura de la visión infantil del mundo — en el fondo, como una reacción frente al intelectualismo, el cientifismo, el tecnicismo, de nuestra época — es interesante recordar la aguda reflexión de Marx, cuando tratando de explicarse porqué el arte griego continuaba produciéndonos goce estético, hacía un paralelo entre la atracción que inspira la ingenuidad de la infancia, y la que puede suscitarnos la infancia de la humanidad: « *¿Es que en la naturaleza infantil* — se pregunta Marx — *no revive el caracter propio de cada época en su verdad natural?* »[15].

---

[14] Marx y Engels. Obra citada, pag. 172.
[15] Marx y Engels. Obra citada, pag. 184.

Los ejemplos de nuevas « visiones », de nuevos puntos de mira, de « nuevas realidades » descubiertas o redescubiertas por el artista contemporáneo como dignas de servir de manantial a su inspiración, son innumerables. Cada época, cada civilización, ha tenido una manera de *ver plásticamente* el mundo, reflejo de unas determinadas condiciones sociales, de una determinada cultura, de una determinada espiritualidad. Cuenta una leyenda que el Emperador de China quedó muy asombrado al recibir el retrato de perfil de Luis XIV y ver que el rey de Francia sólo tenía media cara. El hombre, y sobre todo el artista de hoy, no puede ver igual que el del siglo XIX. Ha nacido una nueva visión plástica del mundo, una nueva sensibilidad y un nuevo lenguaje pictórico para expresar la realidad contemporánea y contribuir al enriquecimento de la sensibilidad y de los conocimientos humanos. Y como vamos viendo, esta nueva visión del artista no ha surgido por capricho, ni como apéndice de la ideología burguesa, ni como fruto de la « descomposición del capitalismo » sino como eco artístico de las gigantescas y vertiginosas transformaciones sociales, científicas y técnicas de nuestra época.

Ver, artísticamente, no es función sólo de la vista. Ya Leonardo de Vinci dijo que « la pintura es cosa mental ». Y toda la dificultad de la pintura moderna viene de que esa « cosa mental » ha adquirido una complejidad nueva, sin precedentes, como tantas otras cosas de nuestro tiempo. Ante las tremendas complejidades de los actuales procesos políticos, incluidos los que se producen en el interior del movimiento comunista, que chocan con tantos esquemas arraigados, no es raro escuchar, incluso en gentes con cierto nivel político: « ¡ Yo ya no entiendo nada ! ». En cuanto a la ciencia, el tradicional respeto supersticioso que inspira le permite escalar nuevas cimas sin que nadie proteste de su dificultad. Nadie se enfada de que las naves cósmicas surquen el espacio aunque él no entienda una palabra del mecanismo que las lanza, las permite girar y regresar con asombrosa precisión al punto designado. Pero a la pobre pintura se le exige estar al alcance de cualquiera sin que nadie se sienta obligado a realizar un esfuerzo para entenderla.

Antes, cuando la pintura representaba generalmente el aspecto exterior, fácilmente reconocible, de las cosas, cualquiera creía « entender » el cuadro que tenía ante la vista, pero en realidad lo que entendía era el tema, la anécdota representada, y por lo demás le era agradable o desagradable, le gustaba o no. Pero el aspecto espe-

cíficamente pictórico era comprendido por una reducidísima minoría que había aprendido la «gramática plástica» de la época. La pintura moderna ha roto el muro de la figuración, como la aviación ha roto el muro del sonido, y de golpe el profano en pintura ha perdido ese asidero al que antes podía agarrarse. Ahora todo se ha hecho más complejo, más difícil, no sólo para el profano sino para el mismo artista y para el especialista en arte.

A veces se dice que la pintura actual hace tabla rasa de todo el arte anterior, de sus conquistas plásticas. En realidad es lo contrario. Si la elaboración del nuevo lenguaje, de la nueva «gramática» de la pintura moderna, es posible, se debe precisamente a que parte de las conquistas anteriores, del desarrollo artístico de milenios, se ha hecho asequible y porque, como dijimos en otro momento, esa herencia se ha ampliado extraordinariamente en medio siglo con el conocimiento y la divulgación de las artes de pueblos antes relegados. Hans Hartung, uno de los principales pintores abstractos contemporáneos, ha elaborado su lenguaje estudiando conscienzudamente a Goya y Rembrandt. Y esta actitud hacia unos u otros maestros del pasado, es común a los más auténticos pintores de hoy.

En sus «Cartas sin dirección» Plejanov explica, con el material acumulado por la ciencia en el estudio de los pueblos primitivos, como a partir de la utilidad y del trabajo van naciendo los sentimientos estéticos; como van cargándose de significado los colores, el grafismo, el ritmo, las formas. Desde los tiempos primitivos esos significados han recorrido un inmenso camino en su enriquecimiento y profundización, siempre ligados a determinados aspectos de la vida social pero adquiriendo progresivamente cierta «autonomía», una especie de significación «por sí mismos». Marx habla del rojo como de «*la más alta potencia del color*», de que «*el sentido de los colores es la forma más popular del sentido estético en general*» y llama la atención sobre las investigaciones científicas que habían encontrado «*el lazo etimológico existente en las diferentes lenguas europeas entre los nombres de los metales preciosos y las relaciones de colores*»[16]. Como recuerda Michel Ragon, el rojo evoca la pasión, la violencia; el azul lo infinito, la placidez; el verde lo vegetal; el negro la tristeza; las curvas son voluptuosas, las verticales dinámicas, las horizontales reposantes. El trazo se

---

[16] Marx y Engels. Obra citada, pag. 179.

modifica con los estilos. Geométrico en los musulmanes, barroco en los Vikings, flexible y elegante el el arabesco del siglo XIX, reposante en Ingres, declamatorio en Delacroix, se crispa en el siglo XX, se contrae en un trazo anguloso, en una « línea de crueldad », en Picasso o Atlan, se hace fantástico y humorístico en Miró, romántico y musical en Hartung [17].

En resumen: el color, la línea, el trazo, las formas, van *llenándose* de significación expresiva a lo largo de la historia. Cada generación de artistas parte de ella a un determinado nivel y la lleva a otro más alto. La pintura moderna ha arrancado de un escalón ya muy elevado en esa historia del simbolismo plástico y tiene la posibilidad, además, de abarcarlo en su universalidad planetaria. Impulsada por la voluntad de ir más allá de las apariencias en la expresión plástica del mundo contemporáneo ha logrado realizar, está realizando, un verdadero progreso cualitativo en la elaboración del lenguaje plástico.

Naturalmente, este nuevo lenguaje pictórico exige para entenderlo y sentirlo un esfuerzo, un aprendizaje y el hábito, la práctica. Pero como decía Marx, la producción de obras de arte, como toda producción, « *no crea solamente un objeto para el sujeto, sino un sujeto para el objeto* » [18]. Pinturas abstractas que hace unos años desconcertaban, hoy son « legibles ». Millones de personas entienden ya el « Guernica ». « *Nuestros contemporáneos, o las generaciones que nos sigan* — dice Hartung — *aprenderán a leer y llegará el día en que encuentren nuestra escritura directa más normal que la pintura figurativa, así como nosotros encontramos nuestro alfabeto (abstracto e ilimitado en sus posibilidades) más racional que la escritura, figurativa de los chinos* » [19]. O dicho de otra manera: el lenguaje abstracto de la pintura llegará a ser tan comprensible como el lenguaje abstracto de las palabras y como el lenguaje abstracto musical.

Naturalmente, toda esta revolución pictórica tiene, al lado de sus conquistas reales, su escoria, el lado puramente mistificado y mistificador, publicitario, comercial. En las condiciones capitalistas es inevitable que la obra de arte se convierta en mercancía y en objeto de las más sordidas especulaciones. El culto de la moda, la

---

[17] Michel Ragon, « La peinture actuelle », 1959, pag. 76 y « L'aventure de l'art abstrait », pag. 12.

[18] Marx y Engels, Obra citada, pag. 182.

[19] Marcel Brion, Obra citada, pag. 214.

sicósis de sensacionalismo y de exhibicionismo que se crea en torno al artista, malogra y tuerce innumerables talentos, condenándolos a la insinceridad, provocando, apenas surge una invención valiosa, una ola de imitaciones y mistificaciones que rápidamente desemboca en un nuevo academismo.

Actualmente se habla de la crisis del arte abstracto. En realidad se trata de la crisis del academismo abstracto, de todo lo mistificador y especulativo que ha surgido a la sombra de la auténtica obra de arte abstracta o abstraccionista. Como antes hubo la crisis del impresionismo, del cubismo, y quedó de esos movimientos, incorporado al desarrollo histórico de la pintura, lo auténticamente creador, hoy pasará lo mismo con el arte abstracto *en tanto que escuela*. Pero el abstraccionismo, como medio de expresión plástica, el lenguaje plástico abstracto, está ya incorporado en mayor o menor proporción a toda pintura moderna, incluida la figurativa.

El deber de la crítica de arte marxista es contribuir a diferenciar y valorar todo lo que sea una aportación real en el desarrollo de la pintura, en su capacidad de expresar plásticamente la realidad contemporánea, sea con formas figurativas o abstractas, o con las diferentes gradaciones de abstracción-figuración.

En las reflexiones que expongo a lo largo de este trabajo no hay nada original. Análisis parecidos o idénticos pueden encontrarse en la abundante literatura sobre la pintura moderna, incluidos los trabajos de algunos críticos marxistas. Como es lógico, en los especialitas no marxistas esos análisis aparecen frequentemente entremezclados con consideraciones de tipo idealista e incluso místico. Lo que se pretende principalmente en este trabajo es aportar una opinión muy personal sobre lo que puede ser integrado en una apreciación marxista de la pintura contemporánea; es, mostrar que el realismo auténtico, es decir, el arte que se propone expresar no sólo lo superficial y aparente sino las profundidades de la realidad contemporánea en su inagotable riqueza, no está solo en la pintura figurativa. Así como hay una parte de esta que es puro idealismo y mistificación, hay una parte de la pintura abstracta, lo que está llamado a quedar de ella, que es auténtico realismo, enriquecimiento en la expresión plástica del mundo actual.

## IV

Ahora bien ¿ qué relación tiene la revolución pictórica, cuyo itinerario y contenido hemos tratado de esbozar, con la lucha social ?

Desde el momento que esa pintura expresa, con sus medios específicos, la revolución en las fuerzas productivas, en la ciencia y la técnica; desde el momento que se proyecta en la arquitectura, en la habitación y en los utensilios más corrientes del hombre actual; desde el momento que ayuda a la sociedad a ver con los ojos del arte nuevas regiones, hasta hace poco desconocidas, del mundo de la naturaleza y también de la sicología humana, desde ese momento esta pintura tiene un significado eminentemente progresivo y se inscribe en la línea general del avance social que lleva al comunismo.

Aún en los casos en que esa pintura no ataca los fundamentos del capitalismo y no refleja directamente las fuerzas llamadas a destruirle, por lo menos no idealiza la sociedad burguesa y con frecuencia la caricaturiza. No es casual, como ya hemos dicho, que las fuerzas dirigeantes de la sociedad burguesa, particularmente sus círculos más reaccionarios y oscurantistas, hayan reaccionado frecuentemente contra las «rebeldías» de la pintura moderna, mientras que los más inteligentes han tratado de aprovechar hábilmente la incomprensión de que esa pintura ha sido objeto en el campo marxista, la significación ideológica y política que este le ha atribuido, para apadrinar esa significación y explotarla en la lucha contra el socialismo. En los momentos en que el ataque al arte abstracto llegaba a su colmo en la Unión Soviética, presentándolo como un factor de descomposición de la sociedad socialista, un humorista francés proponía a De Gaulle sustituir la creación de la «force de frappe» atómica, tan costosa para la economía francesa, por la producción en serie de pinturas abstractas, puesto que tan eficaces son para minar el socialismo. ¿Por qué hemos de convertir nosotros mismos a las «pinturas abstractas» en proyectiles «contrarrevolucionarios»? Pero no se trata de una cuestión táctica. Si el arte abstracto fuera pura mistificación, si fuera un «fruto burgués» deberíamos combatirlo sin concesiones.

La cuestión es de fondo. La cuestión es que esa interpretación no resiste a la confrontación con los hechos, con la realidad. Incluso cuando examinamos el problema desde el ángulo de la lucha social directa, de la lucha revolucionaria. En la gran corriente de lo mejor de la pintura moderna, particularmente en el expresionismo, desde el expresionismo figurativo al abstracto y en sus variaciones intermedias, han surgido una serie de artistas y de obras que abordan directamente los grandes problemas sociales de nuestro tiempo: la guerra atómica y la lucha contra ella, los horrores del fascismo, la

tortura, la lucha de los pueblos coloniales por su independencia, la lucha revolucionaria del proletariado y los campesinos, el trabajo, etc. etc. Picasso, Leger, Siqueiros, Pignon, Lapoujade, Fautrier, Matta, Guttuso, Ortega, Saura, Ibarrola, etc. etc. Y en esta lista pueden incluirse ya jóvenes pintores de los países socialistas.

El nuevo lenguaje pictórico ha servido a esos artistas para dar a sus obras directamente comprometidas una profundidad dramática, un vigor expresivo, que con el lenguaje pictórico del siglo XIX era imposible lograr. « Guernica » es como el símbolo máximo de esa fusión del nuevo lenguaje con el más alto significado social y político.

Frente a esta pintura social, impregnada de las conquistas plásticas de los últimos cincuenta años y, ni que decir tiene, frente a la pintura más radicalmente abstracta, se opone corrientemente el argumento de la incomunicabilidad, de su difícil comprensión por las masas. El arte, se dice, debe ser popular, debe estar al alcance de las masas, debe ser comprensible por la gran mayoría. El arte es comunicación o no es arte.

En esos argumentos se mezclan confusamente diferentes cuestiones que conviene diferenciar.

1) La ciencia también *debe* estar al alcance de las masas. Pero en la sociedad capitalista la ciencia *no está* al alcance de las masas salvo en sus niveles más elementales. En el socialismo la ciencia *comienza* a estar en mayor grado al alcance de las masas, pero en sus niveles más complejos y elevados todavía es patrimonio de una minoría. ¿ Qué hacer ? ¿ Rebajar la ciencia al nivel de cultura a que el capitalismo condena a las masas ? ¿ Limitarla en los países socialistas al nivel en que *ya* puede ser acesible a las masas ? . Todos estamos de acuerdo en que el camino no es ese, no es reducir las matemáticas superiores a la arimética, sino hacer la revolución socialista para crear las condiciones que hagan factible el acceso de las masas a la ciencia.

Tomemos la política. Es evidente que una política que no sea comprendida por las grandes masas, de poco sirve para la lucha revolucionaria. Pero todos sabemos que determinadas esferas teóricas del marxismo, de la ciencia política, no son accesibles a las grandes masas mientras no se eleve considerablemente el nivel cultural de estas. Bajo el capitalismo, solamente los militantes obreros y campesinos de vanguardia, pueden llegar, mediante un gran esfuerzo autodidacta, a dominar la teoría del marxismo.

¿ Es tan difícil comprender que con el arte en general, con la

pintura en particular, ocurre algo parecido, aún teniendo en cuenta todo lo específico que diferencia profundamente al arte de la ciencia o de la política? ¿Que también en el arte hay, ha habido siempre, diferentes niveles de complejidad y por tanto de accesibilidad? ¿Que al lado de un arte más elemental, más «popular», más al alcance de la sensibilidad media de la época, se desarrolla un arte más complejo, más elaborado, las matémáticas superiores del arte, que requiere estudio, cultura, conocimiento de la herencia artística, aprendizaje de su lenguaje específico? El problema se agrava considerablemente en los períodos de profundos cambios revolucionarios en todas las esferas de la vida, como el que ahora vivimos, cuando las nuevas realidades colocan al artista ante el imperativo de encontrar nuevas formas expresivas, porque las antiguas son impotentes para traducir los nuevos contenidos, y esas nuevas formas chocan con los gustos, los hábitos, las formas de ver, arraigadas durante siglos. Este nuevo arte de vanguardia (de vanguardia, desde el ángulo del desarrollo artístico) *debe* estar al alcance de las masas, pero *no siempre puede*, a menos de autoliquidarse, mientras el nivel cultural y estético de las masas no se eleve considerablemente.

Marx, que acostumbraba a no idealizar las cosas, decía que «*El hombre abrumado de preocupaciones, de necesidades, no tiene sentidos para el más bello espectáculo*»[20] y que «*La concentración exclusiva del talento artístico en algunos individuos y su asfixia, por consiguiente, en las grandes masas, es un efecto de la división del trabajo*»[21]. El único camino para suprimir las causas que producen tales efectos es la revolución socialista. Pero conviene no olvidar que para que las necesidades dejen de abrumar al hombre, para que la división social del trabajo deje de tener consecuencias negativas, la revolución socialista tiene que recorrer un largo camino. Entre tanto, será inevitable que al lado de formas de arte más elementales, más «populares», si así queremos llamarlas, accesibles al nivel general de las masas, haya formas más complejas que solo estén al alcance de una minoría, aunque esta minoría vaya ampliándose progresivamente al compás del progreso material y cultural.

Conviene también no perder de vista que el problema cambia según las tradiciones nacionales y según el genero de arte. Por lo general, la educación musical y literaria del pueblo es mayor que su educación pictórica. Es más accesible la literartura y la música,

---

[20] Marx y Engels. Obra citada, pags. 171-172.
[21] Marx y Engels. Obra citada, pag. 176.

incluida la música abstracta, que la pintura, en cuanto ésta se aleja de la figuración más o menos naturalista.

2) Tenemos que distinguir entre la dificultad de comunicación que nace de las formas más complejas del arte y la búsqueda artificial del hermetismo por el hermetismo, como sucede en ciertas manifestaciones de la pintura actual, que son incomprensibles no porque estén situadas a un alto nivel de complejidad, sino porque no quieren decir nada, porque lo único que se ha propuesto el artista es eso: no expresar nada, como no sea un afán de exhibicionismo, de « epater le bourgeois ». En otros casos, porque el artista ha abdicado por completo de su condición de ser racional, pensante, y ha buscado deliberadamente la irracionalidad total, el azar por el azar, la gesticulación por la gesticulación, recurriendo a procedimientos que son, en definitiva, la liquidación del arte como tal, es decir, el proceso creador consciente, en el que si entran en grandes dosis la imaginación, la fantasía, la intuición, entra también, obligatoriamente, la razón (semejantes actitudes irracionales, que en realidad tienen más que ver con la publicidad que con el arte, son frecuentemente utilizadas por los críticos del arte abstracto para desacreditar y ridiculizar a éste). El artista que abdica de su condición de ser racional se rebaja al papel de las fuerzas ciegas de la naturaleza. A veces suena la flauta por casualidad, y de ese acto « que quiere » ser irracional surge una obra de arte digna de ese título. Pero ello lo único que demuestra es la dificultad para el verdadero artista de escapar a su condición humana.

Detrás de las mejores obras de la pintura abstracta hay un largo y serio esfuerzo, tenaces búsquedas. No es casual que la mayoría de los mejores pintores modernos han llegado a la abstracción después de un serio aprendizaje figurativo. « *Max Jacob decía que hacía falta ser un gran poeta para ser, sin peligro, un poeta moderno. Igualmente, es necesario ser un gran pintor, para poder ser un pintor no figurativo válido. El pintor no figurativo mediocre no ofrece mas que un vacío, una vulgaridad, desesperantes. Lo que equivale a decir que no hay y no puede haber mas que muy pocos pintores abstractos de valía* »[22]. La engañosa impresión de « facilidad » que producen, en general, las pinturas abstractas, desorienta a no pocos jóvenes artistas, que se ponen a « hacer abstracto » sin

[22] Michel Ragon. « L'aventure de l'art abstrait », pags. 50-51.

apenas aprender a dibujar, sin trabajar seriamente en el dominio del oficio, sin estudiar los maestros del pasado.

3) Nos parece erróneo oponer, como excluyéndose, como incompatibles, las formas más complejas de arte, el arte vanguardista en el aspecto formal, y las formas más elementales, más populares y accesibles. No sólo no se excluyen sino que se necesitan mutuamente. La experiencia soviética es aleccionadora a este respecto.

Como hemos dicho, Rusia fué una de las cunas principales del arte abstracto. Otras corrientes innovadoras de las artes plásticas se agitaban también en los años prerrevolucionarios. Estos artistas de vanguardia vieron en la revolución la puerta abierta para sus afanes creadores, pero se encontraron con que el pueblo y muchos de los dirigentes revolucionarios no los entendían. La lucha a vida o muerte de la revolución en aquellos años necesitaba un arte más próximo de la propaganda política que de la revolución formal que se había iniciado en la pintura. La solución que se dió a este problema fué cerrar toda su posibilidad de desarrollo a esas innovaciones formales. Sus representantes cayeron en el olvido o emigraron, yendo a fecundar la revolución pictórica que se desarrollaba en los países capitalistas. Los efectos negativos de aquella actitud hacia las artes plásticas se agravaron posteriormente bajo el imperio del llamado culto a la personalidad, de la esclerosis que este introdujo en diferentes dominios del pensamiento filosófico y artístico. El retraso actual de la plástica soviética, sus dificultades para expresar adecuadamente las nuevas realidades sociales, científicas y técnicas del mundo socialista, son en gran medida, el resultado de aquel proceso, de aquella concepción unilateral del desarrollo del arte.

El desarrollo paralelo de un «arte de masas» y de un arte más complejo, más de vanguardia (en el sentido formal) con una misma orientación general pero con diferentes niveles de comunicabilidad, con diferentes tareas, hubiera fecundado a ambos y hubiera colocado probablemente a la pintura soviética en el primer plano de la pintura mundial, no solo por lo revolucionario de su contenido sino por lo revolucionario de su forma.

Mientras la pintura ha quedado en retraso, se ha ido elevando el nivel cultural y científico de las masas soviéticas, de las nuevas generaciones de artistas, su sensibilidad estética. Hoy existe un país en el que el nivel cultural medio hace objetivamente posible la comprensión de la pintura moderna, de su nuevo lenguaje, por amplios sectores sociales, ese país es la Unión Soviética.

Yendo más lejos. Si hay una sociedad en la que puede estar

justificado un arte muy alejado de la utilidad práctica inmediata, un arte creador ante todo de placer estético, esa es la sociedad comunista, que deja atrás la explotación del hombre por el hombre, la miseria y la guerra, la alienación del ser humano. No pretendemos pintar la sociedad futura, comunista, como una sociedad sin conflictos y sin dramas. Los habrá, aunque sean de otra naturaleza. Pero el hombre del comunismo será, indudablemente, un hombre mucho más cultivado, más complejo, más rico espiritualmente, con una sensibilidad estética infinitamente más elevada que el actual. Estará en condiciones de captar más profundamente lo específico de la creación artística, las formas más refinadas y sutiles del arte.

* * *

Refiriéndonos a la España de hoy, no hay contradicción entre esa concepción amplia del arte, y la importancia que tiene para nuestra lucha de hoy un arte social, revolucionario, al alcance de amplios sectores, dentro de lo que esto sea posible sin dejar de ser arte y transformarse en otra cosa: propaganda gráfica o pedagogía política illustrada. (También esto tenemos que hacerlo intensamente, pero pertenece a otro dominio que no es el del arte, aunque los artistas puedan colaborar eficazmente). Dentro de este arte, comprensible para más amplios sectores, pueden surgir obras muy importantes no solo por su contenido sino por su calidad artística.

En las condiciones actuales puede jugar un papel particularmente importante el grabado, que permite una facil reproducción y difusión. Dentro de la obra grabada antifranquista tenemos ya realizaciones de valor artístico y de eficacia combativa, como es la de los grabadores de « Estampa popular » y otros.

El Partido de la clase obrera, respetando y alentando la creación artística en otras esferas no directamente ligadas a la lucha revolucionaria, o más dificilmente accesibles a las masas, debe, como es natural, estimular y facilitar lo más posible este arte directamente vinculado a la lucha. No hay, como decimos, ninguna contradicción, y otra actitud sería falsa, no solo porque nos colocaría a nosotros, Partido de la clase más avanzada, partido del progreso social y cultural, en oposición al progreso del arte, sino porque el mismo enriquecimiento expresivo del arte directamente social y revolucionario no es posible sin las conquistas plásticas que se realizan en otras esferas del arte. La experiencia soviética es aleccionadora.

El Partido marxista debe combatir la conciliación ideológica en

la esfera del arte, debe tomar una actitud crítica, militante, contra las múltiples manifestaciónes del idealismo filosófico de que con frecuencia es prisionero el artista, así como contra las especulaciones metafísicas, místicas, que se hacen en torno a la pintura moderna aprovechando su dificultad de comprensión y aprovechando también, como hemos dicho, la actitud sectaria hacia esta pintura de algunos representantes del marxismo. Pero debemos diferenciar entre las concepciones filosóficas, políticas, del artista y aquello de su obra que tenga un valor artístico, como diferenciamos entre la filosofía o ideas políticas del hombre de ciencia y su obra científica.

Es decir, en la esfera del arte debemos realizar nuestra misión dirigente como Partido de vanguardia tratando de ganar a los artistas a nuestra política revolucionaria, a nuestra ideología, a nuestra concepción materialista dialéctica, a la comprensión de los problemas vivos de la realidad española, y al mismo tiempo, respetando plenamente su libertad de creación, sus formas de expresión, y no solo respetándolas sino creando las mayores facilidades para que esa búsqueda se desarrolle mediante la libre discusión y contraste de experiencias.

En una palabra, nosotros marxistas, representantes de la ideología más avanzada, no debemos poner barreras a la creación artística, a ese «afán de lo absoluto» que impulsa a los verdaderos creadores y que tan magistralmente describío Balzac. Debemos pedir al artista sinceridad consigo mismo, sinceridad para con su pueblo, lo que no quiere decir reducir el arte a lo que puede ser comprendido en un momento dado per todo el mundo. Las masas no comprenden gran parte de la obra de Picasso pero saben que esta obra está al servicio del pueblo y del progreso. El artista no crea sólo para el presente. Lo que hoy no se entiende se entenderá mañana, si es una obra de arte. Debemos atacar, condenar, las obras que expresan un contenido reaccionario, pero no el esfuerzo del artista por encontrar nuevas formas de expresión. La validez o no de éstas sólo puede comprobarse en el desarrollo de la práctica artística.

En realidad, lo más reaccionario de la pintura contemporánea, sobre todo, lo que más puede influir en el pueblo y llevarle a la ideología burguesa, la moral, el fariseismo, el patrioterismo burgueses y la idealización de la vida social no se encuentra tanto en la pintura abstracta, ni en otras corrientes de la actual revolución pictórica, como en la pintura figurativa académica que sigue teniendo gran vigencia y apoyo oficial.

Debemos luchar por el realismo en el arte, pero comprendiendo que el realismo no es privativo de la figuración, que realista, y del mejor realismo, es una gran parte de la pintura moderna expresionista, cubista, abstracta, etc. Y que al mismo tiempo tiene muy poco de realista, y desde luego de pintura, cierta pintura figurativa, aunque esté cargada de buenas intenciones.

*Fernando Claudín*

# Un debate sobre la dialectica

*« Nec per se quemquam tempus sentire fatendum est semotum ab rerum motu placidaque quiete »*

Lucrecio, *De Rerum Natura*, lib. L, 463-4

Al redactar estas notas sobre el Debate que bajo el titulo « *Marxisme et Existentialisme, controverse sur la Dialectique* » ha organizado, meses atrás, el *Centre d'Etudes et Recherches Marxistes*, nos hemos encontrado con difíciles problemas de selección y exposición. Tratando de resolverlos hemos tenido que salirnos del cuadro en que desarrollaron la discusión Sartre, Hyppolite, Garaudy y Vigier, para buscar el origen y sentido de las divergencias parciales en las posiciones de base que no afloraban en el coloquio o que, si aparecían, era en forma demasiado fragmentaria.

Al buscar las posiciones de base y al iniciar su crítica hemos tenido que remitirnos a la obra filosófica de Sartre, con lo que abandonábamos el terreno del coloquio, al menos « sensu stricto ». Por otro lado la crítica de las mismas nos obligaba a extendernos demasiado, teniendo entonces que centrar estas notas sobre los puntos capitales de la discusión, dejando de lado toda una serie de ideas que, aunque interesantes, eran más bien derivaciones, corolarios de las posiciones de base a que nos hemos referido. El resultado es que hemos debido limitarnos a examinar, a veces en forma telegráfica, los problemas siguientes:

— Concepto de totalidad; examen del contenido de esta categoría a la luz del camino que nos permite acceder a ella; es decir, relación entre análisis (cuantitativo) y síntesis; estudio, pues, *del método a seguir en esa investigación de las totalidades* (históricas u otras). Ya al tocar el primer punto — el de la concepción sartriana de totalidad como núcleo de la Dialéctica — teníamos que tomar entre las manos el espinoso problema metodológico que se ha planteado — con Max Weber en cabeza — desde que se separaron ciencias de la naturaleza y ciencias humanas, desde que se intentó establecer entre ambos sectores de la

ciencia una barrera infranqueable. Hemos tenido que recurrir a este estudio de flanco porque en Sartre la ambigüedad es abundante y el carácter *conciencialista* de sus *totalidades* sólo queda en claro si se analizan los caminos que Sartre nos ofrece para llegar a éstas: análisis y síntesis[1] son solidarios como lo son todo y parte, *cantidad* y *cualidad*, infrastructura y procesos ideales, conscienciales, mundo natural y mundo histórico o cultural. Este camino, este rodeo nos permitía sentar con mayor claridad el contenido idealista que Sartre le da a la *totalidad*.

— Al mismo tiempo podíamos enlazar el análisis del primer punto con él del segundo tema que Sartre desarrolla: el de la *inteligibilidad de la razón* dialéctica. Es claro que ésa, en Sartre, supone el dualismo: ciencia *positiva* / *razón dialéctica*, con lo que, en otro plano, volvemos a encontrar el problema de la relaciones entre mundo natural y mundo histórico, entre análisis cuantitativos y síntesis.

Sólo a la luz de estos grandes temas cobran sentido las objeciones menores que Sartre ha suscitado en el curso del Debate en cuestión: diferencia entre totalidades y estructuras de estatuto exterior, o la que existe entre la Historia como totalidad y la Naturaleza como infinitud o conjunto de sistemas, solo ligados por el punto de vista del observador.

No creo que fuera posible escribir una reseña del Coloquio sin aludir a estos problemas generales; pero al hacerlo estas notas perdian su carácter de reseña para convertirse en una crítica de algunas de las ideas de Sartre y de ciertas corrientes fenomenológicas. Había además otro inconveniente: al extendernos en el examen de tales problemas nos era imposible — por falta de espacio — aludir a una intervención que algunos han tachado de « dogmática » y que a nosotros nos ha parecido de gran interés: la de J. P. Vigier sobre la cuestión de los « niveles » en la Naturaleza.

Hemos preferido quitarle a nuestro artículo un mucho de lo informativo para profundizar o extendernos en sólo algunos puntos. Esto nos permitirá, quizá, ofrecer una primera aproximación, incompleta, imperfecta, a lo que, acaso, pudiera desarrollarse más tarde: una discusión amplia y honda con determinadas corrientes fenomenologicas o existencialistas.

Finalmente nos ha guiado otro motivo, polémico éste. Conforme el materialismo dialéctico se abre paso en la historia, sociología, política, y en el corazón de las masas, las corrientes que, por una razón u otra, le libran batalla, buscan

---

[1] R. Mondolfo « Figuras e Ideas de la Filosofia del Renacimiento » — Losada — 1954, el Capitulo sobre el método cientifico en Galileo.

salvar lo salvable en una maniobra de repliegue: aceptar el materialismo histórico, combatir el materialismo dialéctico y de paso liquidar el materialismo general. Que haya razones de peso para oponerse al materialismo vulgar que a veces ha penetrado en el marxismo [2], no lo dudamos ni un momento. Que toda una serie de zonas de la realidad hayan de ser examinadas, diversificando y profundizando — que viene a ser lo mismo — los principios generales del materialismo histórico, eso está en la mente de cualquier marxista. Ahora bien, ahí acecha la reacción. Apenas se publicaron les « Questions de Methode » — con sus virtudes y sus defectos — hubo una verdadera algarada: Engels había traicionado a Marx; el marxismo había caido en un fangal materialista mecanicista o en un neo-hegelismo, del que era preciso sacarlo; el dogmatismo « stalinista » — y no seremos nosotros quienes negarán la extensión de tales fenómenos dogmáticos; nadie negará que tales excrecencias debían ser combatidas porque eran esencialmente paralizadoras — el dogmatismo « stalinista » era la célula orgánica de la aberración; el movimiento comunista, en general, estaba anquilosado y pasaba a ser una corriente « reaccionaria », un « pujadismo de izquierda » como ha asegurado un célebre profeta, siempre errado en previsiones. De la crítica se pasaba a una liquidación de la base materialista, y del ataque teórico a una algarada anticomunista. Algunos Padres de la Iglesia tomaban en sus manos la defensa del « joven Marx ». El círculo estaba cerrado.

Para responder a tales manejos lo mejor es coger el toro por los cuernos, es decir pasar a la discusión en profundidad; obligar a que los anti-engelsianos a descubrir sus verdaderas cartas, sus posiciones; mostrar cómo los marxistas « contemporáneos », militantes comunistas, se han inclinado sobre las dudas que puedan surgir ante determinadas ideas de Engels; en un análisis serio, tras reconocer y poner al desnudo nuestras insuficiencias, liquidar las bases de esos ataques antimaterialistas y anticomunistas, que toman, sin haberlo leído, a Sartre como abanderado. Discutir, pues, las ideas de Sartre y evitar que se le utilice superficial y arteramente.

Ahora una breve reseña histórica.

En el Debate a que nos referimos se trataba, come dijo J. Orcel, de « confrontar nuestras experiencias sobre la cuestión de saber si

---

[2] Cf. R. Garaudy « Rapport » en Cahiers du Communisme, julio 1962, Paris.

la Dialéctica es solamente una ley de la Historia, o si lo es también de la Naturaleza »[3].

La cuestión viene siendo debatida desde antiguo. Hoy, en muchos círculos marxistas, marxianos etc. etc., ha vuelto a ponerse sobre la mesa el problema. Conviene recordar, sin embargo, lo que fueron los primeros balbuceos de esta discusión que, como decimos, no es de hoy, ni es Sartre quien ha hecho estallar el trueno de la crítica en el cielo sereno del « dogmatismo marxista contemporáneo ».

Los primeros pasos dados contra la Dialéctica como ley de la Naturaleza aparecen ya en Bernstein, y muy concretamente en Kautsky[4] y en todo el austromarxismo que plantea el problema de que aquí tratamos, en medio de toda una serie de orientaciones que terminan por liquidar no solo la dialéctica como ley de la naturaleza, sino la naturaleza como ley e incluso como materialidad[5].

En principio, el ataque no va dirigido contra esta proposición concreta: la *dialéctica es una ley de la naturaleza,* o *la naturaleza tiene un comportamiento dialéctico,* sino que se mueve en un terreno mucho más general; se articula en un complejo teórico muy vasto — *neokantiano* — que toca los fundamentos mismos del materialismo.

En ese sentido, el ser y la materialidad al darse en tanto que fenómenos — en la acepción kantiana del « para nosotros » — dentro de la actividad cognoscente, son ya materiales espiritualizados.

A partir de las posiciones — neokantianas — que hemos señalado, y, una vez desarrolladas en sentido abiertamente idealista, la dialéctica se desprende, como método, del « alma del contenido » que decía Hegel, se transforma en pura sintáxis, en instrumento formal. No sólo la dialéctica *no es alma del contenido material en la naturaleza, sino que aplicada al contenido « humano », en la historia, los procesos que ella estudia se reducen a puras actividades espirituales.*

Algunas de estas tendencias serán desarrolladas por Weber y, entonces, aparecerán dos zonas distintas en la esfera del Saber: la

---

[3] Marxisme et Existentialisme - Plon, 1962.

[4] P. Sandor. « Histoire de la Dialectique », Nagel, 1947 — obra elemental pero que tiene interés: « Kautski admite la Dialéctica no en tanto que proceso material, sino como proceso espiritual...

[5] L. Colletti « Marxismo e sociologia » Società, 4, 1959, pp. 623-71: « Según Adler, al nivel del hombre el Ser ya no es estado material... sino realización espiritual...

de las ciencias de la Naturaleza y la de las del espíritu, disolviéndose éstas en el irracionalismo, reduciendose *la historia al estudio de intencionalidades, cuyo comportamiento puede ser dialéctico.* Algunos quizá puedan creer que con ello se ha ganado al limpiar la Dialéctica humana de las adherencias materialistas de una dialéctica general de la naturaleza. Grave error. La Dialéctica, así limitada, *deja la historia natural de los hombres fuera de su campo de observación, y tenemos abierto el camino para toda clase de manipulaciones, y cerrado el acceso a la ciencia positiva y comprensiva de la historia humana* [6].

No podemos entrar en el detalle de esta cuestión pero debemos señalar que si el primer paso es negar que la Dialéctica sea una ley de la naturaleza — expresión inapropriada pero que utilizaremos — el segundo es la disociación de lo histórico y lo natural, siendo el resultado una historia de « dialécticas ideales, intencionales » inaccesibles al control de la ciencia positiva, de la historia. Estos son los antecedentes. Pasemos ahora al analisis de las posiciones de Sartre, empezando por su argumentación en el curso del Debate.

Sartre parte de una idea puesta en valor en « Historia y Conciencia de clase » por Lukacs:

> « La Dialéctica trate este problema o el otro, todo se centra en torno a la misma cuestión: el conocimiento de la totalidad del fenómeno histórico »

y añade:

> « la categoría de totalidad es fundamental en el ser histórico y en el pensamiento de este ser » (Debate, pag.3).

Un primer paso, pues, en esta tarea de descubrir la *condiciones y contenidos* de una verdadera Razón Dialéctica: la totalidad.

Tomado el problema al nivel de la totalidad existen varias posibilidades. Que en la Naturaleza encontremos tales totalidades — cosa que Sartre niega, aunque de manera provisional — y entonces podremos hablar — a este nivel — de una Dialéctica de la naturaleza. O bien, en el mundo no humano, no encontramos verdaderas totalidades — Sartre lo dirá en el Debate, al distinguir entre totalidades y « estructuras de estatuto exterior » — y entonces

---

[6] Cf. Societá, junio, 1961, el artículo « Per una introduzione a una storia della dialectica ».

no será posible un pensamiento dialéctico cuyo objeto sea el mundo de lo natural.

De momento dejamos este problema. Vamos a centrarnos, simplemente, en la concepción y contenido de la « totalidad » y la síntesis — correspondiente gnoseológico de la totalidad — en Sartre.

Ya aquí aparecen las ambigüedades. Al nivel de la categoría de totalidad es posible ver que *a*) Sartre niega la existencia de totalidades en la naturaleza *b*) que esta negación depende de la idealización de la totalidad y del proceso totalizador en el cuadro de los procesos históricos. Es decir Sartre niega la Dialéctica en la naturaleza después de haber escamoteado la materialidad en la Historia.

Detengámonos, pues, un momento en el análisis del doble movimiento que existe en este nivel de la argumentación « existencialista ».

La totalidad es, en efecto, una de las piedras claves en la metodología y concepción marxistas. Las distintas zonas de la realidad social (población, producción, distribución, Estado, ideologías) sólo toman su verdadero sentido si su estudio se hace en relación al todo, a la formación social y económica. La relación de la parte al todo, tanto en su ser como en el plano del método, ha sido expuesta con claridad por Marx:

« El procedimiento de exposición debe distinguirse formalmente de el de investigación. La investigación debe hacer suya la materia en todos sus detalles, analizar las diversas *formas de desarrollo*, descubrir su lazo íntimo. Sólo después de haber realizado esta tarea, el movimento real puede ser expuesto en su conjunto... El movimento del pensamiento no es sino la reflexión del movimiento real » [7].

En este paso a la síntesis — comprensión y exposición de la totalidad — sobre la base del análisis, está la captura, aprensión, de lo concreto, de lo real. Los elementos obtenidos por análisis no pueden encontrar su valor y sentido sino en la síntesis, y esto es así, no por ninguna condición formal de coherencia o por una *necesidad* racional, sino porque *sólo* en la síntesis podemos superar las contradiciones que aparecen en al análisis [8]. Toda la crítica que Marx desarrolla en su « Histoire des doctrines economiques » versa, efectivamente, sobre este problema. La síntesis, la relación al todo se

---

[7] El Capital. I. 29. Ed. Sociales. Paris.

[8] Rosenthal. « Les problemes de la Dialectique dans le Capital ». 408. Moscu, 1959.

imponen en una labor de investigación y explicación puramente positiva.

La totalidad y la síntesis son pivotes en el metodo dialéctico. Pero si volvemos a Sartre la síntesis o totalidad de que nos habla, como hogar de la razón dialéctica, presentan un contenido muy distinto del de la síntesis científica y la totalidad histórica y material de que habla Marx. Vamos a verlo en seguida.

*El proyecto totalizador*

La relación de las partes al todo en Sartre toma el aspecto de una construcción ideal, de una totalidad ideal, totalidad en la totalización del acto consciente.

La totalidad y la totalización existen en tanto que actos conscientes y, luego lo veremos, esto es así porque se parte de una disolución previa del materialismo a través de una hipostásis de la relación Sujeto-Objeto.

« Como no es admisible que el conocimiento totalizante llegue a la totalización ontológica como una nueva totalización de ésta, es preciso que el conocimiento dialéctico *sea un momento de la totalización* (subrayado por J.V.) o si se prefiere, que la totalización comprenda en si la retotalización reflexiva como una estructura indispensable y como un proyecto totalizador » [10].

Sartre toca acquí con claridad (¡) el problema que había tratado en « Questions de Methode » y que nosotros formularíamos en la frase « las finalidades conscientes forman parte de la estructura de lo real ». Dicho en terminos más familiares lo que Sartre afirma aquí es que la conciencia no es un epifenómeno; que la superestructura es un momento activo. La totalidad real, la formación económico-social, es, objeto de una comprensión interna, desde el momento en que el objeto de la historia es, a su vez, sujeto. Nada nuevo, a primera vista, si se tiene en cuenta que Engels en una carta a Kautsky, escribía:

« Apenas hablas de medios de producción, ya estas hablando de sociedad y sociedad codeterminada, al mismo tiempo, por estos medios de produccion. Asi pues no existen medios de produccion en sí, al margen de la sociedad y sin influencia sobre ésta, y tampoco existe un capital en sí » [11].

---

[9] Sartre « Critique de la Raison Dialectique » Gallimard, 1960, 138.
[10] Sartre en la misma obra, primera parte, Questions de Methode, pag. 94.
[11] « Correspondencia con K. Kaustky », Viena, 1955.

Es evidente que Engels ha estado siempre muy lejos de cualquier «determinismo económico», de cualquier materialismo «vulgar».

Lo que ya no queda tan claro — en la frase de Sartre — es de qué manera, al interior de esa totalización, *se determina la estructura de la conciencia totalizante,* de esa conciencia que es un momento de la totalidad.

Esta cuesión es fundamental y ya veremos más adelante — cuando tratemos el problema de la Razon Dialéctica al nivel de su inteligibilidad — que, a pesar de que la conciencia sartriana es conciencia de un objeto y es conciencia «situada», presenta aspectos idealistas.

En todo caso una observación: en esta primera forma que toma la totalidad en el pensamiento sartriano, como las relaciones entre sujeto y objeto no están bien precisadas (luego veremos que en la *Critique de la Raison Dialectique,* pag. 246, Sartre concibe la materia como una «organizacion espiritual», «los hechos sociales son cosas en la medida en que las cosas son hechos sociales») y, desde luego, no guardan entre sí *la unica relación posible,* salvo caso de caer en cualquiera de las formas del idealismo, *la relación de «reflejo»* [12], cuando Sartre reduce la Dialéctica a la Historia, es decir «al movimiento visto desde el interior», no formula una simple petición de principio, sino que, en el esquena general sartriano, esquema en el que son fundamentales tanto la noción de totalidad como la de la relación sujeto-objeto, en el cuadro general de su «existencialismo» la Historia existe en cuanto totalización espiritual. La Historia se reduce a un proceso ético-político [13].

Esto lo decimos para algunos que se han apresurado, con regocijo, a admitir la dialéctica sartriana, como si se tratase de un simple ataque a «las extrapolaciones de Engels» y a «la dogmática del marxismo contemporáneo», ataque que conserva el materialismo histórico, protegiéndole de los entuertos «stalinistas». J. P. Sartre es un pensador demasiado profundo para quedarse en simples mutilaciones. Cuando plantea las condiciones de la Dialéctica lo que está haciendo es eliminar la Historia como proceso «natural», material.

---

[12] Tran Duc Thao. Phenomenologie et materialisme dialectique» pp. 286 «Aqui tambien (en la nocion de expresion) no es la conciencia la que origina el comportamiento sino este quien produce la conciencia» El comportamiento en tanto que estructura material, interiorizada, reductible a analisis en sus elementos materiales, «reprimidos».

[13] Savetti - ibidem.

Todo está encadenado en la doctrina de Sartre. No hay terreno de compromiso. A la luz de lo que hemos dicho puede verse por qué hemos tratado — de pasada — junto a la cuestión de la totalidad el problema del análisis y la síntesis, y sus relaciones. La síntesis no es sino un segundo momento en el que se integran los resultados del análisis, y de este modo la síntesis es científica en cuanto que la totalidad buscada, lo concreto, se descifra en un análisis « empírico » a partir de los elementos materiales del todo real.

No es así en Sartre, cuyas síntesis — *comprensivas* — han abandonado el terreno de los analisis científicos desde el instante en que se ha roto el nexo entre material y social. Las síntesis se reducirán a explicitaciones de intencionalidades, de proyectos.

R. Garaudy lo ha visto con claridad al señalar en Sartre un dualismo:

« El problema es articular explicación y comprensión como dos momentos del conocimiento y no caer en este dualismo epistemológico que separa y opone una razón « positivista »... y una razón dialectica » [14].

*Al nivel en que nos encontramos tenemos una primera adquisición: la totalidad, hogar de la Dialéctica, es, en Sartre, un proceso y un resultado conciencial, y la conciencia está concebida de tal manera — a partir del contenido de la relación sujeto-objeto — que podemos hablar de una verdadera degradación idealista.*

Gurvitsch ha visto el núcleo de la cuestión y ha hablado de que en Sartre no hay ni totalización ni totalidad sin conciencia de sí [15].

Pero insistimos en que no se trata sólo de restringir el campo de aplicación de la Dialéctica a los procesos y movimientos conscientes, sino que estos procesos — y a pesar de todas las declaraciones en favor del materialismo histórico — son concebidos bajo el antiguo cuadro general sartriano del conciencialismo existencialista.

Savetti puede escribir con razón que:

« la necesidad de superar el determinismo psicológico, según el cual la conciencia queda inscrita en el mundo, para afirmar la posibilidad de elevarse por encima del mundo y plantearlo en su totalidad sintética... conducen a Sartre a postular un dualismo entre conciencia y mundo » [16].

---

[14] « Questions a Sartre » Ed. Clarté, p. 32.
[15] « Dialectique et Sociologie » Flammarion, 1962, p. 160.
[16] Savetti, ibidem.

En la concepcion de la totalización reaparecen las posiciones ya elaboradas por Sartre en « L'Imaginaire » obra en la que la conciencia ya aparece como capaz de superar el detalle de la realidad en una *intuición* que abarca y *crea* su totalidad.

### *La Historia como proyecto*

Sin salirnos aun de este primer escalón en la problemática sartriana, tenemos que mencionar un punto tratado por Jean Hyppolite, que recoge lo esencial de la posición Sartriana respecto al concepto de totalidad, pero que, en algunos aspectos va más lejos.

Hyppolite basa su negativa a una Dialéctica de la Naturaleza en lo siguiente:

> « Me parece que lo que caracteriza el movimento existencialista es su vuelta a la fuente de las *certezas vividas* (subrayamos nosotros) en la historia para comprender, a partir de ellas, los problemas especulativos. Lo que Sartre quiere decir es que en Marx y quizá en Hegel, encontramos un nuevo punto de partida; este es la *praxis* en Marx, y en Hegel la relación del hombre al mundo y a los otros hombres. Abandonar esa relación pone en peligro la certidumbre auténtica de un movimiento Dialéctico... Sólo en la experiencia de esta historia aparece la negación y la negación de la negación sólo es posible por un proyecto de totalización ». (Debate, p. 46).

Aquí la negación de la negación y la totalización se subordinan al proyecto consciente, se delimitan pues en los procesos espirituales. Hasta aquí nada nuevo. Pero más adelante leemos:

> Según Garaudy... la historia humana no forma una totalidad. Una totalidad en acto, claro que no, pero el proyecto de la historia humana es él de la totalización humana... ».

Aquí si hay un desarrollo de las posiciones primeras. Es evidente que la totalizacion se realiza ahora en el proyecto (en términos materialistas habría que decir que la conciencia totaliza a partir de totalidades concretas y materiales, las relaciones de producción), pero, al mismo tiempo, esa totalización de la historia universal, proyectada, supone una Dialéctica *sólo* existente al nivel de las ideologías, de las intencionalidades, ya que sólo a ese nivel la historia puede existir como totalización general. Ahora bien — y volvemos a encontrar lo que antes habíamos señalado — esa totalización *en y por* el proyecto, esa unidad « sintética », se desprende de la base, totalidad material, concreta, formación social,

única susceptible de análisis *cuantitativo* — en la historia económica, por ejemplo —.

Garaudy ha señalado en el curso del Debate que esa totalidad de la historia general no existe más que en la abstracción. En concreto la corriente histórica sólo deviene totalidad general a partir de determinados momentos: la formación de un mercado mundial.

Esa totalidad histórica general nos sitúa en un plano muy conocido: el de la Filosofía de la Historia. Exactamente lo contrario del materialismo histórico, exactamente lo contrario de una dialéctica hallada en el analisis empírico de hechos históricos.

El concepto de totalización y totalidad que Sartre e Hyppolite han esbozado no sólo niega la Dialéctica en la Naturaleza sino que hace imposible el acceso a la Historia como ciencia positiva.

### *La inteligibilidad de la razon dialectica*

El segundo problema de fondo que Sartre suscita es el de la inteligibilidad de la Razon Dialéctica. Vamos a ver que se trata de una cuestión primordial, previa incluso a la que hemos tratado antes de la totalidad y totalización conciencialistas. Si se hiciera una historia del pensamiento de Sartre la totalización idealista sería lo primero en aparecer, ya que es un corolario de su concepción del hombre, de la libertad y de la relación entre hombre y naturaleza.

Sartre escribe en l'Etre et le Neant:

> « El motivo (de la acción) es objetivo... es el estado de cosas contemporáneo tal como se desvela ante una conciencia... pero este estado de cosas no puede revelarse más que a un para-sí ».

En el plano puramente gnoseológico es una perogrullada decir que para que exista conocimiento tiene que existir un cognoscente. Pero este enlace no resuelve todos los problemas. Al interior de esa relación que se da en el conocer *hay que analizar la cuestión de quién y qué es lo inicial, el objeto o el sujeto.* He aquí la cuestión. Que el estado de cosas no pueda revelarse más que a un para-sí, es un lenguaje sumamente ambiguo, ya que habría de sentar *con precisión los limites y el alcance de lo que se entiende por revelación y por un para-sí.* En todo caso en *L'Etre et le Neant,* en su subjetivismo radical, están ya la raíces de esa actividad espiritual que ahora se llama « Totalización ». En este sentido Savetti tiene

razón cuando afirma que los principios de que se partía en esa no han sido superados ni en *Questions de Methode* ni en la *Critique de la Raison Dialectique*, ni en el « Debate ».

Que el subjetivismo inicial se haya modulado y articulado con temas tomados al materialismo histórico, es evidente, pero no cambia lo esencial. Savetti señala que la interpretación sartriana de la filosofía de la praxis y de la praxis « tout court »

« va entendida en el sentido de una dialéctica del proyecto que suscita la acción, del sujeto que explicita libremente el mundo » [17].

A. Schaff ha señalado con toda claridad que cuando el existencialismo supedita la esencia a la existencia, cuando pone por delante la praxis como terreno en que moldea la esencia humana, no ha abandonado, por ello, su radical subjetivismo, ya que esa praxis va entendida en un modo inmanentista [18].

No obstante, la justificación de esas posiciones que, históricamente, son primeras, tanto en la Critique como en el Debate se hacen sobre la base de un nuevo motivo: el de la inteligibilidad de la Razón. En este sentido *ese tema viene a cruzarse con él que hemos tratado antes y con el de la praxis concebida, a la manera empiriocriticista, como una « zona neutra », transubjetiva y transobjetiva.* Aunque en una nota no es posible desarrollar, como conviene, todas estas cuestiones, es preciso aludir a ellas para que el lector vea como la posición de Sartre es un crisol en el que se han fundio elementos diversos (existencialistas, neo-kantianos, neo-hegelianos) y que dicha fusión hace difícil y prolijo su análisis.

« La dialectica como ser y como método comporta, a partir de la idea de totalidad, una inteligibilidad profunda e incluso una transparencia: el individuo como totalización. La inteligibilidad de las leyes dialécticas proviene de que son particularizaciones de un movimento de totalización que se mantiene todo el tiempo y que constituye la sociedad come una totalidad. La sociedad se organiza, se reorganiza, se modifica a partir del todo. *En la medida en que cierto nivel de realidad es dialéctico, todas las especificaciones están ligadas al todo.* (Sartre, Debate, p. 17).

luego añade que en la Naturaleza tal ligazón al todo no existe en cuanto que

---

[17] Savetti, ibidem, p. 1273.

[18] « La philosophie de l'homme » en la Pensée, n. 101.

« si la naturaleza es infinitud, sin unidad de la infinitud tendremos sistemas de sistemas y series de hechos que romperán, a cada instante, la unidad ». (Debate, 17).

Aquí hay dos problemas: de un lado el de la inteligibilidad — el más importante — de otro, el de que las dialécticas concretas halladas en la naturaleza *a*) no se presentan como inteligibles, sino a lo sumo como simples leyes, descubiertas por una razón « positivista » (en otras palabras, una razón carente de necesidad) *b*) que esas dialécticas concretas no pasan de ser sistemas aislados, no ligados a la totalidad hipotética, la naturaleza. La dialéctica al nivel de la praxis humana es, en cambio, inteligible, y la unidad no es hipotética sino apodíctica: se revela en el proyecto.

El problema de la dialéctica que se desfonda en sistemas parciales, lo habíamos encontrado ya en las palabras de Hyppolite: La Historia forma un todo.

Como hemos avanzado, Garaudy ha respondido, en el curso del debate:

*a*) que la historia no forma un todo, sino también un conjunto de sistemas, de totalidades (él da el ejemplo de las sociedades precolombinas)

*b*) que la totalidad general de que habla Sartre en el párrafo anterior coincide con la totalidad de Hyppolite, que no es sino un residuo de la visiones de la Filosofía de la Historia, de un « dogmatismo » neo-hegeliano que vuelve a poner el proceso histórico « sobre la cabeza ».

En todo caso esa totalidad histórica general, que no tiene nada que ver con las totalidades concretas; esa totalidad filosófica, abstracta, proyectada, no puede ser de ninguna utilidad como hipótesis en un trabajo de investigación histórica. Por otro lado dónde encuentra Sartre esa unidad total histórica? En cualquier zona de lo ideal, excepto en el desarrollo de la historia concreta. Sartre crea su historia *como totalidad en la percepción que la conciencia — no cualquiera, sino la suya — tiene de los procesos históricos. El punto de partida para oponer la historia como unidad sintética a la naturaleza como simple agregado de sistemas es de nuevo la concepción del sujeto como base y creador de una unidad sintetizada en la conciencia.*

La historia aparece como unitaria y totalidad a partir de la aparición de lo que Marx llama « el mercado mundial » [19].

---

[19] « La Ideologia Alemana », Ed. Costes.

Esta filosofización — sit venia verbo — del concepto de totalidad, mucho más cerca de Hegel que de Marx es una consecuencia de la base conciencial de la totalización y una *exigencia* de esa inteligibilidad de la Razón que ahora abordamos.

En *La Critique de la Raison Dialectique,* el problema esta tratado en el Capitulo titulato « Dialéctica dogmática y dialéctica crítica ».

« Desde el momento en que el monismo idealista de Hegel es negado en el materialismo dialéctico perdemos una de las grandes adquisiciones del idealismo absoluto; en efecto, allí, el sujeto y el objeto son soportados por la sustancia única, espiritual de manera que la descripción del proceso, la historia, no es sino una fenomenología » [20] que se resume en la lógica. Esta fusión, en el crisol idealista, de historia y lógica es la gran victoria. La historia es la única historia posible y coincide su despliegue con él de la *necesidad.*

Esto es lo que Sartre comienza por sentar.

« El movimiento del ser es uno con el del saber... Así Hegel puede escribir: "El conocimiento científico exige que nos entreguemos a la vida del objeto o, lo que es lo mismo, que se tenga presente y se exprese la necesidad interna del objeto ». « El empirismo absoluto se identifica con la absoluta necesidad » [21].

En Marx, en cambio, el ser es irreductible al saber y, sin embargo se pretende conservar el movimiento dialéctico en uno y otro. Restablecer la necesidad de la Razon Dialéctica y su coordinación con la dialéctica real, es decir el fundamento de su inteligibilidad, supone, según Sartre, fundar esa razón.

« Si el pensamiento no es el todo, asistirá entoces a su proprio despliegue como a una sucesión empírica de momentos y esta experiencia le entregará la vivencia como contingencia, no como necesidad. Incluso, aunque él (pensamiento, razón) se capte como movimiento dialéctico, no podrá registrar su descubrimiento más que bajo la forma de simple hecho » [22].

Garaudy ha hecho una crítica de la obra de Sartre en su folleto « Questions a Sartre » y este problema de la inteligibilidad de la Razón Dialéctica lo ha tratado, pero, a nuesto entender, sin darle

---

[20] J. Hyppolite, « Genese et structure de la Phenomenologie de l'esprit », Aubier, 1946.

[21] « Critique de la Raison Dialectique », p. 120.

[22] « Critique de la Raison Dialectique », p. 122.

todo el relieve que merece. Nos parece que a partir de una crítica de lo que Sartre entiende por inteligibilidad y necesidad, ligadas la una a la otra, es posible diversificar aun más, profundizar en la raíz idealista de su pensamiento. Idealismo que a este nivel se cruza con un neo-racionalismo que el mismo Gurvitsch ha denunciado en « Dialectique et Sociologie ».

Garaudy, en la obra que hemos citado, señala la relación que existe entre necesidad e inteligibilidad, dimensiones de la Razón dialéctica que son solidarias y corolarios de un idealismo fundamental. Este núcleo idealista lo carateriza Garaudy cuando dice que « el pensamiento no puede comprender más que lo que él mismo ha producido ».

Si miramos de cerca la ambición de fundar la necesidad de la razón para, así, salvarla de las excrecencias « positivas », el hecho de considerar que la razón puede tener una función que no sea la de reflejar, en sus proprios enlaces los enlaces hallados en la realidad objetiva, esa ambición no puede resolverse en términos de ciencia, sino, tan sólo, recurriendo sea al apriorismo — cosa que Sartre rehusa — sea dándole a la razón un principio no racional, un principio intuitivo — la experiencia apodíctica de la realidad dialéctica humana — experiencia que luego se desarrollaría en términos de categorías, pero cuyo fundamento, la raíz de la razón, *sería, simplemente la intuicion « inmanente » de la interioridad humana como dialéctica.*

Es indudable que semejante principio, tal intuición es « absoluta » y, en tanto que tal « necesaria » en el despliegue de su movimiento, pero la dialéctica entonces, su desarrollo, no sale del campo en que se ha fundado: *la vivencia inmediata, la interioridad total.* Aunque, como veremos después, semejante intuición tampoco es primaria, sino producto del desarrollo histórico, cosa que Sartre olvida.

Algunos de los razonamientos de Sartre son muy significativos. Segun él del mismo modo que la Razón analítica tuvo que poder justificar su legitimidad al final del XVIII, igualmente tiene que hacerlo hoy la Dialéctica. Baste decir que la justificación de la Razón analítica fue una de los tareas del idealismo alemán, ya que tal justificación, entendida en los términos en que Sartre la plantea pasa por la negación del único criterio científico de « necesidad » que existe y puede ser tomado en consideración: la Razón como reflejo de estructuras objetivas. En este sentido el intento

sartriano es paralelo a la fundamentación « idealista » que la filosofía alemana intentó.

Por otro lado las aporías de Sartre no son tampoco nada nuevo. F. Valentini [23] ha resumido la cuestión cuando dice que una de las objeciones que se le han hecho a la Dialéctica es la de que:

« no logra justificarse a sí misma, e incluso puede llegar a presentarse como una posición del llamado problema de los fines de la Historia » o bien que « el conocimiento dialéctico supone el conocimiento del todo, pero este es imposible, porque supondría un punto de vista superior, extrahistórico » de manera que « si el proceso no está cerrado, las afirmaciones del pensamiento dialéctico son relativas al proceso mismo y no pueden pretender ningún grado de verdad ».

Las dos aporías que aquí se señalan, Sartre las recoge en su Critique: o la Razón tiene un origen empírico — en cuyo caso se desfonda como Razón; o pretende tener una validez superior, *sin mostrarse como despliegue de esa intuición original de la existencia humana* — limitada pues a la praxis, a la historia — y entonces tiene que plantearse como Razón que « dirige la historia » es decir como Razón teológica [24].

El dilema que Sartre nos plantea es un falso dilema, ya que se basa en un concepto de necesidad que, efectivamente, ninguna Razón puede presentar. Ese tipo de necesidad que Sartre exige y que él le niega a la Razón Dialéctica, *fundada en tanto que momento consciente del movimiento de la naturaleza,* es la necesidad a priori, que naturalmente, queda descartada en tanto que problema científico. Por otro lado las dificultades que Sartre levanta surgen de qué él vuelve a meter por la ventana lo que se había expulsado por la puerta: el dualismo materia-conciencia.

Es indudable que sólo si se parte de ese dualismo es posible replantear el problema de justificar la necesidad de la razón en los términos sartrianos. F. Valentini contesta con toda claridad en su artículo cuando dice que las conclusiones dialécticas de Marx no se refieren al proceso en su totalidad, sino que son previsiones de las soluciones del problema planteado, el de la sociedad de clases. En estas condiciones, evidentemente, la conciencia es conciencia de situaciones relativas, pero este tipo de conciencia y de Razón sólo puede considerarse como inferior si se *postula* una conciencia *a* y *supra histórica.*

---

[23] F. Valentini, op. cit. 814 y sigs.
[24] R. Mondolfo, op. cit. 267 y sigs.

En los términos en que Sartre plantea la cuestión y a la vista del tipo de necesidad exigido, la unica solución es la que el mismo Sartre da: *la concepción dialéctica es anterior a la utilización del método y por tanto hay que fundarla en algo que no sea simple verificación experimental.* Ese fundamento, ese origen de la Razón « absoluta » no puede ser sino *« la experiencia situada de su carácter apodíctico »* [25]. Experiencia *« interna » de la « praxis », racionalidad de la praxis, teniendo en cuenta que en la Critique el concepto y la estructura de la praxis sartriana le hacen jugar a ésta el papel que Berkeley le hacía desempeñar a las « ideas ».*

La andadura de Sartre es paralela — en lo que se refiere a la fundacion de la Razón — a la de Heidegger ante el problema de la Metafísica:

« la cuestión inevitable, en cuanto se trate de poner al fundamento de la Metafísica — a saber iqué es el hombre? — es la metafísica de esa realidad humana quien lo asume... La Metafísica de la realidad humana no es sólo una Metafísica *sobre* la realidad humana; *es la metafísica que se produce en tanto que realidad humana.* Esto implica que nunca puede convertirse en una Metafísica sobre la realidad humana en el sentido en que la Zoología opera sobre los animales... Ella está ligada, por su propio destino al hecho que la Metafísica tiene su realidad-historial oculta en la realidad humana... » [26].

El mismo tipo de fundación para la Metafísica que para esta Dialéctica. La una se funda en tanto que oculta en la realidad humana, *la otra en tanto que conciencia, intuición primordial de una praxis interiorizada, inmanentista* — utilizamos este término en la acepción en que lo usa Schaff, para señalar la diferencia entre el concepto de praxis en Marx y en los existencialistas.

Lo que se despliega, pues, en la dialéctica de Sartre es la praxis, concebida ya como sujeto, por las manipulaciones a que se ha sometido la relación sujeto-objeto, de que antes hemos hablado. Sartre funda una intuición y el materialismo se desfonda.

## *La fundacion de la razon y el materialismo*

« La sensibilidad es una propiedad universal de la materia, propiedad inerte en los cuerpos brutos, ... propiedad activa en los mismos cuerpos por su asimilación con una sustancia animal viva... ».

---

[25] Critique de la Raison Dialectique, pg. 134.

[26] HEIDEGGER, « Kant y el problema de la Metafísica », cap. IV, 3.

En estos términos planteaba el problema un materialista insigne: Denis Diderot.

Recogiendo el hilo de lo que hemos dicho antes podemos afirmar que el materialismo se había esfumado en las declaraciones de Sartre sobre el concepto de totalidad, de proyecto y de praxis. Pero esa liquidación es mucho más patente y radical en el momento teórico en que se pide la fundación y justificación de la Razón fuera de la práctica. El idealismo aparece con todo su vigor al exigir ese fundamento al margen de la historia y de la *historia natural,* en una intuición de la realidad humana ya idealizada. La Razón nos la fundan en la conciencia de la conciencia, en la experiencia de la totalización consciente. Para cualquiera que lea el Prefacio a la Fenomenología del Espíritu quedará claro que esa celda dialéctica sartriana, esa praxis abstracta juega un papel semejante al de la aprehensión del Absoluto en Hegel.

La unica fundación de la Razón, dialéctica o no, pasa por el estudio de las formas de organización de la materia y del desarrollo de la conciencia a partir de la impresión en los protozoarios.

Tran Duc Thao en la obra que ya hemos citado escribe

> « basta haber mostrado la identidad de las estructuras reales y las vividas, el trayecto del flujo nervioso, que implica una serie de círculos diferidos en los que consisten los comportamientos esbozados y reprimidos por los que se definen las significaciones intencionales »

para encontrar el terreno y los términos en que se debe basar toda fundación de la razón.

Este problema de la justificación de la Dialéctica no puede resolverse más que en dos direcciones: por un lado *la dialéctica misma del conocimiento racional* en la Historia humana, que, a partir de un momento, *llega a captar su propia realidad y sus relaciones con el objeto en forma dialéctica,* y esto, tanto *en la practica como en el estudio de la naturaleza;* por otro, estudiando las relaciones que la *lógica y la dialéctica guardan entre sí,* de manera que aquella aparece como un caso particular de esta, más general [27]. Fundamentación, pues, histórica e histórico-natural.

G. Bachelard lo ha expuesto con toda claridad en el Debate que se celebró en Ginebra en 1951, en torno al problema « El hombre ante la ciencia », cuando dijo que la aparición del nuevo nivel

---

[27] G. Bachelard, « Le nouvel esprit scientifique ». La cuestion muy bien estudiada en lo que respecta a la Geometria euclidiana y la de Lobachewski.

científico no puede explicarse más que históricamente, lo cual supone no sólo una *evolución de la razón* sino un *fundamento histórico de la misma.*

Sartre lo admite cuando nos dice que su intento teórico no puede ser concebido sino en un contexto determinado: la lucha contra la petrificación del marxismo. Pero entonces, ¿ por qué fundar la razón al margen de la historia y de la historia natural ?

No hay cuarenta caminos: o la fundación y justificación pasan por el desarrollo de la conciencia, del hombre y el conocimiento, en su historia real, natural, ligada y cortada de la historia de la naturaleza, o esa fundación aparece, se realiza, a partir de una praxis no histórico-natural y estamos en pleno y vulgar idealismo.

¿ Qué decir del materialismo histórico de Sartre que comienza por prescindir de su propria historia y que hipostasia, como si fuera eterna, la intuición de la praxis humana en términos dialécticos ? Esta pregunta puede desarrollarla el lector comparando simplemente la praxis sartriana y la realidad humana de que nos hablaba Heidegger. Que la praxis, la actividad y la vida humana están dialécticamente ligadas al todo es evidente, pero esta realidad sólo llegó a la conciencia a partir del desarrollo histórico, en un momento de éste. Esa intuición que Sartre postula tampoco es primaria [28].

En el Debate de Ginebra a que acabamos de hacer alusión, P. Auger sentó lo que nos parece ser la base y la dirección correcta para resolver el problema.

« A causa de la similitud entre la estructura del mundo y la de nuestro pensamiento, no es, acaso, posible postular una prueba de la pertenencia de éste al mundo exterior? Si encontramos encadenamientos de estructuras internas que nos satisfacen subjetivamente y que son paralelas a los encadenamientos objetivos de los fenómenos exteriores, no tenemos, acaso, sólidas bases para afirmar un monismo? » [29].

Y Auger concluye situando la *ciencia — en tanto que construcción racional — en la línea de la evolución de los seres, como culminación de los procesos de adaptación.* La justificación se realiza al concebir la razón como el momento en que la naturaleza deviene consciente. El pensamiento es « *ser pensante* », *materialidad consciente.*

---

[28] J. J. Goblot, *La Pensée*, n. 104, pag. 105.

[29] « L'homme devant la Science », Ed. La Baconniere, Neuchatel, pp. 62.

*No así en Sartre en quien la Razón aparece como racionalidad de la acción y como experiencia de una praxis que surge sólo al interior de la unidad sujeto-objeto, de tal manera que esa celula subjetivo-objetiva se presenta, de una lado, como un elemento inicial, cortado de la evolución general de la materia, de otro, como una zona transubjetiva y transobjetiva, que recuerda la «experiencia» empiriocriticista* [30].

* * *

A la luz de cuanto hemos dicho caen por tierra las dificultades fundamentales que en el Debate sobre la Dialéctica Sartre había levantado. Pero esto lo trataremos al referirnos a la intervención de Garaudy.

Sin embargo podemos resumir, en espera de remitirnos a un analisis más detallado:

*a*) las totalidades encontradas en la naturaleza (sean al nivel de los fenómenos biólogicos, sea al de la física del núcleo) no pueden ser caracterizadas, como Sartre lo hace, de simples «estructuras» que sufren «su estatuto en exterioridad» y oponerlas a verdaderas totalidades dialécticas, *mas que si se parte de fundar la totalidad en la conciencia,* en el proyecto — y entonces no sólo la naturaleza no es dialéctica sino que la historia tampoco es material —. En segundo lugar, las totalidades históricas, aunque incluyen un momento consciente, también sufren su *estatuto en exterioridad* en la medida en que son susceptibles de un *análisis cuantitativo, al menos, en las zonas materiales — infrastructura — de la totalidad.*

*b*) En lo que se refiere a la relación de las partes a una totalidad general, cerrada, no infinita — como es la historia frente a la infinitud de la naturaleza — apenas si tenemos que añadir nada. Basta lo dicho respecto a la existencia, en la historia, de totalidades, de historias parciales. La totalidad general es un residuo de la filosofía de la historia.

*c*) La inteligibilidad que Sartre le niega en el Debate a una Dialéctica de la naturaleza y que la afirma en una dialéctica histórica, hemos visto, no es sino un falso problema. La Razón es inteligible en la medida en que pone a prueba sus estructuras formales

---

[30] Cf. «Dieu est mort», PUF, 1962, pp. 39-40; Garaudy toca de pegada el problema de la ligazon entre exterioridad, objetividad y contingencia en Hegel.

en la experimentación. Las leyes que la Dialéctica de la Naturaleza puede encontrar son inteligibles en este sentido y no en otro, *por la simple razón de que no hay otro sentido de inteligibilidad, salvo si se postula un idealismo absoluto o un idealismo en que el desarrollo del Absoluto se disfraza de fenomenología de la conciencia.*

*d*) Cuando Sartre supone que la experiencia de la Dialéctica ha surgido en la zona de la Historia para luego extrapolarse — o ser extrapolada por Engels — a la zona de la naturaleza, no podemos sino quedar estupefactos. En primer lugar es sabido que Marx seguía con atencion e interés los trabajos de Engels en este terreno, de modo que está fuera de lugar el oponer el dialéctico Marx al dogmático materialista vulgar Engels [31]. En segundo lugar es una verdadera aberración sostener — en el plano de la historia de las ideas — semejante tesis. Los primeros pasos de la dialéctica — dejando de lado a Heráclito — aparecen en el XVII y concretamente en el terreno de las ciencias; ¿ qué otra cosa es el cálculo infinitesimal ? Pero no tenemos sino que remitir el lector a la obra científica de Bachelard en la que ha estudiado, con admirable precisión el proceso de dialectización de la ciencia.

Por otro lado el intento de Sartre entra en la línea de toda esa serie — ya agobiadora, no por su peso sino por su cantidad — de estudios en los que se trata de escamotear el Marx del *Capital* en nombre del « joven Marx ». En los Manuscritos la dialéctica es aun un tanto filosófica o, al menos, sus contenidos materiales no han sido puestos a punto. Pero cuando Marx llega a madurez, su materialismo es patente, y su razón dialéctica, su dialéctica histórica no tiene nada que ver con un desarrollo, una elaboración a partir de la noción « filosófica » de praxis, sino como el estudio de la prácticas concretas que se dan en la historia así como del análisis de las totalidades en que tales practicas — esencialmente productivas — se dan.

*El origen apodíctico de la Dialéctica en la práctica humana no tiene nada que ver con la formación del método dialéctico en Marx que no* surge, ni mucho menos, en una fenomenología de la praxis, *sino en el estudio postivo de la historia real así como en una critica del pensamiento histórico económico.* No sólo estudio de la historia material sino *crítica interna* de las explicaciones que de esta historia se han dado. Este segundo aspecto de la cuestión es,

---

[31] Cf. « Les marxistes repondent a leurs critiques catroliques », Ed. Soc. 1957.

generalmente dejado de lado, o puesto en segundo término y constituye, no obstante, una de las piezas maestras en la constitución de la dialéctica y método marxistas.

Marxistas de varios países han tratado estas cuestiones, se han planteado estos problemas [32]. Uno de ellos, M. Godelier, en el cuadro de esos estudios sobre « El metodo en El Capital » escribe:

« El momento de la restructuración racional de un conjunto de datos no es fruto de una intuición misteriosa, sino de un movimiento previo del conocimiento del investigador: observación de los hechos, clasificación y explicación por esquemas teóricos, construcción de hipótesis. El momento de la reestructuración sale de este movimiento y lo supone. Esta dialéctica de la investigación y de la evidencia fue, en Marx, la que nos muestran la Ideología Alemana, la Contribución a la Crítica de la Economía política, y *sobre todo*, « Las teorías de la Plusvalía ». Vemos allí cómo Marx toma los conceptos de la ciencia económica, de Aristoteles a Ricardo y los reelabora de modo crítico confrontándolos con la realidad, la historia » [33].

## *La critica de la « praxis »*

Garaudy ha desarrollado su intervención según un esquema constructivo, es decir, ha intentado, a partir de posiciones sartrianas, empujar todo el sistema hasta sus últimas consecuencias, para mejor mostrar las inconsecuencias o las ambigüedades. Vamos a resumir brevemente sus razonamientos:

*a*) Sartre en la « Critique de la Raison Dialectique » parece rechazar el idealismo al aceptar « que la conciencia y la praxis están, originariamente abiertas y en lucha con el en-sí » de donde « la conciencia es siempre conciencia de algo... ». Esta concepción que exige, además de la materia elaborada, la presencia de un ser bruto que no es mi obra, plantea la relación del hombre con lo no-humano de un modo que excluye el idealismo ». (Debate, 30 31).

El en sí *es resistencia*, pero esas resistencias presentan una estructura, son resistencias determinadas. Por ello, el modo de existir de la « nada creadora », el hombre, no es ya la angustia, sino *la praxis, la acción.*

Hasta aquí, pues, un « certificado » de las adquisiciones en el camino de Sartre. Luego continúa:

---

[32] Cf. « Economie et Politique » numeros de mayo del 60, febrero, marzo y junio 61.

[33] Godelier, « Quelques aspects de la Methode du Capital » ibidem marzo 61, p. 53-54.

« Si se admite que este en-sí, este pre-humano, le concierne a la práctica humana, sólo quedan dos caminos »:

a) o el hombre no puede decir nada de aquello sobre lo que actúa, y entonces la praxis es ciega y se desfonda [34];

b) o bien el en-sí da respuestas estructuradas que a su vez estructuran la praxis (una práctica no determinada es la angustia) y entonces es posible aprehender el en-sí » (Debate, 35).

Fijemonos en que Garaudy deja de lado las cuestiones « derivadas », justamente algunas de las que hemos tratado en estas páginas, para ir directamente a la raiz en la que se encuentra la desviación sartriana hacia el idealismo. Garaudy toma la praxis entre manos y exige una definición precisa del contenido de esa praxis. A. Schaff, en el artículo que hemos citado señala muy bien como la diferencia radical y absoluta entre el existencialismo y el marxismi pasa por la concepción y el contenido que se le da a la categoría de « praxis ». *O ésta es una acción sobre el mundo natural, gracias a la raíz natural del hombre mismo — y estamos entonces en el materialismo histórico — o la praxis viene concebida como una acción al interior de esa zona, ni subjetiva ni objetiva, que se ha tratado de delimitar a partir de la relación sujeto-objeto, en la que el objeto se interioriza para no ser ya sino un producto de conciencia, o un producto social — y entonces estamos en el existencialismo —.*

Garaudy plantea, en el dilema anteriormente citado, las dos posibilidades. O esa praxis es una acción natural, o es una actividad sutilmente espiritualizada. En Sartre tenemos una respuesta del segundo tipo — la praxis sartriana sigue siendo una práctica conciencialista — « la materia no se presenta en parte alguna en la experiencia humana » [35] con lo que Sartre retrocede hasta Berkeley.

La posibilidad de avanzar en la solución del problema requiere el adoptar la solución materialista, el primer término de la alternativa — de lo contrario vamos derechos al solipsismo.

Entendida la praxis, pues, en términos materialistas, de modo que la relación sujeto-objeto tiene como soporte la realidad material, con lo cual su raíz se encuentra en el modo de ser de la naturaleza, las respuestas estructuradas que nos da, en la práctica, el en-sí, permiten captar estructuras objetivas, exteriores a la conciencia, in-

---

[34] Vid. J. F. Le Ny, « Du pavlovisme au conditionnement ». p. 69. *La Pensée* n. 103. El autor estudia la relaction entre practica, comportamiento y estructura de la realidad objetiva. De paso alude a las ideas de Sartre.

[35] « Critique de la Raison Dialectique ». 247.

dependientes de la relación con la conciencia. Viene, entonces, la pregunta: *¿Esas estructuras objetivas son dialécticas?*

> « La dialéctica no está en la naturaleza, como lo está en nuestro pensamiento. Afirmarlo sería una concepción teológica, o hegeliana... Decir que existe una dialéctica de la Naturaleza quiere decir que la estructura y el movimiento de la realidad son tales que sólo un pensamiento dialéctico puede hacerla inteligibles los fenómenos » (Debate, 35).

Cuando se negaba la dialéctica de la naturaleza lo que se escondía era la espiritualización del concepto de praxis que confinaba al hombre en la imposibilidad de salir de sus propios fantasmas. Pero al hacer esto no sólo se imposibilita el conocimiento científico de la naturaleza sino también el de la historia humana, ya que se rompe abiertamente con el materialismo.

Por eso Savetti podía decir en el artículo que ya hemos citado que en Sartre, la aceptación de la praxis se basa en un equívoco, el de « la mistificación de la dialéctica marxista en un sentido tal que se la vuelve a su significado joven hegeliano ».

He aquí la crítica central a la dialéctica sartriana, y las líneas directrices de lo que la dialéctica de la naturaleza significa para los marxistas, significación que nada tiene que ver con una concepción teológico-hegeliana cualquiera.

No podemos entrar en el estudio de esta cuestión. La posición marxista respecto a la dialéctica de la naturaleza es la posición que hemos visto en Auger, o— con algunas reservas de detalle — en Bachelard; posición que aparece en los trabajos de Gonseth. Es decir posiciones que son las de la ciencia en general y que no son la herencia « exclusiva » de los marxistas. Marx era ante todo un hombre de ciencia.

*Juan Valdés*

# Comentarios

## *Acerca del Tratado de Moscú*

La firma del Tratado de Moscú sobre la suspensión de pruebas nucleares — exceptuadas las subterráneas — constituye un hecho político de importancia, sobre cuya significación, alcance, limitaciones y perspectivas aún no se ha terminado de hablar.

La discusión que en los Partidos Comunistas se desarrolla sobre táctica y estrategia, sobre la coexistencia pacífica, se ha centrado un momento sobre la significación del Tratado.

En Occidente las apreciaciones son matizadas y contrapuestas. En EE.UU. las opiniones de Teller y las del senador demócrata Mansfield son representativas de los desniveles que existen en la opinión pública americana.

En el seno de la NATO, desde De Gaulle negándose a la firma, a Alemania Federal, que, tras duras controversias, rubricaba el Tratado, saboteando al mismo tiempo su espíritu con declaraciones hostiles a la República Democrática Alemana, las matizaciones son múltiples tambien.

La Prensa Española ha mostrado una vez más su admirable sensibilidad, un tanto perruna es cierto, para poner la velas en dirección del viento que sopla de Washington. Lo cual no impide que en forma más o menos velada, salgan a la luz divergencias profundas, no sólo entre los distintos diarios — pongamos Ya y ABC — sino en el seno de cada uno de ellos.

Toda esta gama de juicios es la consecuencia del carácter mismo del Tratado de Moscú, cuya importancia y limitaciones van intimamente ligadas; cuyas perspectivas pueden ser muy amplias, sin que lo sean automáticamente. *En primer lugar aparece con claridad suficiente que dicho Tratado constituye un paso adelante en la distensión de la situación internacional, un paso adelante en la com-*

*pleja lucha por imponer la coexistencia, al mismo tiempo que un compromiso.*

Este carácter del Tratado hace que las apreciaciones sean múltiples según se insista en un aspecto u otro.

Para unos el Tratado debe constituir un telón de fondo tras el cual puede continuarse el rearme. Para otros, más realistas, se trata de legalizar, parcialmente, un hecho consumado, el paso a mejor vida de la supremacía militar americana, que termina con el ensueño de liquidar el Socialismo en el terreno militar. En el espíritu de la URSS se trata de lograr un paso adelante en el desarrollo de la coexistencia.

Para valorar el Tratado, asi como encontrar su significación, lo más correcto será lanzar un vistazo sobre los procesos políticos que a él han conducido.

Podemos decir sin temor a equivocarnos que en la situación internacional de los años cincuenta pueden distinguirse dos períodos: uno el de aplicación sistemática de la guerra fría, del « roll back », del asalto que Occidente lanza contra el campo socialista; otro el de putrefacción de dicha política, fracaso de tal orientación.

Un especialista americano, el Dr. Fleming, diagnosticaba no hace mucho:

> « Es evidente que en la segunda mitad de los años cinquenta la situación pasaba a ser netamente favorable al campo socialista » [1].

Según otros, el año 57 puede ser llamado el del « final de la gran ilusión », que apuntaba al desfondamiento económico y político del campo socialista bajo la presión de la guerra fría y el rearme, como preludio a su liquidación en la « guerra caliente ».

Occidente comprueba hacia la mitad de los años cincuenta que la situación internacional madura en una dirección muy distinta a la que sus estados mayores pensaban; comprueba que la correlación de fuerzas ha cambiado. Es entonces cuando se inicia una crisis — aún no concluida — en la orientación de la política exterior americana.

No es cuestión de hacer la historia, ni siquiera sucinta, de estos últimos años, sino mostrar la progresiva desintegración de la politica dulliana, captando el sentido profundo de la misma.

Nadie puede negar que la plataforma que ha servido de base a la

---

[1] « La Vie Internationale », 3, 1962.

elaboración de la política occidental frente al campo socialista en los años que van del 50 al 60 ha sido la de *mantener a fondo la tensión,* rehusar todo acuerdo que pudiera hacerla bajar de grado, sostener *una carrera de armamentos ilimitada.*

Las razones eran obvias: por un lado situar el combate contra el Comunismo en un terreno de Cruzada (« Antes muertos que Rojos »); per otro, como ha declarado hace poco un funcionario americano, se pensaba ahogar la construcción del socialismo imponiéndole a la URSS un programa gigantesco de rearme; finalmente se querían preparar las condiciones materiales y sicológicas para pasar a la destrucción militar del Socialismo.

La orientación en el campo socialista era muy otra. Primeramente — hasta el año 54 — colmar la distancia « militar », suprimir la ventaja del imperialismo, que gozaba del monopolio nuclear. Inmediatamente despues, a partir del 55, una vez conseguida la « equivalencia » nuclear, forzar al imperialismo a aceptar la coexistencia.

Ya antes del XX Congreso, en medio de la guerra fría, con el « llamamiento de Estocolmo » se estaban echando las bases de lo que más tarde sería una acción política, diversificada, articulada, en defensa de la Paz, desbrozando el camino de la coexistencia.

Es preciso tener presente este cuadro general y la evolución que ha sufrido en el momento de decidir sobre el significado del Tratado de Moscú.

## II

Pasaremos en revista algunos hechos concretos.

En 1955 y 56, momento en que termina la invulnerabilidad nuclear americana, la URSS hace proposiciones de desarme. Dichas proposiciones tienen un alcance limitado: se trata de desmovilizar paulatinamente, reducir las fuerzas convencionales. Hasta ese momento, a la superioridad atómica americana, la URSS, que no poseía la bomba H, ha opuesto un contingente de divisiones capaz de invadir Europa, *como respuesta a un ataque nuclear.*

Una vez restablecido el equilibrio atómico, la URSS ha utilizado la situación de « estabilidad » para poner en movimiento los mecanismos del desarme.

Las iniciativas en estos años son numerosas:

« Sin esperar un acuerdo general de desarme, la URSS, aparte de la reducción de sus fuerzas armadas en 640.000 hombres ejecutada en 1955, realizará hasta el primero de mayo de 1957 una nueva reducción, esta vez de 1.200.000 hombres » [2].

El pretexto con que « justificaba » Occidente la carrera de armamentos — la superioridad cuantitativa soviética en la guerra convencional — era denunciado práticamente desde el momento en que la URSS proponía el desarme precisamente en el terreno convencional.

Pero no acababa allí todo. El mismo día dirigiéndose al Parlamento japonés el Soviet Supremo proponía

« conseguir que se prohiba la *fabricación y el empleo* de bombas atómicas y de hidrógeno y, hasta llegar al logro del acuerdo pertinente, la interdicción de las pruebas de estas armas » [3].

Las proposiciones de desarme, como vemos, tocaban distintos problemas — armas convencionales, nucleares — y se escalonaban en una perspectiva que debería conducir, gradualmente, al desarme completo.

La respuesta de Occidente en aquellos años queda configurada en las palabras que A. Gromyko pronunciaba el 10 de mayo de 1957:

« Las potencias Occidentales tan pronto unen la cuestión de las armas nucleares a la cuestión del denominado armamento clásico, como separan ambas cuestiones » [4].

El combate de retaguardia de Occidente para esterilizar todo progreso hacia el desarme había comenzado.

No olvidemos que en el momento en que la URSS avanza esas proposiciones los EE.UU. detentan la superioridad nuclear [5]. Sin embargo la politica occidental se niega a meter el dedo en el engranaje.

Inmediatamente después, en los años 58 y 59, en EE.UU. se agita el espectro de una pretendida superioridad sovética (el missile

---

[2] Mensaje del Soviet Supremo a los Parlamentos de todos los paises, 16-V--56.

[3] Mensaje del S.S. al Parlamento Japonés, 16-V-56.

[4] La Politica Exterior Soviética, Documentos. Moscú, Ed. en Lenguas Extrangeras.

[5] Blackett « Les conditions reelles du desarmement ». Temps Modernes, junio, 1962.

gap) que debía justificar — nuevo pretexto — y cubrir la carrera armamentista.

« La campaña demócrata en favor de una intensificación de los armamentos nucleares estaba ligada a la doctrina que postulaba la inestabilidad del equilibrio del terror, inestabilidad debida a la superioridad aplastante del agresor (la URSS) » [6].

Conforme evolucionaba la situación, los EE.UU. cambiaban de frente, de justificación, pero conservaban su línea general: obstaculizar toda medida de desarme, acelerar la carrera de armamentos, cerrar el paso a la única alternativa: el desarrollo de la coexistencia.

Uno de los últimos obstáculos puestos por Occidente en el camino del desarme ha sido la famosa cuestión del control, que la prensa cotidiana jamás ha explicado en detalle. Si la mencionamos es porque dicha cuestión, en uno de sus aspectos particulares, ha hecho imposible el que el Tratado de Moscú englobe la prohibición de las pruebas subterráneas.

A este respecto las discusiones y el fondo de los proyectos de desarme presentados ante el Comité de los 18 son reveladores de las intenciones profundas de los Occidentales.

## III

El proyecto americano preveía, en una primera etapa, la reducción en un 30% de los vehículos de armas nucleares. La forma en que estaba redactada esta proposición hacía que se incluyesen en ese porcentaje los « cohetes globales » que los EE.UU. no poseían y que constituían *el vector* fundamental de *respuesta* [7] de la URSS.

Por otro lado siendo el dispositivo de la URSS esencialmente *defensivo,* como ha demostrado contundentemente el estudio de Blackett a que nos hemos referido en las notas, siendo, pues, un dispositivo de respuesta, su característica es la de ser « necesario y suficiente », es decir un « mínimo necesario ». Su reducción en un 30% representaría una mutilación fundamental, sin que la representase en un dispositivo de « agresión », gigantesco, como el de los EE.UU.

Dicho proyecto no mencionaba para nada el problema de las

---

[6] Blackett, ibidem, 1905.

[7] La Vie Internationale, « Espoirs et perspectives a Geneve », 5, 1962.

bases en territorios extranjeros, factor fundamental en los planes de agresión americanos.

Por último el *control* se concebía no como control de lo que se desarma, sino *como control de lo que quedaba.*

Si relacionamos las proposiciones acerca de los « vehículos » — que dejaban en pie el dispositivo de agresión americano, debilitando el « mínimo necesario » soviético — con esta proposición sobre el control *de lo que queda,* aparece claramente el contenido de la propuesta occidental: se trataba de cualquier cosa menos de un plan de desarme.

En uno de los artículos aparecidos en la Revista « Politique Etrangere » [8] se reconoce abiertamente que la cuestión del control, en tales condiciones, era la pura y simple legalización del espionaje, con vistas a la agresión [9].

El periódico « Le Monde » escribía acerca del proyecto americano:

« Los americanos no se hacen ilusiones sobre la posibilidad de que Moscú acepte su proyecto. Esta iniciativa (el plan) parece obedecer solamente a consideraciones tácticas y sicológicas, ya que los EE.UU. no quieren dejarle a la Unión Soviética la ventaja de haber presentado un documento de trabajo (el plan soviético) suficientemente completo para que los miembros de la Conferencia tengan la tentación de tomarlo como base de trabajo ».

Más claro, agua. El proyecto americano no venía sino a impedir la discusión del proyecto soviético, verdadero proyecto de desarme.

El desarme parcial o total no ha entrado hasta ahora en los objetivos de la política ocidental.

Del mismo modo que en el 57 se bloqueba el progreso de la distensión ligando o separando el desarme nuclear y el convencional, del mismo modo que el « missile gap » substituyó como espantajo la superioridad soviética « clásica », así la cuestión del control, y el proyecto del 61 en su conjunto venía a frenar la conclusión de un acuerdo o a limitarlo si a él se llegaba.

La Prensa española — concretamente YA — en uno de sus números del mes de agosto pasado sostenía que las limitaciones del Tratado de Moscú eran debidas a la negativa soviética a aceptar el control. Esto es jugar con la ignorancia del público.

---

[8] Número 2, 1962.

[9] « Frente al enorme potencial nuclear occidental la URSS ha fundado su seguridad en algunos cochetes y bombarderos de gran radio de acción y cuyas bases *se protegen por el mayor secreto posible* », Blackett, ibid, 1903.

En lo que concierne al control de las explosiones subterráneas — a pesar de la opinión muy extendida entre los técnicos de que es completamente innecesario — y del control en general, la URSS ha hecho concesiones substanciales.

En todo caso la simple consideración de lo que han sido los últimos años obliga a reconocer que las iniciativas, sea de medidas parciales, sea de proyectos de desarme general y completo, han venido de la URSS. Que dichas medidas aparecían como elementos de una línea política general de distensión, desarme y coexistencia.

Nadie ignora que incluso el término mismo « coexistencia » es un hallazgo de los marxistas, no del Pentágono.

## IV

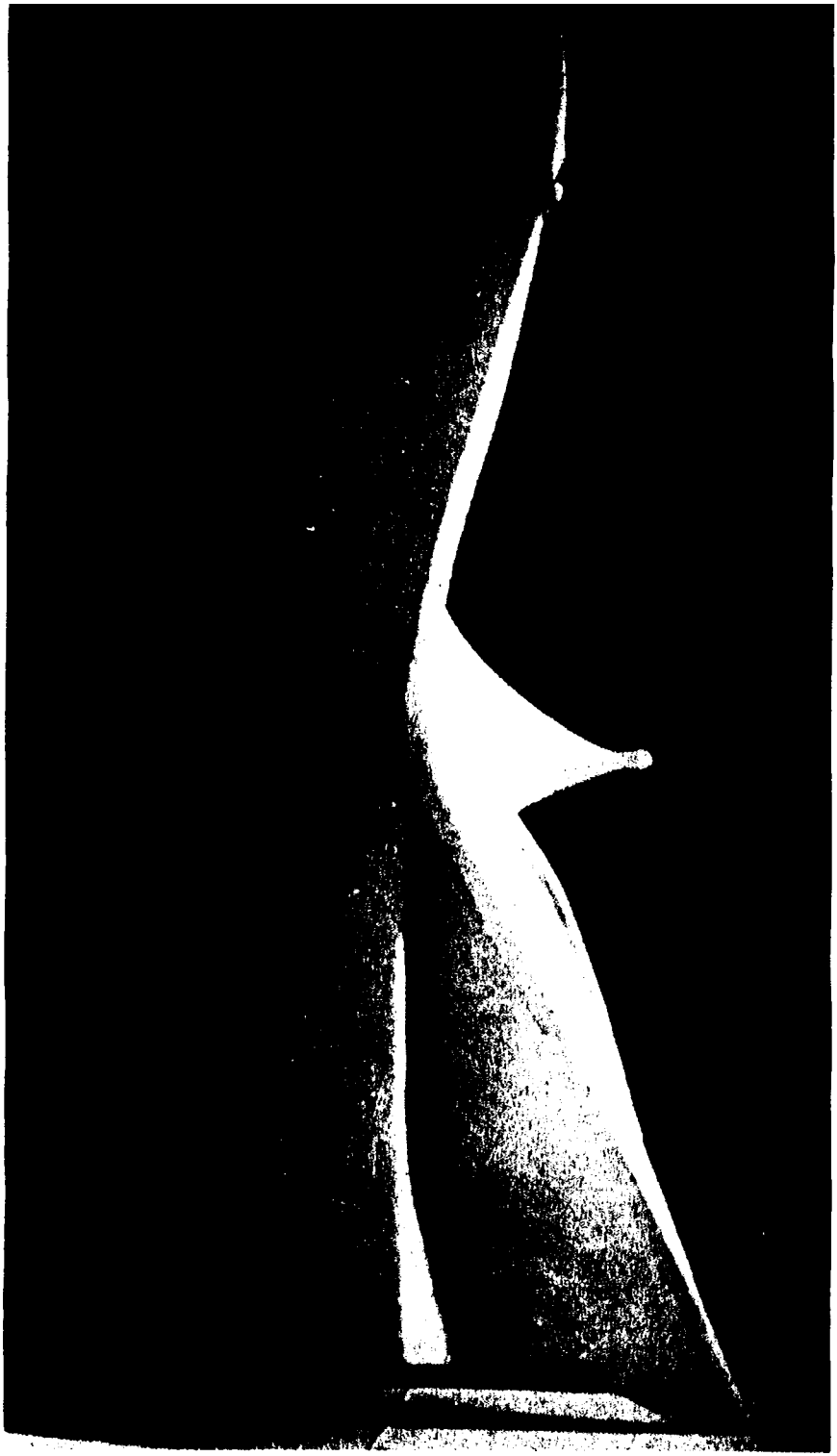
A la luz de estas consideraciones es más fácil comprender la significación del Tratado de Moscú. Cuanto hemos dicho ayudará a comprender, quizá, por qué, tras una dura lucha, de años, el compromiso a que se ha llegado es « tan parcial ». En todo caso nos parece que queda claro quienes son los responsables de las limitaciones del acuerdo.

No seremos nosotros quienes echemos las campanas al vuelo, quienes exageren el alcance del mismo. Y por varias razones.

En primer lugar porque aunque el Tratado se inscribe en la línea general de coexistencia — y en este sentido es un triunfo parcial de las fuerzas de la Paz, del campo socialista y sus aliados — aunque el tratado responde a esa línea general marxista, es indudable que se trata de un principio solamente.

Se trata de un paso adelante en el complejo camino de la lucha por *imponer* la coexistencia. Es indubable que este *progreso no es irreversible*, que las fuerzas del imperialismo pueden sabotearlo. Es evidente que esta cabeza de playa de distensión, de desarme, tiene que ser ampliada a través de la lucha combinada de los movimiento de masas en defensa de la paz, de la lucha antiimperialista, y de la diplomacia socialista.

En el momento en que se acaba de ganar esta batalla de las « pruebas nucleares » es preciso no olvidar que el imperialismo ha aceptado el compromiso por varias razones: el convencimiento de que la correlación de fuerzas ha cambiado y que la agresión no es rentable; la presión que se hizo sentir en el Comité de los 18,



*La Bandera del Partido*

*Signo de mujer rural en un camino ferviente*

donde los neutralistas coincidieron ampliamente con las posiciones soviéticas [10]; por último *la esperanza imperialista de librar un combate de retaguardia desde posiciones menos incómodas.*

Todo ello indica que el Tratado de Moscú es un nuevo escalón en el que continuará la lucha, por desarrollar la coexistencia, o por frenarla, desvirtuarla incluso, introduciendo en ella conceptos que son exactamente su contrario: zonas de influencia, *statu quo,* etc.

Los deseos occidentales de limitar, frenar el proceso de distensión, se han hecho evidentes durante las negociaciones. La URSS quería ensanchar esa « zona de paz » que representa el cese de las pruebas nucleares, firmando un tratado de no agresión entre la NATO y los países del Pacto de Varsovia. Los Occidentales rechararon tal propuesta. Los argumentos que aducían eran totalmente inconsistentes.

Estas consideraciones, asi como las limitaciones del Acuerdo deben tenerse en cuenta sin que nos impidan ver la adquisición que representa el Tratado en una perspectiva de coexistencia.

En primer logar se trata del primer acuerdo a que ha podido llegarse en materia de desarme o reducción de la tensión internacional. La tregua observada en el pasado sobre las pruebas nunca tuvo, jurídicamente hablando, un carácter de tratado.

Desde un punto de vista político el Tratado puede constituir un punto de apoyo para desarrollar la lucha por objetivos más elevados en el terreno de los esfuerzos por consolidar la Paz y reducir la tensión.

En segundo lugar, el Tratado, a pesar de todas sus limitaciones, representa un ejemplo de cómo es posible — a traves de la lucha de las masas, de la lucha diplomática etc. — ir acotando sectores de la guerra fría y eliminarlos progresivamente.

En tercer lugar el Tratado puede servir para acelerar la ya avanzada descomposición de la línea política occidental de carrera armamentista y « borde del abismo », como la definió Foster Dulles.

Todo esto son hipótesis, posibilidades cuya realización exigirá el que, en esta nueva situación, continue la lucha resuelta por la coexistencia, por salvaguardar la Paz.

---

[10] El Washington Post and Times Herald escribía aquellos días: « la posición soviética sobre el problema de los ensayos beneficia de un amplio apoyo, y los argumentos americanos no han podido, de momento, convencer a otros delegados ».

## V

En lo que a nosotros marxistas respecta tenemos que señalar que la firma del Tratado ha dado origen a una incomprensible Declaración del Gobierno de la China Popular, en la que se le define como « gran superchería destinada a engañar a los pueblos ».

« Los pueblos del mundo — sigue diciendo la Declaración — piden el desarme general y la prohibición total de armas nucleares; ese Tratado separa el cese de las pruebas nucleares de la prohibición total de esas armas ».

Poco más adelante el Gobierno de la República Popular de China afirma que

« Ni el Gobierno ni el pueblo chino han ahorrado ningún esfuerzo para la realización *gradual* de ese fin ». (el desarme general y completo, pasando por la creación de « zonas no nucleares », así como por una declaración de principio en la que los EE.UU. « se comprometan a no utilizar armas nucleares contra los pueblos que no las poseen »).

Inmediatamente despues se propone, aparte de otras medidas, la convocación de una Conferencia de Jefes de Gobierno de todos los países para « obtener la prohibición y destrucción de tales armas ».

En la crítica del Gobierno chino se hace hincapié en el carácter limitado del Tratado, en el aspecto negativo de haberlo firmado sin incluirlo y ligarlo a la prohibición de las armas nucleares.

Es indudable que mucho mejor hubiera sido que la suspensión de las pruebas fuera no el contenido del Tratado sino una de las partes de un Tratado de desarme general y completo. No seremos nosostros quienes lo nieguen.

El fondo de la argumentación del Gobierno de la República Popular China consiste en contraponer, *como si se excluyeran,* las medidas parciales y limitadas, los avances graduales y los objetivos finales. *El fondo de la cuestión nos parece estar en que los camaradas chinos proponen una política de « todo o nada », como si los progresos graduales pusieran en peligro la consecución de los objetivos últimos.*

El dirigente italiano Togliatti ha tratado esta cuestion en un artículo aparecido en « Rinascita » [11] :

---

[11] Número 24 de agosto, 1963.

« A primera vista lo que más sorprende (en la posición de los camaradas chinos) es la negativa altanera a una conquista limitada y parcial, contrapuesta esquemáticamente al objetivo final, lejano aún. Comenzaremos diciendo que sabemos muy bien que al actual acuerdo... no equivale ni a una prohibición general ni a la liquidación y destrucción de las armas atómicas. Estos objetivos más avanzados no podrán ser cubiertos si no al final de una larga lucha... ».

Togliatti sigue analizando la Declaración y encuentra en ella « falta de coherencia ». En efecto, los camaradas chinos proponen toda una serie de « medidas parciales » (zonas desatomizadas etc.) del mismo modo que se declaran dispuestos a luchar por la « realización gradual » del desarme, tras haber hecho una crítica maximalista.

Cabría pensar que las medidas parciales que proponen los camaradas chinos, aún siendo limitadas, ofrecen mayores garantías que las que brinda el Tratado de Moscú. Eso sería un problema a discutir en detalle. Pero, en ese caso habría que dejar de lado el argumento según el cual el fallo fundamental del Tratado estriba en no englobar la cuestión de las pruebas en un acuerdo total.

La posición de los camaradas chinos está dictada no por una oposición al *carácter concreto de tales o cuales medidas parciales de desarme, sino por la negativa a enfocar la cuestión del desarme como un proceso gradual.* ¿ Cómo explicar si no la tésis, contenida en la Declaración, según la cual las armas atómicas serían como una condición *sine qua non* de la independencia nacional ?

Semejante proposición supone que los camaradas chinos desean o el rearme atómico diseminado o la prohibición total inmediata.

Dada la situación actual, nos parece indiscutible que un acuerdo global prohibiendo las armas nucleares y su destrucción es irrealizable de un solo golpe. Siendo esto asi ¿ qué se puede hacer si no es avanzar paso a paso, aún a riesgo de dejar pendientes problemas fundamentales ?

En cuanto a la convocación de una Conferencia de Jefes de Gobierno de todos los paises nos parece que tal reunión en lugar de simplificar los problemas los complicaría y sería estéril. En semejante cuadro ¿ creen los camaradas chinos que el imperialismo y sus sectores más agresivos y reaccionarios no encontrarían infinidad *de pretextos y aliados* para sabotear todo progreso ?

Los problemas del desarme han adquirido una complejidad extraordinaria y lo más necesario es ir simplificándolos, ir desenmascarando las evasivas, y esto es mucho más fácil, hoy por hoy, si las cuestiones se abordan escalonadamente.

*Hernández Docampo*

*Represión, 1963*

Ya han pasado varios meses desde la mañana en que abatieron la vida física de Julián Grimau las balas de aquel piquete de Wad Ras. Pero aún no se ha extinguido la protesta. Ni en España, bajo su aparente silencio, ni en esas latitudes de extrafronteras que, desde este país inclaustrado, nos parecen, a veces, tan lejanas. Nos lo dicen las renovadas voces de cólera en todos los idiomas, esas calles del mundo a las que se da su nombre y, hoy, ese rapto en Venezuela que sus autores han titulado « Operación Julián Grimau ».

Ocurre así porque esa descarga no sólo hirió la conciencia de un pueblo; fue un atentado a la conciencia de la humanidad.

Fue uno de esos crímenes de postrimerías, con frecuencia los más irritantes y, casi siempre, también los más inútiles. De inútil se le calificó por muchos en su día: 20 de abril. Otros, intentando matizar más, dijimos que respondía a un falso cálculo del dictador. Hoy, a meses vista, podemos comprobar que, efectivamente, el cálculo era erróneo.

¿ Qué se proponía el general Franco — el crimen lleva su sello personal — al decidir el fusilamiento de Grimau ?

En primer lugar, frenar la acción de las masas contra la dictadura. La sentencia capital y la ejecución fueron dictadas tras las huelgas de abril y mayo de 1962: centenares de miles de trabajadores en acción. Fueron dictadas tras una sucesión de manifestaciones estudiantiles, de documentos de protesta avalados por las firmas de los intelectuales españoles más prestigiosos, de conferencias en las cuales al significado cultural se unía el político. Se quiso que la descarga de Campamento diera un alto inapelable a todo eso. Y este objetivo del fusilamiento, probablemente se ha desestimado un tanto en ciertos análisis.

A Franco, hoy ya no le es posible hacer frente a las acciones multitudinarias con aquel método típicamente fascista que consistía

en ejercer un terror a su vez masivo. Sigue empleando procedimientos de represión extraídos del repertorio nazi-mussoliniano-falangista, pero ése ya no es viable. Hace tiempo que ejerce — hasta donde se lo permiten la astenia del régimen y las limitaciones de su aparato policíaco — un terror más selectivo. De ahí el huroneo, por un lado, en busca de grupos organizados de los Partidos de oposición — de la izquierda de la oposición preferentemente — y de trabajadores capaces de encabezar acciones. Y su impotencia, por otro, ante las masas en la calle, ante millares de huelguistas y ante los intelectuales conocidos que manifestan su oposición a la dictadura. Fusilando a Grimau, Franco pretendió intimidar a la masa por la calidad política de la víctima.

Franco se propuso también restablecer, con esta sangre, la línea divisoria de la guerra civil, atar a su persona, con los lazos del crimen, a los grupos políticos que forman la base de su régimen en descomposicón y que hoy, sosteniéndole unos todavía, tolerándole otros simplemente, se reducen, se disgregan, se enfrentan entre sí y, en su mayor parte, se agitan buscando fórmulas de sucesión al poder de Franco que resulten favorables a sus intereses de grupo.

También a eso — consecuencia de lo otro, de la acción de las masas — quiso Franco darle alto con la descarga de Campamento.

En cuanto al primer objetivo, basta con tener presente la actual huelga asturiana — en su 39º día cuando redactamos esta nota, y que no es la única acción de masas librada del 20 de abril acá — para advertir cuan rotundamente ha fracasado.

En cuanto al segundo, ahí está, vivita y voceando, la discusión entre los grupos del régimen acerca del, para ellos, morrocotudo problema de la sucesión. Ahí está en la Prensa, en las salas de conferencias, en los salones de los Consejos de Administración y en los cuartos de banderas el debate permanente sobre los cambios, cada día más insoslayables, sobre su alcance y sus formas. Debate que resurge y se ahonda en torno a las cuestiones más diversas: las huelgas, la viabilidad de los actuales sindicatos, la encíclica última, la entronización del cardenal Montini al Pontificado, la firma del tratado de Moscú y las sombrías perspectivas de un régimen como el de Franco en un mundo en el cual la coexistencia pacífica va comiéndole el terreno a la guerra fría...

Prosiguiendo su empeño de intimidar a las masas por medio de ciertos actos represivos espectaculares, Franco ha ejecutado últimamente a dos jóvenes de filiación anarquista: Francisco Granados Gata y Joaquín Delgado Martínez, acusados de la colocación de

sendos artefactos explosivos en dos centros oficiales de Madrid. En este caso, el dictador ha calculado poder utilizar, en favor de su *propósito, la disconformidad que estos métodos terroristas de lucha* suscitan en la mayor parte de la población española.

Sin embargo, también esta vez el propósito ha resultado fallido. Tras la doble ejecución, la huelga de Asturias ha continuado y se ha extendido a la cuenca minera leonesa; las reclamaciones en las fábricas no han cesado, y el debate — ese debate *sucesorio* que tanto irrita al que ha de ser sucedido — prosigue como antes...

Tal vez, esta nueva barbaridad sólo haya servido para levantar en diversos países nuevas protestas contra un régimen capaz de condenar a hombres a la pena capital sin pruebas, de juzgarlos sin la menor garantía procesal y de ejecutarlos a garrote vil... de darlos una muerte que, a esta altura de los tiempos, envilece no a quien la recibe, sino a quien la decreta.

La oposición — que nosotros compartimos — a los actos terroristas de que se incriminaba a los acusados, y que, por otra parte, éstos *negaron, no ha impedido, pues, un vivo sobresalto de indignación* ante estas incalificables ejecuciones.

Manuel Moreno Barranco era un poeta joven. Quería hablar, decir su cosa o su cosita, para expresarlo con un giro de su tierra. Apenas llegó a decirla. Cuando acababa de abrir la boca le macharon a golpes en una cárcel andaluza. Casi no le conocíamos. Es algo así como el poeta desconocido de ese largo martirologio de poetas, de escritores, de artistas españoles que se abrió con aquella otra descarga de Granada.

Como es sabido, cincuenta intelectuales dirigieron una carta al ministro de Información protestando contra esta muerte. Muerte a garrote también. Garrote a secas. Pero otra característica de los métodos represivos actuales — propia de un régimen sobrepasado, a la defensiva — consiste no en exhibirlos, sino en negarlos. En su respuesta, el titulado, por antífrasis, ministro de Información — una de las *figuras más desairadas de la España oficial, tan fértil* en ellas-declara no hallarse informado. En realidad, su desinformación llega hasta el punto de afirmar que la Policía española no le pone la mano encima a ningún detenido.

Si algún día se hace — que se hará — la antología del cinismo franquista, esta respuesta habrá de insertarse en ella.

Hasta aquí, la acción de los intelectuales contra la represión ha sido importante. Sería miope calibrarla ateniéndose exclusivamente a los resultados concretos obtenidos en cada caso y no por su

resonancia nacional e internacional: o lo que es lo mismo, por su poder de movilización.

Todo indica que esta acción se acrecentará. Contra las detenciones y las violencias policíacas; contra el empleo de tribunales militares en los procesos políticos; por la amnistía. En suma: por la libertad y por las libertades. Asunto general y asunto propio. Pues ya sabemos que las libertades que los intelectuales necesitamos no podrán existir sin la desaparición de todo eso otro...

*Jesús Izcaray*

*Una Encíclica para los hombres de buena voluntad*

Cuando el cardenal Suenens presentó en la ONU la Encíclica « Pacem in Terris », subrayó su alcance y su originalidad con estas palabras:

« El documento pontificial de que os hablaré no tiene precedentes en la historia. Está concebido como una carta abierta al Universo, como un diálogo con todos los hombres de buena voluntad ».

Acaso de aquí emana la singular seducción de esta Encíclica: « Pacem in Terris » es una declaración de confianza en el hombre — creyente o no creyente — y sobre esa confianza levanta toda su arquitectura y lanza un llamamiento a la colaboración de los hombres por encima de sus divergencias ideológicas.

Pero con ser esta la más sensacional novedad de un documento de este rango, no es lo único que explica la audiencia y la resonancia mundiales que alcanzó. Su otra gran virtud — y la que ha dado dimensión histórica al breve pontificado de Juan XXIII — reside en que supo captar la dramática urgencia de « aggiornamento », de puesta al día, que precisaba la acción de la Iglesia Católica.

En efecto, bien pudiera decirse que en los últimos decenios todo cambiaba en torno a una Iglesia inmutable. Desde 1917, el mundo ha experimentado transformaciones más hondas y revolucionarias que las registradas desde la fundación de la Iglesia hasta esa fecha.

Un nuevo orden social, inspirado en las ideas liberadoras del marxismo, se ha instaurado en buena parte de Europa y de Asia y ha colocado su primera bandera en el continente americano: de cada tres habitantes del planeta, uno vive hoy bajo el socialismo.

Africa y Asia, hasta hace poco testimonios de la vergüenza colonialista, son ahora escenario de gigantescas conmociones. Mil

quinientos millones de seres han arrojado ya de sus hombros el yugo colonial.

Entre tanto, asistimos a una revolución técnica no menos espectacular y de incalculables consecuencias para el destino de la humanidad. Para decirlo con las palabras del filósofo marxista Roger Garaudy, « con los stocks de bombas termonucleares actualmente existentes se ha hecho técnicamente posible destruir todo vestigio de vida sobre la tierra; o, por el contrario, destruir todas las formas físicas de la miseria y abrir al hombre un poder ilimitado... mediante la utilización pacífica de esa misma energía ».

Pero, mientras el mundo cambiaba de base, la Iglesia Católica permanecía anclada en posiciones herméticas, ciega a los profundos movimientos históricos que estaban modificando la fisonomía misma de la humanidad, aferrada al espírito de cruzada anticomunista, sorda al clamor de los pueblos.

« No hay necesidad de larga memoria — escribía el Reverendo Padre M. D. Chenu en "Temoignage Chretien" — para recordar el siniestro proceso de intenciones que, allá por los años 50, obstruía miserablemente muchas conciencias cristianas. Un mackarthysmo difuso impregnaba las actitudes y los juicios... Cualquiera que pidiese que la intoxicación de la guerra fría fuese sometida al examen de los datos económicos y políticos; cualquiera que recordase las enseñanzas pontificales contra el rearme y sobre la demanda de una vida internacional sana; cualquiera que condenase el empleo de los ingenios de destrucción masiva y ciega; cualquiera que reclamase la desmistificación del slogan de la « defensa de la civilización cristiana »; cualquiera que denunciase la injusticia social entre clases y entre pueblos como la causa radical y universal de los conflictos; cualquiera que intentara establecer entendimientos por encima de las fronteras nacionales e ideológicas... era denunciado como « neutralista », como cómplice inconsciente de errores perversos, como cándido manejado por el enemigo ».

Y saludando la Encíclica « Pacem in Terris », exclamaba: « Nos hemos liberado, en buena parte, de esta psicósis... ».

Los españoles, católicos o ateos, podríamos ampliar la lista de agravios del Padre Chenu. Desde que el 1 de julio de 1937 el episcopado firmó la Carta Colectiva que caracterizaba la sublevación militar y fascista del 18 de julio como « la fuerza que debía reducir a la impotencia a los enemigos de Dios », el espíritu de cruzada y de guerra civil quedaba consagrado como doctrina militante de la Iglesia española. La sangrienta dictadura de Franco, impuesta

por las armas de Hitler y Mussolini al precio de un millón de muertos, podía presentarse, sin que ninguna voz autorizada de la jerarquía se alzara en contra, como paradigma de Estado católico. Con tales complicidades, la dictadura terrorista de la oligarquía hispana ha podido destruir las libertades cívicas, desterrar de España la Carta de los Derechos del Hombre, explotar de manera inmisericorde al pueblo, torturar y asesinar a sus adversarios políticos...

Los riesgos que para la Iglesia comportaba esta identificación suya con las causas más reaccionarias y antipopulares no se le ocultaron a Juan XXIII. En los países capitalistas, aparecía una Iglesia alentadora de los regímes más odiosos y despóticos; en el mundo excolonial, una Iglesia « misionera », vinculada a las potencias sojuzgadoras; en los países socialistas, una aliada del Bloque Atlántico y de los cruzados del anticomunismo. Todo ello solo podía generar entre las masas la desconfiancia, el escepticismo y, en suma, una crisis de religiosidad que ponía entredicho a las aspiraciones universalistas de la Iglesia Católica.

* * *

Estos son los males a los que la Encíclica del Papa Juan intenta poner remedio, revisando y actualizando la política vaticana en tres cuestiones fundamentales de nuestros días:

1) La primera es la que concierne a los Derechos del Hombre, a la Sociedad y al Estado.

Para cualquier marxista, las limitaciones del pensamiento político vertido en la Encíclica saltan a la vista. Su vuelo se detiene en las formas y soluciones burguesas: en lo social, concede patente de « derecho natural » a la propriedad privada sobre los medios de producción; en lo político, santifica el moderno Estado de democracia burguesa como el « non plus ultra » del desarrollo de la sociedad humana.

Mas, con todo y con eso, « Pacem in Terris » marca un avance notable. Las secretas reservas contra la democracia y las no tan secretas simpatías por los regímenes de tipo autoritario que habían informado las posturas prácticas o conceptuales de la Iglesia bajo el pontificado de Pio XII, son sustituídas por un esfuerzo para alinearse en posiciones democráticas más sinceras, resueltas y concretas. Contemplada desde nuestro país, la carga « subversiva » de la Encíclica es considerable. Desde su aparición, Franco ya no podrá decir que gobierna conforme a las enseñanza de la Iglesia. Bien

al contrario, su «Estado católico» aparece como una tosca impostura en flagrante contradicción con la «moral natural» y los derechos de la persona humana, entre los que Juan XXIII no olvida señalar el de poder elegir a sus gobernantes, definir la forma del Estado e imponer las reglas y los límites del ejercicio de la autoridad.

2) La segunda cuestión es la de la guerra y la paz. Ciertamente, ya Pío XII había consagrado cinco encíclicas a condenar la guerra. Y, sin embargo... Sin embargo, es un hecho de fácil comprobación que tales condenaciones genéricas no impedían a diplomáticos y estrategas atlánticos hablar de cruzadas «en defensa de la civilización cristiana». Con la «Pacem in Terris», Juan XXIII disocia netamente la Iglesia del Bloque Atlántico, condena la política de «equilibrio del terror» y pasa de las lamentaciones abstractas sobre la guerra a la fijación concreta de los medios para salvar la paz. El cardenal Bea, íntimo coloborador del Papa, declara que «las guerras de religión constituyen una aberración», ya que el hombre «tiene derecho a decidir de su destino libremente y según su propia conciencia». El espíritu de cruzada es sustituído por la idea de la coexistencia pacífica entre los dos mundos de sistema social diferente. «La justicia, la prudencia, el sentido de humanidad reclaman, por consiguiente — dice la Encíclica — que cese la carrera de armamentos, reclaman la reducción paralela y simultánea del armamento existente en los diversos países, la proscripción del arma atómica y, en suma, el desarme debidamente efectuado de común acuerdo y acompañado de controles eficaces».

En España, donde la simple enunciación de la palabra paz atrae las sospechas de la policía, «Pacem in Terris» estimulará, estamos seguros, a los católicos a una colaboración más decidida con cuantos estén dispuestos a «no ahorrar ningún esfuerzo para imprimir a los acontecimientos un curso conforme a la razón y a la humanidad».

3) Ligada con la anterior está la tercera cuestión que aborda la Encíclica, acaso la más delicada y, desde luego, la que suscitó en el mundo los comentarios y discusiones más calurosas: la de las relaciones de los católicos con «otros Movimientos históricos», incluído el movimiento comunista [1].

---

[1] Después de la muerte de Juan XXIII, ciertos integristas han intentado torcer tortuosamente el pensamiento del papa, arguyendo que esta parte de la Encíclica no «se refería al comunismo», puesto que no lo nombraba». A este tipo de imputaciones ya había contestado el cardenal Feltin: «Querer referir este

Juan XXIII realiza un noble esfuerzo para abrir el diálogo de los católicos con los hombres de otras ideologías y clausurar lo que ya las Jornadas de Estudios Católicos de mayo de 1962 habían calificado de « era de las condenaciones soberbias » de la Iglesia. En efecto, en vísperas del Primer Concilio Vaticano (1870), Pío IX había lanzado su famoso « Syllabus », anatemizando los « errores modernos » y declarando que el Papa jamás podría « reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna ». En 1937, Pío XI vuelve a las condenaciones, clasificando al comunismo, en su « Divini Redemptoris », como « intrinsecamente perverso ». La Encíclica « Pacem in Terris » inicia la corrección de este vicio maniqueista de anteriores pontificados.

A partir de la distinción clásica entre « el error y el que yerra », avanza un paso más con esta afirmación:

« No se pueden identificar falsar teorías filosóficas sobre la naturaleza, el origen y la finalidad del mundo y del hombre con los movimientos históricos fundados con un fin económico, social, cultural o político, incluso si estos últimos tienen su origen y toman aun su inspiración en estas teorías ».

Y por fin, formula la pregunta ante la que cada católico queda emplazado:

« En la medida en que estos movimientos son conformes a los dictados de la razón y responden a justas aspiraciones del hombre, ¿ quién se negará a reconocerles elementos positivos y merecedores de aprobación ? ».

El corolario del documento pontificial es ya una invitación al diálogo y al entendimiento:

« Puede suceder, en consecuencia, que ciertos contactos en un plano de realizaciones prácticas, que hasta aquí habían parecido inoportunos o estériles, puedan ahora presentar ventajas reales o prometerlas para el porvenir ».

Así sitúa la Encíclica « Pacem in Terris » la cuestión de las relaciones entre católicos y comunistas, cuestión ésta palpitante de nuestros días. Si se considera que durante más de un cuarto de siglo el veto puesto a tales relaciones ha servido en todas partes — y en España con gravísimas consecuencias — para justificar

---

diálogo explícita y exclusivamente a la colaboración con el comunismo, cuando la palabra no ha sido pronunciada, constituye un proceso de intención tan ilegítimo como la ciega obstinación de afirmar, a la inversa, que no se refiere al marxismo ni al mundo comunista ».

toda la política de guerra civil, de cruzada y de estrangulamiento de las libertades democráticas, resulta evidente la importancia que reviste el que los católicos españoles se hagan eco de esta valerosa y sagaz invitación de Juan XXIII.

No en vano contra este punto de la Encíclica centran su fuego los representantes del ala más reaccionaria e integrista del catolicismo.

* * *

Ya habíamos hablado de la carga «subversiva» que porta la Encíclica desde el ángulo visual de la dictatura franquista. No es casual que los católicos españoles hayan tenido que conocer el documento pontifical a través de un texto reducido y burdamente adulterado. Ni es tampoco fortuito que «Pacem in Terris» se esté convirtiendo en la bandera política de la oposición católica. ¿Sería aventurado conjeturar que la Encíclica no pasará sin dejar huella por las manos de las jerarquías eclesiásticas? ¿Les ayudará a curarse de la terrible esclerosis política que les aqueja? En todo caso, parece evidente que después de la Encíclica ningún católico responsable puede seguir actuando como antes de la Encíclica. «Pacem in Terris» ha venido a subrayar con nuevo vigor que en la acción por poner fin al régimen actual y restablecer en nuestro país la convivencia y las libertades que reclama la dignidad humana pueden y deben colaborar creyentes y no creyentes. Existen poderosas razones y felices coincidencias para ese entendimiento, sin que ello implique laxitud doctrinal ni abandono de la libre defensa de la ideología de cada cual. Si católicos y marxistas no podemos entendernos sobre las cosas del cielo, sí podemos hacerlo sobre las de la Tierra.

No estará de más recordar que la política de colaboración y mano tendida a los católicos tiene en el movimiento comunista español añosas raices. España registra el primer ejemplo histórico de colaboración de ambas fuerzas en un gobierno democrático, como fué el Gobierno Autónomo Vasco, constituído en octubre de 1936.

Hoy vivimos una época de rápida expansión de la vida social, política, cultural y técnica; el mundo avanza hacia una ordenación nueva, en la que el hombre dejará de ser medio de lucro para otro hombre y se convertirá en verdadero dueño y señor de la Sociedad y de la Naturaleza.

También para esa perspectiva necesitamos entendernos, poner en juego la pluradidad de energías espirituales y físicas de todos los hombres de buena voluntad, a los que el Papa Juan dirigió su histórica Encíclica.

*Luis Costa*

# Vida y obra ejemplares del escultor Alberto

No hay mejor homenaje el escultor Alberto que el conocer — y dar a conocer — su vida y su obra.

La circunstancia de que, en el verano de 1960, tuviera ocasión de permanecer a su lado durante unos días, me permitió recoger algunos datos concretos acerca de su persona y de sus actividades artísticas. Más que retóricas o exégesis vale ahora la transcripción fiel de lo que de sus labios oí. Helo aquí:

Alberto nació en Toledo, el 8 de abril de 1895, en la calle de Retama número 5, del barrio de las Covachuelas.

Su padre, Miguel Sánchez, era panadero. Su madre, Amalia Pérez, hija de campesinos, había sido sirvienta. Ambos, oriundos de la provincia de Toledo.

Cuando era muy niño, Alberto asistió durante cuatro meses a una escuela de párvulos. Tuvo que abandonar los « estudios » para ponerse a trabajar. Fué, sucesivamente, porquerizo, repartidor de pan y aprendiz de cerrajero.

A los 12 años, Alberto se trasladó de Toledo a Madrid donde ya se encontraba su familia. Entonces todavía no sabía leer. En la capital aprendió el oficio de zapatero. Pasó luego al taller de un escultor-decorador; allí trabajó al principio con gran entusiasmo, porque su ilusión era llegar a ser escultor. Pronto dejó el oficio, pues se dió cuenta de que en aquel taller nunca pasaría de hacer vaciados en escayola. Como en algo había que trabajar, tomó la profesión de su padre.

En 1910, Alberto ingresa en la Juventud Socialista. Allí conoció a un dependiente de farmacia, llamado Jiménez, que empezó a frecuentar su casa por las noches y a darle lecciones de lectura, escritura y algo de cuentas.

En el año 1917, Alberto entró en quintas. Le tocó servir en Africa; fué soldado del Regimiento Mixto de Ingenieros de Melilla.

Permaneció tres años en Marruecos, la mayor parte del tiempo en campamentos.

Antes de ir al servicio militar, Alberto tenía ya algunas nociones de arte, adquiridas en los museos madrileños, de Reproducciones, Arqueológico, y sobre todo en el del Prado.

En Melilla realizó sus primeras esculturas (dos cabezas, una de moro y otra de mora, talladas directamente en piedra).

Cuando pasó al campamento de Assel, Alberto empezó a modelar en barro figuras de moro, después de tomar apuntes del natural.

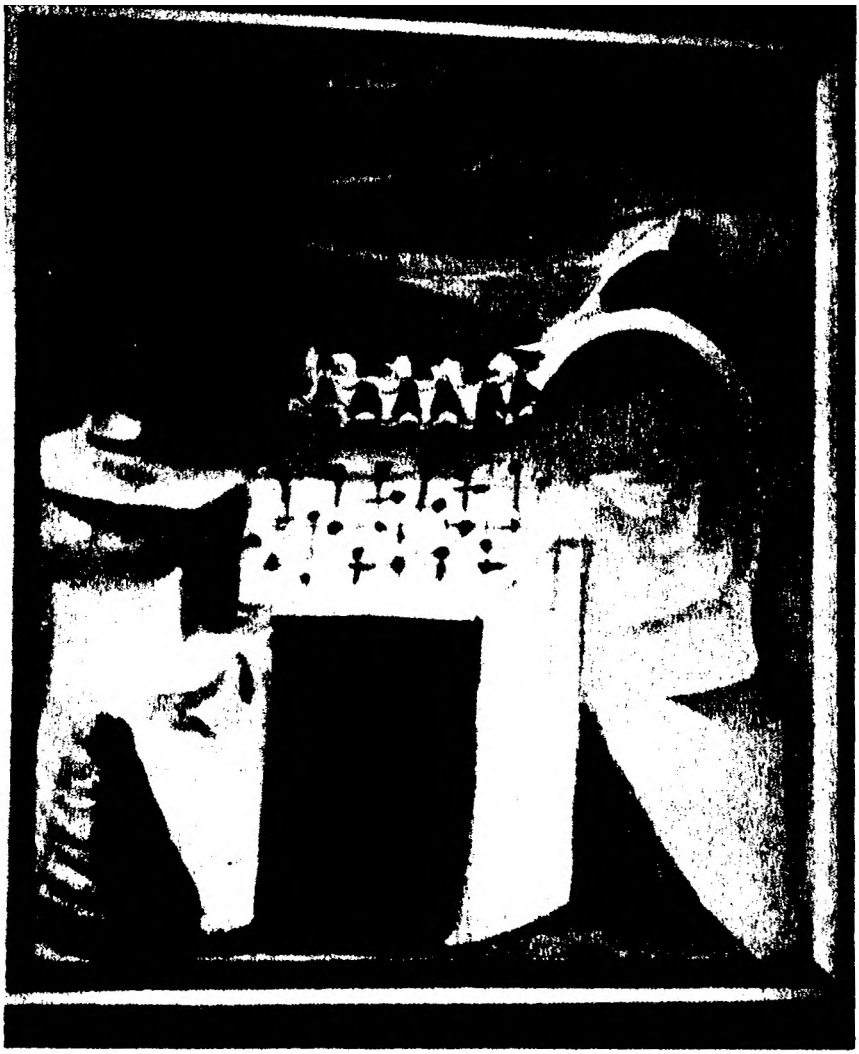
En 1920, Alberto regresa a Madrid. Vuelve al oficio de panadero. Con su trabajo en la tahona, combina sus actividades artísticas. Terminaba su faena a las diez de la mañana; y había días que a las once ya estaba dibujando en el café; sólo dormía ratos sueltos en la tahona, o desde la una a las tres y media de la madrugada.

Entonces comenzó a realizar esculturas de tipos populares, maternidades y algún retrato. Su técnica era todavía primitiva: las cabezas de sus figuras eran muy realistas, mientras los cuerpos los simplificaba, por planos.

Por aquel tiempo vivía en la calle de Miralsol, con sus padres y sus cinco hermanos. Su vivienda era minúscula, y no tenía espacio para realizar sus obras artísticas. Por eso iba a dibujar a los cafés y bares, por las calles y merenderos. Dibujaba con pasión del natural; y con sus apuntes componía estampas de Año Nuevo, escenas de bodas, de entierros, de Nochebuena, cargas de los guardias contra los manifestantes obreros...

Visitaba asiduamente los museos. En el Museo Arqueológico solía detenerse ante las esculturas libéricas del Cerro de los Santos, que tan profundísima huella han dejado en su obra escultórica.

Hacia 1922 conoció en el Café de Oriente (de la Puerta de Atocha) al pintor uruguayo Barradas, con el cual trabó muy pronto estrecha amistad. Alberto apreciaba mucho la gran cultura artística de Barradas. Fúe éste quien hizo que, en 1925, mostrase Alberto algunas de sus esculturas en la Exposición de Artistas Ibéricos. Aquella fué la revelación de Alberto. La crítica se ocupó extensa y encomiásticamente de él. Numerosos intelectuales dirigieron un escrito a la Diputación Provincial de Toledo, pidiendo para Alberto una pensión. Le fué concedida una pensión de 2.500 pesetas anuales, que disfrutó per espacio de tres años, a partir del verano de 1926.



*Paisaje*

*Retrato de Alberto, per Juan M. López Iglesias*

Como de panadero ganaba entonces un jornal de 7,50 pesetas, más un pan (0,55 pts.), la diferencia en sus ingresos era muy poca. Pero ahora ya podía consagrarse por entero al arte. Tenemos, pues, que Alberto a los 31 años pasa de ser obrero manual a artista profesional.

Empieza para él un período de febril actividad. Realiza una serie de esculturas directamente inspiradas en la Naturaleza pero pasadas luego por el crisol de su recreación. Entre ellas cuentan las tan poéticamente tituladas « Volumen que vuela en el silencio de la noche y que nunca pude ver », « Dama proyectada por la luna en un campo de greda », « Pájaro de mi invención, hecho con las piedras que vuelan en la explosión del barreno », « Escultura rural toledana », « Signo de mujer rural, en un camino, lloviendo », « Animal espantado de su soledad ».

El campo de observación de Alberto lo constituían los alrededores de Madrid, sobre todo Vallecas. Sus excursiones se extendían a Guadalajara, Alcalá de Henares, Valdemoro y Toledo.

También realizó en aquel período numerosos paisajes a pluma, como el titulado « Campos movidos en terremoto por la mano del hombre ».

Hacia 1927, Alberto hizo una exposición en el Ateneo de Madrid; allí mostró sus estampas madrileñas (cuadros de costumbres, tipos populares). Hacia 1930 expuso en el mismo lugar, entonces exhibió varias esculturas: « La Internacional » (una pareja de figuras), « El banderillero », « Maternidad », « Monumento a los pájaros ». Acompañaban a las esculturas numerosos dibujos en color (« Diálogo entre pastores », « Bueyes bañándose en el río », etc.); y una serie de dibujos satíricos con el título general de « Tomadores de sol y milagristas ». En esa exposición, Alberto pronunció una conferencia.

Al poco de proclamarse la República, Alberto exhibió su escultura « Macho y hembra », en una exposición abierta en el Retiro (Madrid) por el grupo llamado « constructivistas » encabezado por el pintor uruguayo Torres García.

En 1932, Alberto proyectó los decorados y figurines para « Fuenteovejuna », de Lope de Vega, destinados al teatro universitario « La Barraca », dirigido por Federico García Lorca y Eduardo Ugarte. En el mismo año proyectó dos decorados para el espectáculo organizado por Sánchez Mejías y la Argentinita (el uno para « Las dos Castillas », y el otro para « La romería de los cornudos »).

Hacia 1932, el Museo de Arte Moderno, de Madrid, adquirió

una escultura de Alberto, en piedra tallada, titulada « Maternidad ». Esta obra formaba parte del « Monumento a los niños », presentado por Alberto al Concurso Nacional de Escultura.

En el verano de 1932, Alberto obtuvo una plaza de profesor de dibujo de Instituto de Segunda Enseñanza, en el concurso-cursillo organizado al efecto por el Ministerio de Instrucción Pública de la República. Fué destinado al Instituto de El Escorial, de nueva creación.

En 1936, Alberto muestra algunas obras suyas en las salas de la Exposición Permanente de la Construcción (Madrid). Allí se exhibieron las esculturas « Macho y hembra », « Pájaro de mi invención », « Escultura de horizonte », « Espantapájaros de Madrid », « El hombre del porvenir », y otras.

Al estallar la guerra civil, todas sus obras se encontraban en su nuevo domicilio, de la calle de Joaquín María López. Alberto había contraído matrimonio con Clara Sancha. Como su casa quedó en la zona batida por el fuego enemigo, sus esculturas fueron destrozadas por la artillería. Los soldados del batallón del Sindicato de Artes Blancas, cuyo comisario era don Rubén Landa, director que fué del Instituto de El Escorial, evacuaron los restos de lo que había sido la obra de Alberto. Supervivieron casi sólo los dibujos y los escritos que don Rubén entregó a la Comisión del Patrimonio Artístico Nacional, alojada en la Biblioteca Nacional.

En cuanto comenzó la guerra civil, Alberto empuñó el fusil y marchó voluntario al frente de la Sierra de Guadarrama. De allí pasó al Quinto Regimiento. Más tarde, el Gobierno de la República le envió a Valencia, como profesor de dibujo del Instituto Obrero, recien creado.

Durante la guerra, realizó proyectos de decorados para « Fuenteovejuna », por encargo de una compañía francesa que iba a presentar esta obra en Paris. En aquel período hizo también numerosos dibujos políticos, sociales y líricos. Para los teatros de Valencia proyectó un telón destinado a « La Numancia », de Cervantes; y los decorados y figurines de la adaptación escénica de « Las Germanías de Valencia », hecha por Manuel Altolaguirre.

En 1937, Alberto realizó una escultura monumental, de doce metros y medio de altura, para el pabellón español de la Exposición Internacional de Paris. A esa escultura le puso el título de « El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella ».

Retornó a España en cuanto terminó su misión en Paris. Y a

fines de 1938 el Gobierno republicano le envió a Moscú para que se encargase de la enseñanza del dibujo a los niños españoles que habían sido evacuados a la Union Soviética. Ejerció sus funciones en la escuela número 7, de Moscú.

Alberto desplegó en la URSS gran actividad como escenógrafo. Proyectó decorados y figurines para obras de varios autores: Alexei Tolstoi, Serguei Mijalkov, entre los soviéticos; Cervantes, Lope de Vega, García Lorca, Ramón J. Sender y Cesar M. Arconada, entre los españoles. Actuó como consultor de la película « Don Quijote », dirigida por Kosintsev.

En este período, Alberto ha pintado numerosos cuadros al óleo (retratos, paisajes y bodegones); ha hecho también gran cantidad de dibujos de distintos géneros, al temple, a la acuarela y a pluma.

Desde 1956 hasta su fallecimiento — el 12 de octubre de 1962 —, Alberto se volvió a dedicar de lleno a la escultura. En esta etapa ha realizado más de treinta nuevas obras escultóricas; así también innumerables dibujos.

Hasta aquí, lo que del proprio Alberto he sabido. El espacio ahora disponible no me permite y la falta de ilustraciones me veda el hacer un examen, aunque fuese ligero, de la obra realizada por Alberto. Por otro lado, la entrañable amistad que a él me ha unido ininterrumpidamente durante treinta años, el haber seguido paso a paso, día por día, la gestación de sus obras; las interminables conversaciones que con él he sostenido, tal vez son circunstancias que me hacen difícil juzgarle con ecuanimidad suficiente. Sin embargo, quiero hacer un breve comentario a las notas biográficas que anteceden, aunque éstas sean tan elocuentes a pesar de su apariencia prolija.

Alberto proviene del pueblo español por los cuatros costados. La savia popular ha dado en él espléndidos frutos. Desde muy niño hasta cumplidos los 31 años ejerció distintos oficios. En el trabajo manual aprendió a conocer, y a amar, las cualidades de los distintos materiales; se hizo diestro en el manejo de las herramientas necesarias para darles la forma que el hombre necesita. Estos dos conocimientos — de los materiales y de los oficios — han facilitado y enriquecido sus medios de expresión, su lenguaje plástico, han dado a su obra autenticidad y vigor extraordinarios.

Alberto vibraba ante la Naturaleza. Penetraba en la esencia y el sentido del viento, el agua, la tierra, las plantas, los pájaros, las rocas. De ello ha dejado no sólo numerosas obras de arte sino también constancia escrita, textos líricos algunos de ellos publicados.

Alberto siempre ha sido fiel al pueblo y a la causa de la liberación del hombre. Por muy alto que haya ascendido en la escala de la creación plástica, nunca se distanció del pueblo ni una pulgada. Sirvan de testigos de ello los que le han conocido y tratado.

Pero Alberto no se conformó con ser fiel a su pueblo. Desde muy joven militó en organizaciones obreras, consciente de que no basta sentir, sino que es necesario actuar. En 1910, cuando sólo contaba 15 años de edad, ingresó en la Juventud Socialista.

Alberto nunca dejó de pensar que el verdadero arte es un arte militante. Su actitud y su comportamiento, en este sentido, siempre han sido inequívocos y decididos. Instintivamente, toda su vida desdobló sus actividades artísticas en dos líneas paralelas que se prestaban mutuamente fuerza y calor: por un lado, sus estampas populares, satíricas y políticas, documentos de crítica y denuncia; por otro lado, sus esculturas líricas, exaltación plástica de la Naturaleza. Este desdoblamiento le ha permitido llevar hasta muy lejos la expresión artística de sus pensamientos más íntimos.

Nunca fué Alberto lo que se suele llamar un artista abstracto. Por el contrario, siempre fué archiconcreto. No era dado al razonamiento deductivo, a la concatenación y asociación de ideas. Pero llevaba en la masa de la sangre lo que pudiéramos llamar « asociación de formas ». Sin embargo, nunca fué un formalista. En sus esculturas menos inteligibles a primera vista, siempre eran discernibles las formas naturales — observadas directa y sagazmente en la Naturaleza —, que constituían el fondo, el humus de su creación. Ciertos amantes del naturalismo más elemental, — que no pide del espectador ni esfuerzo ni conocimiento alguno — que sólo pretenden que las obras de arte « parezcan de verdad », no llegaban a dejarse convencer por algunas esculturas de Alberto, que no « parecían de verdad » sino que *eran* de verdad. Estos naturalistas no se fijaban en que Alberto hacía simultáneamente dibujos y pinturas de implacable e inmediato realismo, cuya comprensión no necesitaba exégesis ni preparación cultural alguna.

Pero es que, además, Alberto ha realizado en los últimos tiempos una escultura de excepcional valor en este aspecto. Se trata de la titulada « La bandera del Partido Comunista de España », creada con ocasión del cuarenta aniversario de la fundación del partido al que Alberto orgullosamente pertenecía hace años. En esta escultura se conjugan formas plásticas creadas por el artista con su torrencial imaginación y elementos figurativos incontestables, evidentes, de directa y arrebatadora fuerza revolucionaria: esa mujer

del pueblo español que enarbola una bandera no necesita explicaciones.

Alberto nunca cedió ni un milímetro en sus principios, tanto artísticos como políticos. Sabía muy bien la responsabilidad y el honor que representa el vivir en la Unión Soviética. La estancia en la U.R.S.S. ha sido beneficiosa para Alberto, pues aclaró y fortaleció más en él sus convicciones artísticas y político-sociales. Le permitió conocer de cerca al admiranble pueblo soviético; acrecentó su experiencia de la Naturaleza con sus observaciones del paisaje y de las formas plásticas de la Rusia Central, Bashkiria y Crimea, de lo cual ha dejado reflejo original en varias de sus pinturas y esculturas.

Alberto no sentía la manera de ver la escultura y la pintura que prevalencía en la U.R.S.S. en el período del culto a la personalidad. Por eso rehusó los encargos de esculturas que se le hicieron entonces; y se dedicó principalmente a la escenografía, terreno en el que aprendió mucho de la Unión Soviética.

Y sin que nadie — ni antes ni después — le presionase ni le pidiese cuentas de sus actividades artísticas, pasado el XX Congreso del P.C.U.S., Alberto volvió de lleno a su escultura. En 1959 se abrió en Moscú una exposición de paisajes, retratos, bodegones y decorados de Alberto.

Nunca le interesó a Alberto exponer sus obras. Y menos, venderlas. Vivía, modesto y libre, absorbido por su arte, con y para su obra. He presenciado más de una vez la escena de alguien que pretendía comprarle alguna escultura; y las disculpas y subterfugios de Alberto para no desprenderse de ella.

En general, cuando se le hablaba de organizar una exposición de sus obras, no mostraba el menor entusiasmo. En seguida desviaba la conversación. Y como si no tuviera nada que ver con ésta, decía: «Lo que me gustaría sería hacer una escultura para un jardín de Moscú».

La vida de Alberto ha sido limpia, ejemplar por su humanismo, su desinterés, su honestidad y su elevadísima moral. Alberto ha sido fiel hasta la muerte a su arte, a la causa del pueblo español, fiel a la causa de los trabajadores del mundo.

Todos los que le hemos conocido, los que sabemos algo de él, los que poseemos algún dato de su vida, alguna obra o escrito suyos, tenemos el deber de dar a conocer lo que ha dicho y hecho este gran artista, este gran español y este comunista ejemplar.

Octubre, 1962 *Luis Lacasa*

# Palabras de un escultor [1]

Me dicen: la ciudad. Y yo respondo...: el campo. Con las emociones que dan las gredas, las arenas y los cuarzos; con las tierras de almagra alcalaínas, oliendo a mejorana, entre vegetales de sándalo, con las hojas secas de lija, y un arroyo de juncos con puntos de acero galvanizado, con las tierras de alcaén de la Sagra toledana y los olivos, de tordos negros cuajados; también un sapo venenoso saltando perseguido de lombrices... que a todo ello lo mojen las lluvias y el sol lo vuelva cieno; que todo tenga olor de tormentas y de rayos partiendo higueras; que me vuelva verde de légamo el picotazo de un mosquito; que hagan al cieno sonido, los murciélagos en las erosiones del tiempo, y al atardecer, en otoño, con una gigantesca nube y el cielo negro... Y cuando, salpicado de barro, voy pisando los negros abismos y un ala misteriosa roza los oídos, ver y sentir la noche cerrada en durísima y trepidante tormenta, guiado por las líneas blancas de los rayos, seguido de lechuzas, mochuelos y cornejas cantando, y el viento cortando mis pasos. Que mi aturdimiento me haga caer por los barrancos; que de levantar y caer, el cuerpo se convierta en barro; presentir que voy a ahogarme en la profundidad del cieno, y en su fondo, a encontrarme los reptiles de los sueños; que la silueta gigantesca de un fantasma en forma de perro negro, me salga al paso, que forme círculos y triángulos alrededor de mi figura de barro y que de ladridos por tres veces se llene el espacio; que la impresión sea tan grande que me transforme en terrón de tierra de barbechos mojados.

Que de aquí en adelante no sea más que un terrón de castella-

---

[1] No me guía en estos momentos el propósito de polemizar en cuestiones de arte, por considerar que los múltiples problemas de orden económico distraen a los hombres de toda atención espiritual; doy estos fragmentos de un libro en preparación por creer que es lo que más puede aclarar el campo en que yo me sitúo para crear las formas plásticas.

nas tierras; que el terrón sea de tierra parda en invierno, con rojo viejo de Alcalá, con amarillo pajizo y matas de manzanilla de Toledo; que tenga también blanco de luna de Pantoja y Alamada con tierra de pardillo y sabor de tostadas almendras con verde de arcilla, lunático, cuajado de flechas de las espigas de lobo; que mi tierra sea envuelta de olores de tomillos y cantuesos; que me den calor los conejos y las liebres; guardado de árboles, de majuelas con tomillos y esbeltos tallos de hinojo y tener por novia los montes de Añover de Tajo.

Y que el viento del amanecer levante el polen de todas las tierras de Castilla, y a mi novia Monteañover le ponga florecitas de hierba-piedra, con lunares de paja-pajaritos; que cante como la valdellana, el coli-rubio y el pica-fríos.

. . . . . .

Esculturas de los troncos de árboles descortezados del restregar de los toros, entre cuerpos de madera blanca como huesos de animales antediluvianos, arrastrados por los ríos de tierras rojas, y figuras como palos que andan envueltos en mantas pardas de Béjar, tras sus yuntas que dibujan surcos; cuerpos curvados que avanzan con medias lunas brillando en sus manos; hombres que se bañan sudando y se secan como los pájaros, restregándose en las tierras polvorientas, con el aire que lleve polen y olor de primeras lluvias, vida rural que se meta en mi vida, como un lucero cruzando el espacio; luz que aclare los sentidos, de los que anima a los cerros con carrascos, con vidas de piedra, con alma de bueyes y espíritu de pájaro; también los machos y las hembras, sobre los montes trazados en cono, con espartos y tomillos; y bramando como el toro cantado por el cuclillo al sol del mediodía, en verano.

. . . . . .

Quisiera dar a mis formas lo que se ve a las cinco de la mañana. En campos de retama que cubre a los hombres con sus frutos amarillos de limón candealizado y endurecido, y suave como bolitas marfileñas; con olores que llegan de lejos a romeros y cuantuesos, olivares y viñedos, y por los tomillos que voy pisando, entre las varas durísimas y flexibles de cornicabra; y yo cantando, entre barrancos llenos de ajunjeras con hilos de manantiales que brillan profundamente con verde berro.

Música de ranas y ruidos de pájaros entre las altísimas piedras, con un lejano voltear de campanillos ermitaños, a las cinco de la mañana, en verano; con rayas dibujadas y esmaltadas de hierbas, tierra y piedras, por las pisadas de los caminantes solitarios, por los caminos cubiertos de formas de grandes piedras labradas por el tiempo y equilibradas como está la piedra del rey moro en Toledo.

. . . . . .

Una plástica vista y gozada en los cerros solitarios, con olores, colores y sonidos castellanos, que se dan en los 365 días del año, con troncos de olivos como hueso azul-blanco de metal enmohecido y empavonado, con astillas arrancadas de sus troncos por las furias del tiempo; cerros pelados, refugio de escorpiones, salamandras y lagartos, con escarabajos peloteros luchando con las hormigas pequeñas; cerro trazado y geometrizado por los bichos que se arrastran y por las líneas negras, continuadas, del ir y venir de las hormigas trabajando, y por los caminos que dejan las pezuñas de los ganados pastando; con los viñedos asesinados por la maldita filoxera, roídos por las cabras y los parásitos sin nombre, con piedras calizas fosforescentes, que brillan como luceros de junio y pedernales destruídos por las explosiones del tiempo, con pieles abandonadas de culebras y víboras, sobre las vegetaciones secas.

Y todo arrasado por los saltamontes, langosta castellana; matas de tomillos quemadas por el hielo y calcinadas por el sol de los veranos; todo arrastrado por torrenteras y grietas en las lluvias continuas de tres meses.

. . . . . .

Esculturas plásticas, con calidades de pájaros, que anuncian el amanecer con sonidos húmedos de rocío, y nubes largas, aceradas, sobre las nieblas del espacio, en invierno, con ladridos de perros de majada y humos de estiércol quemados con paja; matas flexibles de hinojo, en limpias arenas blancas, en arroyos solitarios con amarillo de rastrojo castellano; el amarillo que al tocarlo, ruraliza sensualmente el alma, llenándola de frío, con el temple de los gigantescos truenos, con la danza incandescente de rayas blancas lanzadas por mis manos contra el suelo.

Formas hechas por el agua y el viento en las piedras que bien equilibradas se quedaron solas, a lomos de los cerros rayados y

excrementados por las garras y picos de pájaros grandes. Formas de vibraciones de hojas de caña a las orillas de los ríos, formadas y entrelazadas con las finas varas de taray; y las que lo estén con piedras de los volcanes, taladradas de silbidos de los grandes y continuos vendavales, oliendo a azufre petrificado con calidad de azul de cuervo negro, proyectado en los charcos como jirones de cielo; y las que cantan eternamente con sonidos broncos horizontales, curvadas de espumas en llamas, blancas de hielo, salpicadas y estrelladas en las mismas superficies bajas de su proprio y fresco manantial; y las que están hechas de presentimientos del cantar de la lechuza, mochuelo y corneja, en las torres de los pequeños pueblos de adobe y cal y paja, en las noches interminables, negras como pizarra carbonizada, y cuando perdido por los caminos, al son de las formas gigantescas de piedras que ruedan y se despeñan y lloviendo, entro en el pueblo guiado por la línea blanca del rayo.

*Alberto*

*El escultor Alberto*

Hace doce años, aproximadamente, nos reuníamos en el salón-café del Círculo Socialista del Sur Alberto y yo; este café — salón de reunión — taller nuestro, estaba siempre abarrotado — sillas, mesas, paredes — de dibujos. En este taller planeamos la construcción de una Casa del Pueblo monumental, audaz y alegre. Alberto, entonces con grandes aspiraciones de arquitecto, trazaría los planos, y yo haría la ornamentación; no delineamos de una manera concreta su tipo. Yo proyecté la decoración, a la que adaptaríamos la fábrica. Alberto, como el loco de Hoffmann, pensó cuatro torres cuadradas, de masas cerradas, que arañarían la capa de cristal del cielo. Aquellas torres se llamaban del optimismo, la primera: faro potente para iluminar la ciudad los días de nuestras fiestas, fiestas de vida nueva que también queríamos inventar; la segunda, reloj de cuatro esferas medidoras del tiempo, horario y atmosférico, y de la actividad del trabajo, con un carillón de tantas combinaciones como días había al año; la tercera, estación transmisora y receptora, para radiar y recibir del mundo su pensamiento y acción, y la última, bocina circular, gritaría las conferencias, los conciertos y los avisos del Consejo Central. Esta Casa del Pueblo, de miles de secretariados, desde dónde se dirigirían los gremios de España, tendría salones ,amplios como naves de catedral, para reuniones; teatros, bibliotecas, salas-museos de pintura y escultura y museos profesionales; talleres, escuelas, campos de deportes, cafés y restaurantes. Tres materiales utilizaríamos en su construcción: piedra blanca, acero y cristal. Este respondía a un impetu juvenil, a una fe en nosotros mismos y en el triunfo de la idea nueva.

Aquellos tiempos ya están lejos; los niños se han hecho grandes; pero la juventud imaginativa y la idea persisten, y Alberto producirá un día su « monumento a los mecánicos » y « el albañil » de

cemento pintable, revoco de los días de fiesta, y yo pintaré mi « friso de los oficios ».

Desde aquella edad, diecisiete años nuestros, hemos estado siempre unidos en el trabajo y en la aspiración. Yo pude cambiar antes el taller de mecánico por el de pintor; él ha seguido siendo panadero. Sin embargo, este restardamiento para apartarse del horno, para perder su cualidad de Satán blanco, le ha afianzado en si mismo y le ha templado el espíritu para ganar todas las batallas futuras. Porque Alberto no sabrá nunca del desmayo, que es el vencimiento de los hombres sin fe, y su ruta será ascendente, no en el orden de preocupación material, eso no le interesa, y su obra tendrá un futuro perenne.

Alberto nació panadero; su padre, sus hermanos lo son. En Toledo, siendo niño, un día y otro día, montado en las ancas de un caballo, pasaba los puentes de Alcántara y San Martin para repartir el pan por los pueblos colindantes; no amanecía, cuando su figurilla menuda, Quijote de Liliput, mosquito empinado sobre el lomo del jaco, quedaba clavada en el espejo de las aguas del Tajo, que le veía subir a los cigarrales o perderse en la vega. El pan tostado, de oro, se repartía solo, para no despertar al caballero de su ensueño ante la contemplación de los dientes negros de la sierra, las jaimas árabes de las viviendas toledanas, al perder sus miradas en las vegas de verde sucio, peinadas en bandós, con la raya en medio de las interminables carreteras castellanas, o al contar una a una las luececillas de los fuegos fatuos, que le seguían, alumbrándole cuando la luna se apagaba; otras veces, cogido del ronzal, guiaba la reta de un carro quejumbroso y lento, con el que su padre recogía el trigo para moler y convertir en pan de oro, que al otro día, con el jaco y serón, Alberto sembraba por las casas de labor de la sierra y de la vega. El volcán sensorial le llevó a una escapada de casa y se hizo cerrajero. Abajo, en las convachuelas, aprendió a manejar el macho y a tirar del fuelle, y entonces turvo su primer ensueño de arte: pensó modelar, fundir, forjar grandes entrelazadas de hierro en puentes gigantes de enrevesada estructura, y pensó una fuentecita sensorial de volutas y agujas de metales varios, en que se posasen a beber: con los ojos, los hombres; con la lengua, los buyes; y con el pico, los pájaros, que cruzarían y recruzarían por entre el calado de encaje español que a golpe de martillo él tejería; así, unos meses, y luego vuelta al infierno del horno, que tardaría en abandonar.

Mucho después, un día, esto era el año de 1915, nos encontramos Alberto y yo dueños de una suma fabulosa de dinero, ¡ treinta

duros! Aquel momento lo creímos el de nuestra liberación; hicimos la ruta, y una tarde bajamos del tren en la estación del Rocío, en Lisboa. ¡Que días aquellos de la primera bohemia! Cuántos, alimentado el cuerpo con un trozo de pan de a un «viuten», paseábamos nuestra ilusión por el puerto, por el chiado, dibujando siempre: «as vendedoras», «os marinhos», «as meninas», y otros, triunfadores, los que colocábamos trabajos al librero Abrante o al periodista Buralha, nos banqueteábamos en el «Suizo Pequenho» y alargábamos nuestro campo desde San Pedro Alcántara a Belén por el Museo das Chanelas Verdes para terminar las noches en los conciertos de la avenida da Liberadade o con los cantadores de fados en Santarem. Alberto no volvería a ser panadero; yo no trabajaría más de mecánico.

A nuestra vuelta, yo tuve suerte; pude salir al extranjero a estudiar arte; él volvió a su antiguo puesto de Satán blanco.

Algunas cartas recibí de él durante mi viaje; la primera, fechada en el campamento militar de Assel, en Africa: «Estoy de ingenieros, y casi bien; he hecho una exposición de tipos moros, esculturas, dentro de una tienda de lona y la ha inaugurado el general Jordana con los generales Aizpuru y Monteverde; el ranchero me ha festejado con una cazuela de arroz con leche, y con canela ha escrito mi nombre encima: ¡Viva Alberto!». Otra, la única, escrita en Madrid: «He conocido a Barradas y vamos a exponer juntos», y nada más.

Y nada más, porque Alberto es tan seco de palabras como de cuerpo.

Al final de la primavera pasada hizo Alberto su primera salida al campo de las exposiciones; fue la figura destacada en el certamen de los artistas libéricos. Sus esculturas, resueltas en el más puro estilo lineal, hicieron dar la campanada de atención a la crítica, y quedó, de un modo sincero, colocado en el mejor sitio del campo; con dibujos que entonces presentó, y algunos otros, hace esta segunda exposición en el salón del Ateneo de Madrid.

Dos cosas me impiden juzgar los dibujos de Alberto: la primera, la imposibilidad de decir de él más de lo ya dicho por el más seguro calificador de arte que hoy tenemos en España, «Juan de la Encina»; además, ni por un momento quiero moverme en el terreno de la crítica, pues mi acción es, lápiz como lanza, pincel como espada, exclusivamente de pintor; y segundo, que la amistad que me une al expositor no me dejaría trazar unas líneas serenas, y

sus virtudes y defectos se ligarían en los puntos de mi pluma, con perjuicio del lector, que quedaría con el espíritu confuso.

Hemos sido dos líneas paralelas en la vida; las paralelas persisten en el Arte: el punto de partida fue uno para los dos; el de llegada será también el mismo; idénticas rutas, los mismos motivos manejamos, el mismo espíritu nos mantiene, la misma pasión sensorial nos guía; he acuí otro motivo que me impide hablar de Alberto: equivaldría a hablar de mi mismo.

Sin embargo, yo creo deber al lector una ruta para la visita de esta exposición. Sus apuntes, de trazo ágil, enérgico, manchados ligeramente a la manera japonesa, a veces pasan de la emoción de la vida que copia, dándoles la intensividad nerviosa de lo que debe ser el dibujo del natural: no el individuo como se ve; el individuo como es. Su mística, dibujos del natural pensado: « La casa de vecindad », « El hospital », « Los pierrots », están detrás del arte de trasguerra germanorruso; ruso de Chagall, germano de Kokoska, de paso atrás a buscar nuevamente la esencia del arte en el gótico maravilloso, plástica no estudiada hasta el « puñetazo en el ojo » dado al arte europeo por Pablo Picasso. Alberto, panadero, no ha tenido que volver atrás a través de los libros. Alberto, panadero, ha marcado su ruta instintivamente; le ha bastado para llegar a la « mística » su formación en el trabajo diario, viendo y copiando el gesto y el espíritu de los hombres del taller. Y por último, sus dibujos para esculturas. Muchas veces, acompañados de otro pintor español, Barradas, hemos hablado de interpretaciones en las líneas nuevas de los nuevos edificios de acero y cemento, futura geometría ciudadana en nada parecida al pasado; del nuevo color en las ciudades, en que no será la luz del sol la formadora de su iris, sino los humos y la energía eléctrica; de una extraña psicología y un extraño color físico. ¿ Cómo será entonces la interpretación de este mundo en volumen ? No lo sabíamos afirmativamente, pero pensábamos que la estatuaria sería de conceptos lineales agudos, de masas cúbicas amontonadas, y Alberto ha iniciado por este camino su producción; y henos con una escultura geométrico-mística, que no afirmo sea la futura plástica, pero sí creo responde al momento mecánico que se comienza.

*Francisco Mateos*

(25 de febrero de 1926)

*El escultor Alberto*

La muerte de Alberto Sánchez en Moscú no sólo me trajo el súbito dolor de perder a un gran hermano sino que me causó perplejidad. Tolo el mundo pensé, menos Alberto.

Esto se explica por la obra y la persona de quién ha sido para mí el más extraordinario escultor de nuestro tiempo.

Poco después de los años veinte, los primeros veinte de nuestro siglo, comienza Alberto a producir su escultura ferruginosa con piedra y hierro. Pero también él mismo con su largo cuerpo flaco y su rostro seco en que aparecía la osamenta audaz y poderosa, era una escultura natural de Castilla. Era por fuera este gran Alberto Sánchez enteco y pedregoso, huesudo y férreo, como uno de esos esqueletos forjados a la intemperie castellana, tallado a sol y frío.

Por eso su muerte me pareció contraria a las leyes naturales. Era uno de esos productos duros de la tierra, un hombre mineral, curtido desde su nacimiento por la naturaleza. Siempre me pareció uno de esos árboles altísimos de mi tierra que se diferencian muy poco del mineral andino. Era un árbol Alberto Sánchez, y en lo alto tenía pájaros y pararrayos, alas para volar y magnetismo tempestuoso.

Esto no quería decir que nuestro gigantesco escultor fuera un hombre monolítico, empedrado por dentro. En su juventud fué por oficio obrero panadero, y en verdad tenía un corazón de pan, de harina de trigo rumoroso. Por cierto que en muchas de sus esculturas, como lo hiciera notar Picasso se le veía el panadero: alargaba las masas y las torcía dándoles un movimiento, una forma, un ritmo de pan, popular, como esas figuras que se hacen en los pueblos de España con formas de animales y pájaros. Pero no solo la panadería se mostraba en su obra. Cuando yo ví por primera vez, en casa de Rafael Alberti el año 1934, sus esculturas, comprendí que allí estaba un gran revelador de España. Aquellas obras de forma ardiente-

mente libre tenían incrustados trozos de hierro, rugosos guijarros, huesos y clavos que asomaban en la epidermis de sus extraños animales. « Pájaro de mi invención », recuerdo que se llamaba uno de sus trabajos. Allí lucían estos fragmentos extraños como si fueran parte de la piel hirsuta de la llanura. La arcilla o el cemento que formaban la obra estaba rayada y entrecruzada por líneas y surcos como de sementeras o rostros campesinos. Y así, a su propria manera, con su estilo singular y grandioso, nos daba la imágen de su tierra que él amó, comprendió y expresó como ninguno.

Alberto venía muchas veces a mi casa en Madrid antes de que se casara con la admirable y querida Clara Sancha. Este castellano tenía que casarse con una mujer clara y sanchezca. Y así sucedió hasta ahora, en que Clarita se ha quedado sin Alberto y sin España.

Por aquel entonces y en Madrid, Alberto hizo su primera exposición. Solo un artículo compasivo de la crtical oficial lo ponía en la trastienda de la incomprensión española, en la cual como en una bodega, se amontonan tantos pecados. Por suerte Alberto tenía hierro y madera para soportar aquel desprecio. Pero lo ví palidecer y también lo ví llorar cuando la burguesía de Madrid escarneció su obra y llegó hasta escupir sus esculturas.

Vino aquella tarde a mi domicilio en la Casa de las Flores y me encontró en cama, enfermo. Me contó los ultrajes que diariamente hacían a su Exposición. Su realismo fundamental, que va mas allá de las formas, la violencia de su revolución plástica, a la que parecían incorporarse todos los elementos comenzando por la tierra y el fuego, el colosal poderío, el asombro vuelo de su concepción monumental, todo esto lo llevaba hacia una forma aparentemente abstracta pero que era firmamente real. Sus mujeres eran otras mujeres, sus estrellas estrellas diferentes, sus pájaros eran aves que él inventaba. Cada una de sus obras era un pequeño planeta que buscaba su órbita en el espacio ilimitado de nuestro pensamiento y de nuestro sentimiento y que entraba en ellos despertando presencias desconocidas.

Creador de fabulosos objetos que quedaban formados misteriosamente como la naturaleza forma las vidas, Alberto nos estaba entregando un mundo hecho por sus manos, mundo natural y sobre-natural que yo no sólo comprendí sino que me ayudó a descifrar los enigmas que nos rodean. Era natural que la burguesía de Madrid reaccionara violentemente en contra suya. Aquellas gentes atrasadas habían codificado el realismo. La repetición de una forma, la mala fotografía de la sonrisa y de las flores, la limitación obtusa

que copia el todo y los detalles, la muerte de la interpretación, de la imaginación, y de la creación, eran el tope a que había llegado la cultura oficial de España en aquellos años. Era natural que el fascismo surgiera por allí cerca, enarbolando también sus oscuras limitaciones y sus marcos de hierro para someter al hombre.

Aquella vez me levanté de mi lecho de enfermo y corrimos a la sala desierta de la exposición. Solos los dos, Alberto y yo, la desmontamos, muchos días antes de que debiera terminarse. De allí nos fuimos a una taberna a beber áspero vino de Valdepeñas. Ya rondaba la guerra por las calles. Aquel vino amargo fue interrumpido por algunos estampidos lejanos. Pronto llegó la guerra entera y todo fué explosión.

Como campesino de Toledo, como panadero y escultor, apenas llegó la guerra, Alberto dio todo su esfuerzo y su pasión a la batalla antifascista. Llamado por su gran amigo el arquitecto Luis Lacasa, el escultor Alberto con Picasso y con Miró hace la trinidad que decoró el pabellón de España republicana de 1937, en París. En esa ocasión vimos llegar de manos de Picasso, recién salida de su horno incesante, una obra maestra de la pintura universal, «Guernica». Pero Picasso se quedaba largo tiempo distraído mirando a la entrada de la exposición una especie de obelisco, una presencia alargadísima, estríada y rayada como un cactus de California y que en su verticalidad mostraba el acendrado tema que siempre persiguió nuestro gran Alberto: el rostro arrugado y lunario de Castilla. Aquel Quijote sin brazos y sin ojos, era el retrato de España. Levantado verticalmente hacia el combate con todo su seco poderío.

Jugándose la suerte con su patria Alberto fué exilado y acogido en Moscú y hasta estos días en que nos ha dejado trabajó allí con silenciosa profundidad.

Primero se sumergió durante el acerbo último tiempo de Stalin en el realismo. No era el realismo de la moda soviética, de aquellos días atormentados. Pero él hizo espléndidas escenografías. Su presentación del Ballet de los Pájaros es una gran obra, inigualada, encontrando él la mágica belleza vestimental de los pájaros que tanto amó. También logró entregar al Teatro Gitano espléndidas visiones para las obras del teatro español. Y aquella voz que surge en el film «Don Quijote» cantando algunas viejas canciones que dan gran nobleza a este film extraordinario, es la voz de Alberto, que seguirá cantando allí para nosotros, es voz de nuestro Quijote que se nos ha ido.

Pintó también numerosas obras. Nunca había pintado al óleo

en España y aprendió en Moscú a hacerlo para consumar su realismo. Se trata de naturalezas muertas de gran pureza plástica, hermosas y secas de materia, tiernas en su apreciación de los humildísimos objetos.

Este realismo zurbaranesco en que en vez de monjes pálidos dejó Alberto pintados con exaltación mística ristras de ajos, vasos de madera, botellones que brillan en la nostalgia de la luz española, estos bodegones son cumbre de la pintura real y alguna vez el Museo del Prado los ambicionará.

Pero he dicho que aquella época encontró a Alberto recién llegado a Moscú y recibido en plena confraternidad y cariño. Desde entonces amó apasionadamente a la Unión Soviética. Allí vivió los infortunios de la guerra y la felicidad de la victoria. Sin embargo como esos ríos que se entierran en la arena de un gran desierto, para surgir de nuevo y desembocar en el océano, solo después del XX congreso Alberto volvió a su verdadera, a su trascendente creación.

Allí quedan en su taller del barrio de la Universitad de Moscú en donde vivía feliz estos últimos años, trabajando y cantando, muchas obras y muchos proyectos. Constituyen su reencuentro con su propria verdad, y con el mundo que este gran artista universal contribuyó a crear. Un mundo en que las más ásperas materias se levantan hacia la altura infinita por arte de un extraordinario espíritu inventor. Las obras de Alberto Sánchez, severas y grandiosas, nacidas de la intensa comunicación entre un hombre y su patria, criaturas del amor extraordinario entre un gran ser humano y una tierra poderosa, permanecerán en la historia de la cultura como monumentos erguidos por una vida que se consumió buscando la expresión más alta y más verdadera de nuestro tiempo.

*Pablo Neruda*

# Critica

## *Revista de Occidente*

El mes de Abril pasado salía a la luz la Revista de Occidente. Un cuarto de siglo de silencio venía así a romperse. Lo que fué una plataforma de discusión e información de los medios intelectuales en los años que precedieron la guerra civil, volvía a emerger de la « ciénaga inmensa ».

Cuatro números tenemos entre manos, y saludamos la labor desde estas páginas. Por muy difícil que sea poner etiquetas sobre materiales tan complejos y contradictorios incluso, bien podemos decir que la Revista de Occidente, sobre todo en esta segunda época, aparece como una empresa de carácter « liberal ». Pues bien el liberalismo español ha encontrado en esta coyuntura histórica un resquicio por el que pasar.

Los marxistas valoramos en lo que vale y representa esta reaparición, ya que no hemos olvidado las palabras que el Caudillo pronunciara el 19 de abril de 1937, quien explicando el contenido de su Cruzada la definía como « la lucha de la España ideal contra la España bastarda, afrancesada y europeizante (!) *de los liberales* ». Los liberales formaban parte de la hidra famosa.

Esta resurrección del pensamiento liberal, o del esfuerzo liberal por darse un pensamiento, representa un resquebrajamiento del frente ideológico fascista. Algunos quizá sientan la tentación de no ver en el hecho que comentamos sino una maniobra, una de las facetas de la maniobra de « liberalización » franco-fraguista. Lo es, en efecto. Que se permita salir a la calle la Revista de Occidente entra, por un lado, en ese juego. Lo que no impide que en esa táctica de repliegue, de « retirada elástica », la dictatura haya abandonado algunos centímetros de terreno, intentando, claro está, asimilar, llegar

a compromisos con determinados sectores de la *oposición*, cubrir uno de sus flancos.

Elementos contradictorios que son de tener en cuenta, no tanto por nosotros, comunistas, cuanto por los hombres que salen con la R.O.

Desde nuestro punto de vista pesa más el aspecto positivo de repliegue de la dictatura que, en descomposición, sacudida por las transformaciones que sufre el equilibrio de fuerzas en España y en el mundo, busca compromisos que hubiera rechazado cuando era más fuerte. Tengamos en cuenta, por otro lado, que un régimen fascista dificilmente asimila, sin envenenarse, formas de pensamiento democrático, por muy tímidas que sean.

Por otra parte, en la medida en que el frente intelectual antifranquista se ensancha, nosotros nos alegramos por dos razones intimamente conexas: en primer lugar, la vida intelectual irá tomando poco a poco el carácter pluralista que objetivamente tiene, en cuanto reflejo de una estructura social contradictoria. En cierto modo ese salir a flote de tendencias y puntos de vista hasta ahora reprimidos, es una victoria de la realidad española. *La verdad es revolucionaria, no lo olvidemos.*

Por otro lado sabemos que la liquidación de la dictatura, en todos sus aspectos y niveles — ideológico, político, socio-económico — pasa por un proceso de reactivación de toda una serie de fuerzas y capas sociales, cuyos objetivos son distintos, pero la dinámica de las cuales les obligará a abrirse paso arrancando pedazos del armazón fascista y en choque, cada vez más claro, contra él.

La diversificación de la vida intelectual española representa una adquisición frente a la uniformidad fascista, y las primeras brechas preparan ulteriores ensanches.

A nadie se le oculta que el pluralismo de que hablamos es, en si y por si, un principio de *Crítica*. Y esto es asi aun cuando la Crítica sea indirecta.

Pero hay otro aspecto de no menor interés. La R.O. aparece como una resurrección de la España « bastarda » y *tambien* como un cauce al que vienen a parar productos que se desgajan del aparato intelectual franquista. En este sentido la R.O. actua como un disolvente y como un *cuadro que acelera la descomposición, en tanto que centro de atracción para elementos que, tras un proceso de esclarecimiento — largo a veces — abandonan* el andamiaje ideológico

franquista. ¿ La presencia del Sr. Maravall en el sumario del número 4 no es una prueba de lo que decimos ? [1].

Y vayamos a algunas observaciones más concretas.

*Intelectual y Politica*

Como es imposible reseñar uno por uno los trabajos aparecidos, vamos a limitarnos a tratar de algunos de ellos, especialmente los que apuntan *en direcciones que son características dentro del sector liberal orteguiano,* señalando tambien como aparecen *contradicciones flagrantes* con otros sectores de un liberalismo más democrático y decidido. Luego mostraremos que las divergencias que existen en el seno de la R.O. tocan a terrenos mucho más profundos, como el de qué se entiende por actividad intelectual, grave cuestión, sobre todo entre « élites intelectuales ». Las conclusiones más generales las sacaremos al final.

En el Propósito que abre el número 1, leemos que la Revista se situa « de espaldas a toda política, ya que la política no aspira nunca a entender las cosas ». Palabras de Ortega que al Sr. Ortega Spottorno le parecen de mucha actualidad.

Disentimos profundamente. No sólo en la frívola apreciación orteguiana de lo que es la actividad politica que, de Hegel a esta parte, aparece como la *acción reflexiva* en que las masas elaboran la historia y sus contenidos de libertad. ¿ No dividía Aristóteles a los hombres en dos categorias: *politicós e idioticós ?* No solo disentimos a este respecto, sino que creemos que la R.O., a partir de esa posición irresponsable, es incluso incapaz de comprenderse a si misma, de analizar su propria experiencia.

Porque esta espuma intelectual, un tanto desdeñosa, *sale a la luz gracias al nuevo equilibrio de fuerzas que han creado las luchas de masas en España, viene a hombros de una ola política, de masas: las Huelgas de la primavera del 62.* Fué entonces, y como consecuencia de los esfuerzos y los sacrificios del proletariado español,

---

[1] El señor Maravall nos perdonará pero nuestra apreciación sobre su evolución ideológica está muy justificada. Recordemos entre otras cosas su articulo « Ejército y Estado en el Renacimiento », Revista de Estudios Politicos, 117-118. Alli el Sr. Maravall defiende la tesis de: El Ejercito como célula formadora de la Nación y el Estado Moderno ?Falangismo?

cuando se inició la « liberalización ». Digámoslo entre intelectuales: la mayeútica socrática, en este caso, ha sido la *huelga*.

Diriase que 25 años de prostración y oprobio no han sido suficientes para que algunos — solo algunos — intelectuales comprendan la dinámica de la vida española ni el alcance de sus propias fuerzas.

Quizá el señor Ortega Spottorno no ha meditado en las terribles limitaciones del pensamiento paterno.

« La postguerra... ha aproximado a los pueblos... Hay en el aire occidental disueltas emociones de viaje: la alegría de partir, el temblor de la peripecia, la ilusión de llegar y el miedo de perderse ».

Este era el diagnóstico que de espladas, tambien, a las masas, pronunciaba en los años veintes Ortega y Gasset. Cuando se conoce el término del viaje — fascismo, segunda guerra mundial, exterminios en masa — se queda uno perplejo. ¿ Volverán los liberales a esterilizar las dimensiones de su pensamiento por esa negativa a aceptar los contenidos históricos que la lucha política desvela ?

Este reproche no puede extenderse a la publicación en su conjunto. Basta leer el artículo de Oppenheimer « Necesidad de nuevos conocimientos » o la Reseña, seria y valiente que Aranguren dedica al libro del P. Dubarle, para convencerse. Aqui el pensamiento descubre inmediatamente los enlaces que le ligan a las grandes opciones políticas.

Oppenheimer establece una serie de correlaciones entre tecnología, ciencia y ennoblecimiento humano, vida moral en suma, que chocan brutalmente con el aristocratismo filosófico de un Marías [1]. Pero no se detiene en esto el sabio físico sino que reflexionando sobre las condiciones y necesidades del pensamiento científico actual descubre inmediatamente las dimensiones sociales del problema y desemboca en una crítica « social » o sociológica tanto de algunas de las orientaciones en el desarrollo científico, como de las estructuras sociales que chocan con aquél.

« La tradición europea con su estructuración hacia el vigor intelectual superior, largamente fomentada en Sociedades restringidas y eclécticas (?) no está a la altura del mundo actual ».

---

[1] J. Marías llega a escribir, R.O., n. 2, pag. 155 « Toda consideración que parte de teorías cientificas — carece de radicalidad y pasa por alto la realidad « vida ». — Como establecer entonces una correlación entre desarrollo técnico y moral?

Por un lado, he aquí un balance negativo del « minoritarismo ». En segundo lugar Oppenheimer señala los desequilibrios — mortales para la ciencia como para el hombre — de determinadas estructuras, tanto teóricas como prácticas, organizadas, de la actividad cientifica e intelectual. Por último observa (I, 45) la « degradación del saber público » y desemboca en una crítica de estructuras sociales y políticas. Oppenhaimer, pone al desnudo los enlaces entre Ciencia y Politica, aun cuando sea de modo indirecto.

He aqui como un intelectual — uno de verdad — se da cuenta de las dimensiones politicas de la teoría, asi como de la insoportable inconexión que existe entre el desarrollo científico logrado y las estructuras sociales. Por ese camino, sin que Oppenheimer lo haya hecho, se llega a postular *la Racionalización de la Sociedad,* cosa que Engels hacía en su Prefacio al Anti-Duhring. ¿ Qué otra cosa es la Planificación Socialista ?

Aranguren (I. 123 y sigs) al hacer la reseña del libro del P. Dubarle « La Civilisation et l'Atome » situa la reflexión en un terreno marcada e inmediatamente político. Dicha reflexión aborda problemas candentes como el del nuevo nivel en que nos coloca el descubrimiento de la energia atómica, les repercusiones sociales y económicas de tal descubrimiento, y todo ello se plantea con una óptica práctica y activa. Su reseña es un cumplido índice de problemas y consideraciones cujo balance concluye en la exigencia de una « teología de la guerra atómica », digamos una teología de la coexistencia. *Coram politica.*

El simple comentario de estos trabajos — sin olvidar el de Sampedro « Los Economistas no hacen milagros » que es una sucinta introducción al problema del Plan de Desarrollo, número 1 — muestra bien a las claras las contracciones que existen entre los votos del Sr. Ortega Spottorno y determinadas tendencias de la corriente liberal.

Esta evidencia es cegadora cuando vemos que la R.O. ha tenido el buen acierto de publicar el magnifico discurso de Azorin, pronunciado en 1913, y que conserva toda actualidad (número IV).

« No seríamos consecuentes si combatiendo la falsedad en la literatura la aceptáramos o toleráramos en política. La hostilidad hacia lo que vemos que es obstáculo a la marcha de un pueblo supone amor inmenso y cordialísimo a ese pueblo » (IV, 72).

¿ Y qué decir de la traducción que se ofrece en el número IV tambien de los poemas de Brecht ?

Si pasamos al análisis de un articulo, el de Zubiri, « El Hombre, realidad personal » (número I) y tenemos en cuenta la estructura no solo científica sino cientista del articulo de Oppenheimer, encontramos que el abanico de corrientes que alberga la R.O. es realmente muy amplio.

Las divergencias, al llegar aquí, se desarrollan no sólo respecto al problema del enlace entre las tareas intelectuales y la vida política, la articulación del desarrollo intelectual y el social, sino que tocan el nudo mismo de la cuestión: ¿ qué entiende en la R.O. por *desarrollo intelectual* ?

Hemos señalado la correlación que, de modo un poco simplista pero aceptable en líneas generales, establecía Oppenheimer entre tecnología, ciencia y vida moral, o humanismo. Esta correlación — que es preciso fundar teórica e históricamente — lleva implícito un concepto muy definido del tipo de relaciones que existen entre el pensar filosófico y el científico. Pues bien, no solo el señor Marías disiente en un artículo que, creemos sinceramente, no merece un comentario (« La estructura corpórea de la vida humana », número 2); el señor Zubiri, aunque sea de modo « camuflado » infringe esa regla de oro del pensamiento científico.

En su artículo Zubiri desarrolla con pulcritud un analisis del hombre, en sus distintos niveles, para fundar el concepto de « realidad personal ». Se trata de encontrar cuál es la *esencia de la sustantividad humana* (I, 24), en qué estructura se apoya esa sustantividad.

Los análisis se desarrollan con cierta elegancia y coherencia, que explica el hecho que el señor Zubiri no hace sino « filosofizar » categorías y estratos de comportamiento que la sicología « behaviorista » ha descubierto, ordenado, por vía experimental.

Los análisis a veces se complican más de lo debido precisamente por querer a toda costa conservar algunas categorías aristotélicas, cuya eficacia científica es nula y que son superfetatorias en cuanto que las categorías de la sicologia científica las ha disuelto en otras más amplias. Es el caso de la disquisición entre « locus » y « situs », que permite entregarse a brillantes juegos retóricos. Perdónese la expresión pero nos parece un juego destinado a la galería.

Algo semejante sucede cuando se trabaja en dicho artículo por diferenciar el estímulo y la estimulación, y cuando se trata de dis-

tinguirlos diciéndonos que aquél se « agota en la afección ». Semejante definición es poco explícita.

Mucho menos admisibles parecen ser las diferencias que se establecen entre los niveles « sustancia » y « sustantividad » que sólo perviven en un cuadro ecléctico de behaviorismo, aristotelismo, para fundar o hacer viable una banal metafísica.

Ahora bien, estos procedimientos no son más que las condiciones teóricas, o mejor el acompañamiento, a la *« manipulación » de un contenido científico y a su trasmutación en « reflexión filosófica »*.

El artículo se caracteriza por utilizar las categorías a que la sicología ha llegado por via experimental, en un nivel de abstracción que las vacía de todo contenido concreto, las hace ambiguas. Este procedimiento permite « reelaboraciones » como la que sigue. En la página 13 se nos asegura: « que las células nerviosas confieren una cierta autonomía a la función estimulante... por lo que su (el del animal) tono vital cobra un caracter en cierto modo distinto del vegetal ».

He aquí la « liberación biológica » del sentir.

Todo esto es correcto si no olvidamos que la liberación biológica pasa a través de un mecanismo muy concreto: el condicionamiento [1]. Este eslabón es fundamental para comprender científicamente el paso de un nivel al otro, asi como sus relaciones en la diferencia. Se nos escamoteal 1) el pavlovismo 2) se trabaja con conceptos tan pobres como « tono vital », etc.

Por otro lado, al plantear las cosas como lo hace el señor Zubiri los niveles de sensibidad aparecen como cortados radicalmente entre si y como frutos de una jerarquización material. Todo el « trabajo » de la materia, todo el proceso de aprendizaje desaparece. Al no establecer claramente — concretamente — el paso de un nivel al otro en el funcionamiento y la organización de la sensibilidad, se abre un « hiatus » por el que pasará tranquilamente el mito.

El señor Zubiri sienta con toda razón que el « sentir » crea un nuevo tipo de independencia respecto al medio. *De independencia o de dependencia.* Pero dejémoslo. Luego pasamos al nivel de la formalización, el inteligir, y de sus relaciones respecto al « sentir ». Y aqui entramos en pleno gestaltismo.

---

[1] Cf. « La psychologie du comportement ». P. Naville.

Las objeciones gestalistas son conocidas: es preciso partir de la estructura como de un dato primario, ya que no hay relación precisa entre un estímulo y una respuesta condicionada. Estamos pues ante una « reorganización de un sistema de percepción ». A partir de aquí Zubiri sienta la irreductibilidad del sentir al inteligir. Y pasamos al reino de la especulación, ya que el Sr. Zubiri no es modesto en sus objetivos.

La formalización hiperanimal consiste en que el hombre « se hace cargo de la situación estimulante como una situación y una estimulación reales ». El señor Zubiri en lugar de ofrecernos la estructura interna de la formalización, nos remite a un estado de conciencia — aprehensión del estimulante « como real » —. En un terreno tan vago le es posible comenzar a explayar un juego de metáforas cuyo contenido informativo es igual a cero. El animal, nos dice, siente el *medio* y el hombre, en cuanto que « entiende », entiende el *mundo*.

Afirmar la existencia de dos estructuras diferentes — sentir y entender — y cuando se trata de definirlas remitirse a estados de conciencia — medio, mundo — es perfectamente vano.

Que se trata de simples estados de conciencia nos lo confirma que poco más adelante leemos: « el mundo no es el conjunto de las cosas reales en sus conexiones... sino que es el conjunto respectivo *formal* en cuanto reales ». Es decir en cuanto que « vividas » como reales.

Ni que decir tiene que el gestaltismo nunca ha llegado tan lejos, pero el señor Zubiri no es un simple discípulo de Trendelenburg, sino un metafísico de talla. De ahi su fluidez « metafórica ».

A partir de tales escisiones irreductibles entre sentir y entender, a partir de la vaciedad de las categorías cuyo contenido concreto ha sido liquidado en el « filosofar », puede llegarse al nudo de la cuestión, al « sancta sanctorum » que nos franqueban aterciopeladamente las « metáforas »: en página 24 se nos asegura: « *Que el hombre tenga algo irreductible a la materia es innegable* ». Al llegar aquí ¿ qué decir ?

Una filosofía que utiliza los materiales científicos de esta manera muestra bien a las claras « la miseria de la filosofía ».

Julián Marías en su artículo « La estructura corpórea de la vida humana », en el número 2, lleva todas estas definiciones al extremo del galimatías puramente gramatical. Véase si no, su disertación sobre « sexual y sexuado » donde se nos asegura que *el teorema de*

*Pitágoras es captado de modo diferente por los muchachos y las muchachas.*

Asi pues, dentro de la R.O. aparecen, respecto al concepto mismo de lo que es la tarea intelectual, serias divergencias que van de un positivismo inteligente a un irracionalismo que lo es menos.

No podemos entrar en todos los detalles, pero una visión general del contenido y peso de los ensayos que nos ofrece la R.O. — el muy banal de Maravall « Sobre el mito de los caracteres nacionales », n. 3, y el sinceramente inadmisible de Lain « El hombre de ciencia en la Sociedad actual » n. 4 — no puede sacarse como conclusión sino la de un nivel científico bastante bajo, y un horizonte ideológico confuso, inconexo, balbucueante.

En lo que respecta al nivel científico, la R.O. no es enteramente responsable de sus deficiencias. Una tradición orteguiana — en algunos casos — antipositivista en otros y la decapitación intelectual y universitaria que representó la victoria fascista, he ahí el telón de fondo de la cuestión.

El señor Aranguren lo ha señalado en su « Comentario a la Ponencia » de Educación e Investigación, publicado por la Revista de Occidente en « El desarrollo Económico de España ».

Más serio nos parece el que en un sector liberal de relativa importancia como la R.O. se carezca de un « cuadro ideológico y teórico general » coherente. Tenemos la impresión — que no podemos aquí desarrollar en todos sus matices — de que en los sectores de investigación concreta, en algunos de ellos, se han asimilado las lecciones del espirito científico, del materialismo. En cambio *la inserción de la investigación concreta en el tronco general de una teoría del conocimiento, o los problemas que plantea la realidad humana en su relación con los otros niveles de realidad, se dejan en las manos de teorizadores, de « filósofos » de marcado carácter acientífico.*

El resultado general es un *eclecticismo confuso,* un pensamiento « desgarrado » en el que a la ciencia se le añaden « suplementos de alma ». Claro está que ésto no es un defecto proprio de la R.O. sino de toda una serie de tendencias del pensamiento actual.

Es indiscutible que en la raiz de semejantes distorsiones hay razones de tipo teórico, en la medida en que el tronco general de las ciencias y sus articulaciones respectivas presenta aún amplias lagunas. Pero las hay tambien de otro tipo, de tipo más inmediato.

Cuando el señor Zubiri perfila su concepción de la libertad, aun cuando trate de fundarla con apariencias « filosóficas », lo que

hace es recoger una herencia muy vieja, eminentemente idealista y burguesa. Una libertad que comienza a definirse como «independencia» y solución de continuidad respecto al reino de la causalidad, he ahí el mensaje kantiano, cuyo contenido político ya no se le escapa a nadie.

Cuando el señor Maravall en su comentario al libro de Mendès-France «La Republique Moderne» nos habla de que el político francés (personalidad más que ambigua) funda los caminos del «socialismo de todos», socialismo «en el cual toda justificación clasista al viejo estilo ha desaparecido» (I, 121) tendríamos que decir *a*) que semejante apreciación no es evidente ni mucho menos *b*) que el señor Maravall adhiere a ella no tanto por su evidencia científica cuanto por su carácter marcadamente neo-capitalista.

Es decir que las distorsiones que hemos observado, las incoherencias, las lagunas, sea cual sea su origen coinciden con perfiles políticos muy claros, con posiciones que son las de una burguesía reformista, una burguesiía liberal. Y precisamente ese encuadramiento político puede tambien ser *una de las causas de las imperfecciones en el cuadro general ideológico.*

Esos tanteos e insuficiencias asi como las aproximaciones a una crítica de las posiciones liberales, que tambien existen, en [illegible] muestran a las claras algo que ya sabíamos: la profunda crisis en que se encuentra el pensamiento liberal. Crisis que [illegible] desarrollo de las formas políticas autocráticas que acompañan al capitalismo monopolista de estado; el desarrollo, en la práctica, de formas de vida democrática mucho más profundas de todo lo que hubiera soñado el más consecuente liberal; la puesta a la [illegible] del fuego de los hechos de toda una serie de presupuestos liberales tanto en el plano de la política como en el de la cultura.

Esta crisis general del liberalismo crea una situación irreversible. Las contradiciones que, desde el principio, existían en el pensamiento liberal, se ahondarán, de forma que sus sectores más consecuentes terminen planteándose los problemas sobre nuevas bases, muchas de las cuales enlazarán con las nuestras.

Una de las grandes tareas del movimiento revolucionario español consiste en facilitar tales evoluciones, denunciando los aspectos negativos y ayudando a desarrollar los gérmenes de orientación democrática que existen en sectores no proletarios.

En el terreno de la lucha ideológica y el trabajo intelectual nuestro camino debe ser el mismo.

En lo que concierne a los hombres que se agrupan en torno

a la R.O. nuestra crítica debe tender a que se eliminen las escorias de un liberalismo dispuesto a insertarse en *formas veladas de dictadura* asi como a alentar a aquellos hombres que *ya hoy* han saltado las barreras del redil liberal para abocar a perspectivas más amplias. Y esto no sólo en la etapa presente de lucha contra la dictadura sino para los tiempos que vengan después, en la lucha por la democracia socialista.

En este sentido los marxistas tenemos una gran responsibilidad y un gran trabajo a realizar, y para ello hemos de empezar por nosotros mismos. Eliminar todo sectarismo, sabiendo distinguir los *contenidos profundos* del *andamiaje formal* en un pensamiento. Estudiando las múltiples mediaciones, complejas, en que un *pensamiento* se liga con las *corrientes políticas*. No viendo nunca los *edificios intelectuales* como equilibrios estables, sistemas corrados, sino observarlos en su dinámica, ligados, quieran o no al *movimiento social*. Por último, nuestra obligación inmediata es ponernos a trabajar para elaborar una verdadera plataforma de Política Cultural, capaz de agrupar a todos los elementos democráticos consecuentes.

*Juan Benito*